VIRGILIO RODRÍGUEZ MACAL

Carazamba

PRIMER PREMIO PROSA, RAMA DE NOVELA

Índice


| | |
|---|---|
| Capítulo 1 | 1 |
| Capítulo II | 6 |
| Capítulo III | 11 |
| Capítulo IV | 18 |
| Capítulo V | 25 |
| Capítulo VI | 37 |
| Capítulo VII | 45 |
| CapítuloVIII | 55 |
| Capítulo IX | 64 |
| Capítulo X | 79 |
| Capítulo XI | 88 |
| Capítulo XII | 97 |
| Capítulo XIII | 105 |
| Capítulo XIV | 116 |
| Capítulo XV | 124 |
| Capítulo XVI | 130 |
| CapítuloXVII | 140 |
| Capítulo XVIII | 149 |
| Capítulo XIX | 157 |
| Capítulo XX | 170 |
| Capítulo XXI | 177 |
| Capítulo XXII | 181 |
| Capítulo XXIII | 191 |

# I

Esta es la historia que trataré de contar, nada más que relatar, sin ahondar en la profundidad misteriosa del alma del ser que se llamó Carazamba...

Este ser, encarna en sí toda la complejidad del alma femenina, que se acentúa aún más en el trópico plasmándose en toda la amalgama emotiva de la mujer tropical, en donde la diversidad de sangres se mueven en un cuerpo para darle vida pero sin mezclarse en una cosa afin; corriendo por iguales vertientes pero guardando su paralelismo sin homogeneizarse jamás; llorando unas con el ímpetu ancestral del indio, cual desbordamiento de chirimías y marimbas; gritando enloquecidas otras en vértigo de maracas y caracolas negroides; riendo, amando y odiando las otras con la fuerza insolente o la sublime euforia de España... Y estos torrentes juntos imprimen sacudidas espasmódicas de incertidumbre, de pasión y de sentimientos antitéticos en aquel pobre cuerpo que lleva dentro de sí todas y cada una de esas sangres, que le fueron inoculadas bárbaramente, contra toda ley de eugenismo, en este trópico receptor de todas las simientes, en donde todo es absurdo por su volumen, monstruosamente vivo y monstruosamente muerto, como si todas las fuerzas del cosmos estuvieran en él fundidas en algo mismo, algo igual, cual un cuerpo en que latieran en vida juntos Ariel y Calibán.

Bajo la marisma azulina, espejo del cielo cuya infinita pureza conturba la alborada crencha del cocotero, el tiburón ojizarco presto siempre a cambiar la apacible quietud de las aguas en un burbujeo de macabra escarlata. . . La tarántula peluda que hembra al fin, esconde su fealdad bajo la orquídea de cutis de virgen... La muerte que se arrastra dentro de la plenitud de vida del coral, el trágico arlequín de los abrojos. Sobre la belleza del “suampo” en donde la garza sin mácula esconde su nostalgia bajo las linfas, el vaho canturriento del zancudo, cual tubito de escape de su hálito mortal...

Porque todo es así en el trópico, cubil protector de los contrastes! La flor del Amchee, que castiga dolorosamente al que la toca, atraído por su belleza . . . Flores sirenas, clima sirena, agua sirena, cálida y apacible, en donde acecha, callada, la muerte.

Enmedio de todo esto existió Carazamba!

Producto de todo ésto, y mucho más, fue Carazamba!

Hija espuria de las razas que se encontraron en el trópico y se entrelazaron cual torsal de víboras en celo, esto fue Carazamba, la hembra jocunda que engendró este trópico para dar forma humana a todas sus pasiones, todos sus contrastes, toda su fuerza embrutecedora, toda su atrocidad y toda su grandeza sublime.

Todo esto, pues, fue Carazamba!

* * * * *

El historial de Carazamba dio principio allá, en el horizonte del tiempo, cuando tenía catorce años. Fue en un poblado ribereño del Motagua, donde parece que nació... Ya entonces era Carazamba!

La mórbida esbeltez de su cuerpo hacía santiguarse a las viejas comadres pueblerinas que la veían pasar, derramando el agua de la tinaja que traía del río al bamboleo incitante de sus ancas, aquellas ancas pletóricas, de abultadas redondeces, tan duras que parecían moldeadas para la inmovilidad de estatua y, sin embargo, se sacudían a uno y otro lado, imitando el vaivén de los cocales, tronándole entre las carnes las enaguas cortas y ceñidas, con un rasgueo enloquecedor, como de lija sobre piedra.

La conocí por Carazamba, que fue como la bautizó su pueblo y como lo escribió la historia de esa tierra bravía y pasional de Oriente con letras luciferinas... Probablemente sólo yo supe su verdadero nombre: María! Pero eso fue mucho después, ya al final de su trágico destino! Y no hay duda que el sobrenombre lo debió a su aspecto físico. Morena, morenísima, casi llegando al tinte de mulata, pero de facciones perfecta Naricilla rectilínea y corta, boca regular de labio inferior grueso y carnoso y dientes menudos y blanquecinos. Su cara, de un corte impecable, parecíase al de la Virgen Morena de América, tal cual la pintan en los retablos. Mas este aspecto virginal terminaba al levantar la vista y contemplar el mundo a través de dos inmensos ojos verdes y felinos, con ese verdor tan raro de los ojos verdaderamente verdes; como las lechuguillas tiernas de las marismas, como el verdesol de los potreros en tarde luminosa de invierno, como el verde de la víbora arborícola.

Era de verse el efecto que producían en el fondo obscuro de su rostro aquellos inmensos faroles verdes, chispeantes de oro verde, como el brillo del lucero de la tarde en ocasiones, o despidiendo el mismo fuego hipnótico y maligno del tigre real de la montaña.

Como si aquel contraste en su físico fuera la seña con que la marcó el destino, así sus entrañas no fueron sino un horno de pasiones encontradas; y la llamaron Carazamba las

lenguas malévolas de su pueblo; morenísima de color, con facciones de europea y cabello largo, liso y sedoso como de india quecchí.

Pero aquel su andar cimbreante y musical, con esa música de rozadura de carne en ropa limpia, hablaba vorazmente a los sentidos de los hombres de su pueblo, encendiéndoles el deseo loco de danzar con ella en el festín de su carne, dura como el guayacán nativo...

Hasta que hubo uno! . .. El más audaz quizá o el más baquiano en desbravar potrancas en aquellos llanos orientales, que la esperó a la orilla del río…

La daga al cinto, el pañuelo azogándole el pescuezo y el chacuaco humedecido caído en la comisura, el hombre atalayaba al pie del amate, rechoncho de río y sombra.

Un ruidillo de arena que se desmembra bajo unos pies desnudos, un cigarro aplastado al tronco cómplice y una tinaja que vuela hecha pedazos, señalaron el ataque felino del macho. . . Varias vueltas y revuelo de arena y piedredillas entre jadear de lucha, lucha silenciosa en que nada había qué decir, como la lucha callada de las víboras en celo en el fondo de los guamiles, como la estéril lucha de la yeguada contra el garañón salvaje...

Allí, entre los tiestos de la tinaja, de barro prieto como sus muslos, Carazamba conoció el dolor y después mordió con lujurioso anhelo hasta sangrar los labios del hombre que la rindió bárbaramente.. . Y en un descuido de éste, cuando tendido con langor a su lado daba por terminada la batalla, la hembra jocunda y plena le arrebató su propia daga y de un solo golpe la hundió en su pecho hasta la cruz, dejándolo clavado a la arena de su triunfo como una mariposa palpitante.

Los alcaravanes chillaron asustados y volaron, tendiéndose en el río, que ya se sonrojaba con la sangre del sol.

## II

Como  se libró la muchacha de la cárcel?

Su relato era corto y evasivo... Allá en el río, la historia de siempre! . . . Cuánto pueden contar los ríos patrios, fuentes canturrientas del himeneo campero!

Ella se defendió... Y eso fue todo!

Su mirada altiva y serena y el relampaguear de aquellos ojos hechizantes . . . Flaquearon los jueces, pero más lo hizo el Jefe Político del Departamento.

“Es tan patoja!

“El canalla halló su merecido con esa patoja valiente! “.

“No es cosa de estar abusando de las muchachas así nomás, porque sí, porque aquélla se me antojó!

Y salió libre.

Libre de la cárcel para el encierro en la querencia del Coronel Jefe Político.

“Mirá preciosa, yo te salvé! ... Si no es por mí, te estarías pudriendo en la Casanueva! O, a lo mejor, quién sabe? .. . Hasta volando espalda estarías, pues vos sabés cómo es de caprichoso el Señor Presidente con eso de los asesinatos . . . No! No es que vos hayás matado por matar. . . Fue por tu honra, ya lo sé! . .. Pero. . . Ya sabés cómo es el Señor Presidente! “…

Carazamba callaba y miraba. Y cuando Carazamba miraba, enloquecía! Y el Coronel enloqueció!

Se la llevó a su finca y allí la tuvo bajo mil custodios.

Carazamba pareció agradecer y el coronel fue feliz por mucho tiempo.

Ya la muchacha era mujer, y qué mujer! Sus diecisiete años los llevaba en encantos de uno en uno. La morbidez de su cuerpo se había acentuado tanto que hasta las mujeres de la finca se quedaban boquiabiertas al verla trajinar por la casa de la hacienda con un sencillo vestido floreado y sus zapatos bajos...

“Jesús me ampare! “ —decían— “ . . . esta mujer debe ser hechura misma del diablo pa perdición de los hombres”...

Pero la respetaban todos. Era la querida del amo y, más que esta palabra, la “adoraba”, ya que el hombre cincuentón y rudo casi no se asomaba por la jefatura de la Cabecera a atender sus quehaceres y tenía abandonados mujer e hijos por no separarse un solo instante de la muchacha.

“Mirá preciosa” —decía arrodillado al lado de la hamaca donde ella languidecía, aventada su mirada hasta los celajes ponientes que iban tendiendo un toldo carmesí sobre el llano— “ . . . Por qué ya no me hablas? . . . no estás contenta? . . . Te querés ir a otra parte? A Guatemala? . .. Decime! “.

Y el hombre apretaba la mano regordeta y cepillaba su brazo con las cerdas de su bigote.

Ella le dirigía una mirada indefinible e iba a enredar sus dedos entre las crenchas cerriles del Coronel

E! hombre cerraba los ojos y, con aquella caricia, se hacía un ovillo bajo la hamaca y ronroneaba como un gato regalón.

El Coronel prohibía que los hombres se acercaran a la hacienda. Sólo las mujeres, y viejas—porque las jóvenes podían malaconsejar— rodeaban a Carazamba. Infeliz del mozo que osara llegar a la casa en ausencia del amo! Y los mozos jóvenes, sabedores de que allí había un tesoro mortal, se acodaban tristemente en las tranqueras de los corrales distantes tratando de “cachear” una vislumbre de aquello vedado que en la obscuridad de sus ranchos los hacía soñar.

* * * * * *

Comenzada la tarde de un día caliginoso en que el llano negreaba de calor en el horizonte y los cactus parecían escuálidas chimeneas ahumadas, llegó un correo de la

cabecera. A galope, entró por los patios de la hacienda el Capitán Martínez, ayudante de confianza del amo.

El Capitán se apeó y preguntó por el jefe a una de las sirvientas.

“Ta asiendo la siesta”

“Bueno. Cuando despierte, díganle que vine porque traigo unos despachos que tiene que firmar con urgencia”.

El Capitán Martínez se fue a sombrear en el brocal del pozo, abierto al pie de un frondoso injerto. El sabía la orden de no pisar la casa de la hacienda y sabía la razón . . . Era un militar joven y apuesto, “de escuela”, como se decía, y de brillante porvenir. En veces entrábale curiosidad por ver “el tesoro” que su jefe guardaba como un Otelo, el cual era causa de que ya se rumorara en la ciudad que el señor presidente “se estaba incomodando” por la poca actividad que desplegaba en su departamento. Pero como era disciplinado y obediente, adrede se habia sentado de espaldas a la casa.

Carazamba salió al corredor.

Vio el caballo sudoroso atado a un pilar y dos tigres verdes saltaron de sus ojos.

Con aquel su eterno andar, que hahíase con el tiempo tornado más lánguido y más estudiado, se fue aproximando al pozo.

El Capitán oyó sus pasos menudos. Algo indefinible corrió por su espalda, como si un alacrán le anduviera por ella, pero permaneció quieto sin volver la vista... Sin saber por qué, tembló! No podía explicar el inquieto campanilleo de sus espuelas y una como opresión le enjuntó el pecho y la garganta. . . Presintió algo que no pudo definir!

“Por vía suya, sáqueme un poco de agua... Quiere?” — oyó una voz.

El Capitán se volvió con presteza, como para afrontar un peligro... Carazamba le sonreía y le miraba fijamente... El Capitán tragó saliva y, torpemente, comenzó a bajar la cubeta...

Cuando el agua salió, ya el Capitán estaba perdido!

—III—

EL CHIPORROTEO de los grillos y la algazara de las ranas cesaron de pronto en \ el remanso de la poza. Bajo la fronda del madrecacao una sombra se movió y fue a recostarse en el tronco. La brasa de un cigarro brilló en el agua clara, confundiéndose con el chispeante manchón de estrellas que retozaba en las tenues ondas. Un tapacaminos extendió su canto en la pradera!

Momentos después, otra sombra se acercó, viniendo por el lado de los corrales... Se movía presurosa y en silencio, como si sus pies fueran alados. Por fin llegó al lado del hombre que esperaba en el madrecacao.

“Cuánto has tardado en venir, mi amor” —dijo el hombre s al paso y tomándola por el talle febrilmente.

“No! Ahora no! Soltame! ... Después”.

Se desasió del ímpetu del hombre. “Ha costado que se durmiera” —dijo la voz de Carazamba

“Tuve qué darle más trago que otras veces.

El hombre se movió inquieto. “Pero mi amor. . Aún persistes en la idea? ... Mira que nos vamos a desgraciar los dos! “

La voz del Capitán Martínez sonaba casi suplicante.

“Si tenés miedo, decilo diuna vez y me voy a acostar!

“No, no es miedo! ... Tú bien sabes. Cuánto he expuesto y expongo para venir a verte! .. . Ya te dije que mi Coronel sospecha y, ya ves, no me importa! Pero un asesinato así, a sangre fría...”

“Si me querés y querés que nos vayamos juntos, no hay más remedio!

Silencio.

Luego él: “Si fuera siquiera con pistola!...

Pero con cuchillo”..

querés despertar a todos y que nos agarren ay merito? Ja ja! Ya voy creyendo que sos gaína y no el giro que presumís! ... Los gayos hieren con filo, no con cuete!

Otro silencio.

“Está bien! Tienes listos los caballos? Te repito que creo que es una locura y que nos van a agarrar antes de cruzar la línea de Honduras, pero... Allá tú! ... Por qué diablos me tenía que enamorar de tí como loco? “. La voz del Capitán estaba llena de amargura.

Los ojos de la mujer fosforescían con el brillo• de los luceros.

“Así me gusta! . . . Te dejo la puerta de su cuarto entreabierta... Está fondiado, así que no te va a sentir y ya sabés donde está su cama. Yo me voy a alistar las cosas y te estaré aguardando. Tantito te vea entrar en el cuarto, me voy pal corral de la talanquera y allí montamos”.

El hombre quiso agarrarla de nuevo. “Dame un beso” — suplicó.

“No pensés en eso ahora! ... Ya tendremos tiempo pa todo!

La sombra de Carazamba volvió a perfilarse negra en el potrero silencioso.

La puerta del cuarto del Coronel gimió al entrar el Capitán. Las tinieblas dentro oprimieron SU alma mientras los pies se movían en silencio sobre la piel de un venado... Ganas le daban de huír, de salir de esa casa maldita y galopar en su caballo lejos, lejos de aquella mujer que adoraba con las fuerzas de Satanás.. . Un instante se detuvo indeciso, mas luego reaccionó. “Que sea lo que el diablo quiera! “—se dijo decidido.

Del bolsillo de la guerrera sacó una linterna y desenvainó el largo puñal. El corazón parecía un gamichuelo asustado dentro de su pecho. Se fue acercando al rincón donde se oía la fuerte

respiración del Jefe... Paso a paso fue llegando hasta tocar la cama con el muslo. Entonces, repentinamente, encendió la linterna con la mano izquierda y alumbró al dormido, lista ya la mano homicida. Estaba panza arriba, con los brazos en cruz y la boca abierta.

No quiso ver más el Capitán! Levantó el cuchillo y lo clavó hasta la empuñadura en el corazón del dormido!

Instantáneamente apagó la linterna y se retiró de un salto al rincón opuesto, lleno de horror! Tan sólo se oyó un fuerte traquido en la cama y luego un ronquido que terminó en estertor. Después, el silencio!

En ese momento, se abrió de golpe la puerta. de una habitación vecina y un chorro de luz clarísima iluminó la estancia.... El capitán estaba aplastado contra la pared...

La cara del hombre fue cambiando de expresión! En el dintel de la puerta, en camisón, estaba Carazamba! En una mano levantaba en alto una lámpara de gasolina y en la otra empuñaba la 45 del Coronel...

El Capitán no pudo moverse. Sólo vio la expresión del rostro de la mujer. Algo horrible debe haber pasado por el alma de aquel hombre en esos instantes, algo tan tremendo que sus ojos se saltaron y brillaron con el fuego de la locura! ... Luego, lanzó un alarido espantoso, que fue apagado por el bramido de la 45 al disparar cinco veces en un rosario hilado de estampido!

Los gritos de Carazamba pidiendo auxilio rasgaron el silencio de la ranchería.

Un tapa caminos extendió su canto en la' pradera!

* * * * *

Los periódicos hablaron del asesinato del Coronel y le dieron un tinte político! Carazamba compareció de nuevo ante los tribunales y fue absuelta por unanimidad. .. Había sido en defensa propia y aún en defensa del Jefe Político! Había llegado tarde y solamente alcanzó a matar al asesino! Estuvo presa un mes, y de nuevo libre.

Hacia dónde iría? Qué era lo que perseguía aquella alma misteriosa y atormentada? Con el Coronel llevaba una vida apacible y regalada. Pero no estaba contenta! Le faltaba algo, o buscaba alguna quimera aquel su espíritu plurifacético? Lo sabría ella misma? Se conocería a sí misma y sería capaz de analizarse introspectivamente? ... Esto era una incógnita! Era simplemente una enferma mental, una vulgar asesina o un caso de psicosis gestada desde su primer aventura en el río? Que poseía una gran inteligencia natural, quedó como probado en todos los actos de su vida por el tranquilo y maquiavélico cálculo que de ellos hizo, exceptuando, quizá, el último . . Pero el talento le Sirvió únicamente como humilde esclavo de sus pasiones y de aquel carácter turbulento, indómito y dominador que la llevó a su trágico fin.

Este período de su vida es el más oscuro y' ni yo mismo, pude hacer mucha luz sobre él. Viajó por Centro América y México. En qué circunstancias? No lo sé!

Años después se volvió a oír de ella! Fue en ocasión en que el intendente de Agua Blanca, siempre en Oriente, se baleó con un joven finquero de la zona. Carazamba, la hembra magnífica, andaba de por medio. Fue un duelo al estilo de allá. Ambos armados "sacaron" lo más rápido que pudieron y ambos dispararon casi al unísono. . . El intendente murió a las pocas horas y el otro, el finquero, a los dos días. Carazamba, sin duda, había saldado otra cuenta!

Un periodista joven, entusiasmado por la aureola de leyenda que rodeaba a esta mujer única, decidió hacer el reportaje más sensacional d su carrera y partió en su busca.

A los seis meses volvió! Ni escribió nada ni habló nunca de lo que había ido a buscar. Ni dijo si la había encontrado o no. Lo único que se supo fue que, a su regreso, se dedicó en cuerpo y alma a la bebida. Veíasele ambular día y noche por las cantinas de la capital en un estado lamentable. Cuando estaba comunicativo sólo decía palabras incoherentes y lloraba pronunciando el nombre fatal: ¡Carazamba! ¡Carazamba! . Al poco tiempo, lo encontraron en el cuarto de su mísera pensión con un revólver en el ruano rígida y un orificio en la sien

Algo se habló de ella en ocasión en que una mujer y un hombre aparecieron muertos en un salón de diversiones de Puerto Barrios, pero fue muy veladamente y todo quedó esclarecido: el había matado a la mujer y, después se Dónde encontró cabida en este Carazamba? ¡Carazamba, Carazamba! Voz maléfica con que te designó quién sabe quién allá en tu pueblo natal! Carazamba, de alma zamba, negra, negra! Carazamba de muerte, de amor y de lujuria, Carazamba dulce y tierna cual mujer castellana! Carazamba que hundiste, mataste, enloqueciste y triunfaste sobre todo lo que se opuso a tu camino de fuego! ... Tenías alma Carazamba? Sentiste amor, lujuria, odio? ... Sentiste algo, Carazamba insensible? ¿Deseaste realmente algo en tu vida?

Carazamba, Carazamba! ... ¿ Por qué te cruzaste en mi camino, para dejarlo por siempre señalado con el dolor y la muerte?

# IV

TENÍA yo treinta años cuando. el destino puso en mi camino a Carazamba! Mejor dicho, nos puso a ambos en uno mismo para que juntos lo recorriéramos hasta el fin y se preocupó de que no fuera, por cierto, un sendero de flores! El camino Negro de mi vida comenzó entonces, cuando todo me sonreía, cuando mi juventud no había hecho sino brindarme una vida agitada pero interesante y llena de razones para vivirla y gozarla, cuando el porvenir me mostraba un camino abierto de horizontes ilimitados en distancias y placeres hacia donde creí que la brújula de mi suerte me había arrojado, como premio a mi trabajo, intenso y aniquilador sí, pero espléndidamente remunerado.

El destino caprichoso quiso juntarnos a ambos, usando siempre del contraste como símbolo de todo lo que hizo y fue Carazamba. Yo era un criollo a quien la costumbre burguesa había hecho subir, peldaño a peldaño la tediosa escala de las aulas escolares. De posición más que mediana, al morir mi padre decidí truncar mi carrera de leyes y dedicarme a los negocios. Mi educación había sido rígida y fría a la sombra vetusta del caserón de Quezaltenango que me vio nacer. Mi familia toda era oriunda de los Altos, y en esto principio' mi contraste con Carazamba, la oriental arquetipo.

Mi madre, había querido disuadirme de la idea de cortar mi carrera, pero yo estaba decidido y jamás me arrepentí de ello. La guerra estaba ya "puesta", como se pone el agua segura de invierno sobre los cerros de Xelajú. Y me dedique' a lo mejor que podía dedicarme con tales perspectivas: a maderero. Hice contratos con casas norteamericanas para la entrega de caoba y por tres años anduve deambulando entre las selvas del norte de Alta Verapaz, del sur del Petén y, por último, las márgenes del inmenso Lago de Izabal, con mi cuadrilla de cortadores, mi equipo maderero y Pedro, mi capataz petenero cuya eterna ayuda, fidelidad y conocimientos contribuyeron en gran parte a que mis empresas fueran un éxito.

Fue en Livingston! Acababa de embarcar el último lote de trozas y había, por fin, despedido a mi cuadrilla. Sólo me quedaba Pedro a quien pensaba recompensar espléndidamente y de quien, no había querido aún separarme después que ambos habiamos dejado, entrelazada en los bejucos de las inmensas selvas, parte de nuestra juventud. Y mucha salud había también quedado atrás, enterrada entre los pantanos de las tierras bajas o arrastrada por los húmedos inviernos, bajo la bóveda penumbrosa de las grandes montañas.

Pero estaba joven y en los bancos capitalinos había sumas enormes esperando una orden mía para llevarme a ver la parte suave, hermosa y fácil dé la vida.

¡Fue en Livingston! Cómo recuerdo el momento aquél en que, para perdición de muchos, la vi por vez primera!

Estaba yo sentado ante una mesa, en un salón de refrescos que no pasaba de ser una barraca pero que tenía una gran refrigeradora y era, por lo menos, limpio. Pedro, como siempre, me acompañaba. Entonces fue cuando ella entró. Al instante llamó mi atención aquella mujer de cuerpo espléndido vestida elegantemente de blanco. Los brazos, redondos y bellos, asomaban desnudos y más obscuros aún por el albísimo fondo del vestido. Iba peinada a la española, el pelo negro, lisos y sedoso partido en medio y recogido atrás en un moño... Entró acompañada y yo saludé levemente al grupo. Mister Burguess iba con ella, ofreciéndole el brazo. El otro personaje era el Mayor Juárez, Comandante de Plaza. Mister Burguess devolvió mi saludo mohínamente, al igual que el militar.

¡Ya había tenido relación con ambos! Mister Burguess, que unos decían ser inglés y otros suizo, era un hombre turbio y misterioso. Había llegado al país hacía cinco años y trabajaba en madera. Sus negocios prosperaron enormemente y pronto se convirtió en el magnate de la costa atlántica, aunque también se aseguraba que no había limpio en sus acciones pero ni el modo de salir del baño. Contrabandeaba cuanto podía a través de la frontera beliceña: sacaba madera y chicle de Guatemala e introducía en cambio, whísky y cuanta mercadería inglesa podía. Se hablaba de grandes intereses comunes con personajes de las autoridades fronterizas de Benque Viejo y de Lívingston, a donde llegaban, en noches obscuras, sus lanchas con el contrabando beliceño.

Pero lo cierto es que era rico e influyente. Mis relaciones con él no eran cordiales debido a un incidente por el embarque de una madera que quiso entorpecerme para despachar la suya. El Comandante de Plaza, que no cabía duda era su socio, habíase puesto de su parte... Yo me impuse por influencia de la compañía norteamericana a quien destinaba mi madera y el embarque se hizo, a pesar de ambos. Desde entonces, nos evitábamos mutuamente.

Desde mi asiento contemplaba el perfil de aquella extrañísima mujer y me admiraba de la perfección de su línea. Todavía no me había visto y cuando lo hizo en un momento casual, me quedé inmóvil como un paralítico.. . Aquellos ojos! Su mirada cálida me envolvió en un segundo. Vi el destello de aquellos ojazos incomparables y sentí frío en el alma

¿Sería a propósito? Había quedado sentada en una forma que sólo de perfil podía verla. Al cabo de unos minutos, ví que se levantaba y colocaba su asiento a manera de quedar frente a mí.

Yo me turbé con su maniobra y parece que también Míster Burguesa, que me lanzó una mirada aviesa.

En ese instante, cuando mi vanidad comenzaba a sentir un extraño halago, sentí la presión de la mano de Pedro sobre mi brazo.

“Qué le pasa patrón?” —me dijo— “ . . . Ya lo he sangoloteado tres veces y no me siente...”

Me volví a mi capataz y expresión de su rostro. “Sabe patrón? “ —susurró casi a mi oído.

Como me viera impasible, explicó: “Es la querida de Burguess. Mal le va a ir con ella, al muy salado! ... Sabe quien es ella? CA-RA-ZAM-BA!

Las palabras de Pedro, dichas así, con aquella vehemencia y el último nombre silabeado como para penetrar despacio en mi entendimiento, me dejaron helado!

De manera que allí, sentada, sorbiendo un refresco voluptuosamente estaba Carazamba! ¿ Era ella la mujer-demonio de quien tanto había oído hablar?

¡Una sensación de horror y de asco me invadió! Esperé que la mujer me estuviera viendo, cosa que hacía casi constante y des- descaradamente, y en ese momento le lancé la mirada más despectiva que pude y de un tirón volví a mi silla y quedé dándole la espalda...

La oí reír alegremente, con una risa melodiosa y suave y oí fragmentos de su conversación, fluida y refinada.. . ¿De manera que ya hasta se había educado aquella hembra cerril, vástago espurio del anonimato más humilde?

Cuando abandonaron el salón, ya ni me molesté en repetir el saludo. Seguí conversando con Pedro para demostrar hasta lo último mi desdén...

Pasó junto a mí, rozándome con la falda. Un olor a jazmín a rosas, a suquinai, me envolvió por un instante, y aquella fragancia indefinible se fue a meter muy hondo dentro de mi ser, quedándose ahí como algo pegajoso e intangible.

Desde entonces, la ví casi a diario. Yo no me iba de Lívingston por dos razones: la primera, porque esperaba que Pedro ultimara el negocio de la venta de nuestro equipo de campamento que tenía en tratos con un maderero principiante, y la segunda, porque deseaba, antes de irme definitivamente de la región, dedicar dos o tres días a la pesca en el lago, ya que la época del sábalo estaba comenzando. No tenía ninguna prisa, ni nada ni nadie me conminaba a hacer esto o lo otro. Era libre, con la libertad de quien se basta a sí mismo y que en lo de adelante, ni siquiera tiene que preocuparse en trabajar más.

Posiblemente había otra razón, que yo no quería reconocer, pero que secretamente persistía en mi subconsciente: el deseo de ver de nuevo a aquella magnífica mujer a quien despreciaba y temía y que, al conocerla, había despertado en mí un sentimiento

que yo calificaba de curiosidad. Sentía algo así como siente el cazador cuando va tras la huella fresca del tigre. . . Conciencia de un peligro mortal y deseos de vencerlo: deseo tan vivo y arrollador que se sobrepone al miedo y aún a la prudencia.

¡La ví casi a diario! Ella parecía buscarme, ya que yo no hacía nada por encontrarla y, sin embargo, por todas partes nos veíamos: en las tiendas, los pocos bares aceptables de la población, en la cantina del hotel . . . Me miraba y me sonreía me alarmó la quién es esa, en una franca invitación para que la abordara.

Yo seguía inmutable, ya fuera en mis compras en los almacenes o bebiendo en las cantinas antes de las comidas. Hacía como si no existiera para mí y adoptaba el aire de mayor indiferencia que me era posible, presintiendo que en ello estribaba mi defensa... ¿Defensa de qué? En veces poníame rabioso conmigo mismo al confesarme que era un temor vago e indefinido el que me causaba la muchacha! Según mis cálculos, a la sazón Carazamba debía de estar viviendo sus veinticinco años, y así era en efecto. Aquella cara de facciones virginales manteníase fresca y lozana, como el de una jovenzuela, probablemente con la misma expresión de ingenuidad de los ‘tiempos en que su mano, firme y certera como la de un hombre, había clavado a su amante en la playa del Motagua!

## V

POR fin hablé con ella! ¡Me vi obligado a hacerlo!

En cierta ocasión había almorzado con el Jefe Político de Izabal, un militar culto y deportista furibundo. Hablamos de cacerías y de pesca y quedó de invitarme a una de estas excursiones en la primera oportunidad. Una mañana, amaneció el vaporcito del gobierno —que hacía múltiples trabajos, entre otros el de guardacosta— anclado en el muelle de Lívingston. Habíame levantado temprano para gozar de aquella mañana gloriosa en que los celajes purpurinos y violáceos se mojaban en el horizonte azul oscuro del mar, allá por donde la claridad del sol iba reventando en llamaradas inmóviles pero cambiantes en colorido.

El día se anunciaba esplendoroso y cálido y por la desembocadura del Río Dulce comenzaba a brillar el oro sobre los penachos de los cocales y las palmas reales y una niebla azulina salía lentamente de los acantilados esmeraldinos de su enorme Cuenca.

Ví el vaporcito, con los colores nacionales ondeando gallardamente a popa y alguien me dijo que el Jefe Político había amanecido en Lívingston para salir en una excursión de pesca por la boca del Sarstún y los cayos adyacentes.

Regresé con apetito al hotel y ya en el comedor Pedro me entregó una tarjeta cerrada. “La acaban de traer” —me explicó.

Rasgué el sobre en donde mi nombre estaba escrito a mano. Era una tarjeta personal del Jefe Político en que me invitaba para acompañarlo a la pesquería. Los términos eran lacónicos pero muy cordiales. Me esperaba a bordo del vaporcito a las siete y media de la mañana.

Aquel día fue de los más inolvidables y ha persistido en mi memoria a través de los años con todos sus detalles! Hay momentos, minutos tal vez que subsisten en el espíritu con la transparencia del instante mismo en que los vivirnos! Estos son los que marcan una época o el punto de partida hacia un nuevo derrotero, que altera el curso, ya trazado, de nuestra existencia. Cuánto he vuelto a vivir aquellas horas imperecederas, volviendo a colmar de luz y de azul mis horas tenebrosas de amargura y opacidad anímica!

El mar rutilaba de sol y no había diferencia entre éste y el cielo inmaculado. El azul profundo del firmamento se diluía en el horizonte en un tono más pálido pero intensamente brillante y por allí también el mar cambiaba su azul por un verde esmeraldino. Ni una ola rizaba la tersa superficie por donde el vaporcito iba rasgando su curso entre un suave lamento de agua desgarrada y una hemorragia de perlas cual si la quilla fuera una cuchilla impacable cortando una tela de seda finísima.

De vez en cuando como flotando en el agua, aparecían los cayos, cubiertos de cocales y palmeras. . . El verdor entonces parecía más intenso, como si el color tratara allí de superarse para no quedar esfuminado en el azul luminoso del Caribe. Por entre estos islotes pasaba el vaporcito dejando una huella blanca, como de agua empolvada . . . Los curricanes saltaban de vez en cuando fuera de la superficie, remolcados cien varas atrás y los pescadores nos turnábamos en las cañas, ya que iban tendidas solamente dos para evitar enredos en las cuerdas.

Éramos ocho a bordo, además del maquinista y de un criado negro que no se cansaba de pasar tandas de high-balls y refrescos, para endulzarnos el sol que quemaba la piel como lente gigantesca.

Contra todo mi deseo, confieso que fue una sorpresa agridulce la que tuve al encontrarme a Míster Burguess y a “su hembra” como compañeros de viaje. Más tarde supe que fue ella, Carazamba, la que pidió al Jefe Político que me invitara, a lo que él había accedido gustoso, no sólo por serle yo persona agradable sino porque ni el viejo mandatario había podido sustraerse al encanto fatal de aquella mujer y estaba dispuesto a no negarle nada.

La presentación había sido sencilla, ya que con Burguess nos conocíamos. Me tendió la mano Con un “como está” glacial. Entonces me dijo: “Conoce a la señora? “. Yo le tendí la mano y la retiré al instante, como si el contacto aquel me hubiera quemado. “Mucho gusto” —me dijo ella, y me miró largo rato con una sonrisa entre burlona y alegre.

Después permanecí alejarme del grupo que, rodeada de una baranda de en cómodas sillas de lona.

Con el pretexto de alistar mi equipo de pesca, bajé hasta la popa en donde había un espacio grande, también lleno de sillas, para los que quisieran pescar y tomar el sol. Los otros invitados del Jefe eran de Puerto Barrios, entre ellos un gringo y su señora, una dama ya entrada en años pero amantísima del deporte. Pronto iniciamos una alegre plática y fue ella la que no se movió, casi durante todo el día, de uno de los asientos de pesca.

Mientras nos mantuvimos cerca de la costa, no tuvimos suerte. Pero al alejarnos de la boca del Sarstún, mar adentro y ya a la altura de Belice y sus cayos, comenzaron a rizar las aguas las bandadas de júreles. . . ¡Muy pronto la gringa comenzó a sacar! Gozaba "peleando" las piezas, dándoles cuerda primero y llamando despacio. Al poco rato cayó algo en mi curricán! Era un róbalo bastante grande. Entonces cambiamos de asiento con los otros compañeros y la pesca, desde ese momento, se generalizó.

Carazamba no se interesaba por pescar, o no sabía. Creo que, más que lo primero era esto último y no quería demostrar su ignorancia. No podía pensar que se la considerara inferior en algo a cualquiera que estuviera cerca de ella. . . Pero permanecía sentada en el espacio abierto de popa y rada vez que las cuerdas se atirantaban, se ponía de pie y seguía con avidez todas las maniobras del pescador hasta que la pieza era izada a bordo.

Al medio día, el vaporcito ancló en el muelle de un cayo habitado. Habíamos tenido buena pesca y el humor general era excelente. El Jefe había sacado un tiburón de trescientas libras y, después de, tomarle algunas fotos y matarlo, lo habíamos tirado al mar.

En este pequeño islote, perdido entre los miles las costas de Belice, comenzó mi juego

A pesar de mi cautela y el temor a aquel algo indefinido que me inspiraba Carazamba, la voluntad comenzó a flaquearme ante la embestida irresistible de sus encantos.

Antes del almuerzo, que se había preparado en una gran mesa bajo la sombra de los cocales, el gringo y su señora dispusieron bañarse y yo los acompañé gustoso... Míster Burguess no pudo ocultar su disgustó cuando Carazamba dijo que también ella iba a darse un chapuzón.

El agua estaba tibia y transparente, pero temamos cuidado de no alejarnos demasiado por miedo a los tiburones... Al principio traté de apartarme del grupo, nadando paralelamente a la orilla. Al poco rato noté que alguien nadaba detrás Y vi a la muchacha que hacía esfuerzos por darme alcance. Entonces me detuve y salí a la playa. Un pequeño promontorio de la isla me ocultaba, del callado, tratando de en la cubierta

alta y hierro, se había sentado de peligroso! resto de los bañistas, pero Carazamba pronto asentó pie y salió también a la playa. Entonces no tuve más remedio que mirarla... Conforme su cuerpo iba saliendo del agua, comencé a verlo con indiferencia pero cuando toda la maravilla de aquella naturaleza prodigiosa estaba ya en la arena y venía despacio hacia mí, ya no pude quitar los ojos de aquellas formas hechas por el demonio para la locura y el placer...

Ella se dio cuenta del hambre de mis ojos y creo que, por vez primera, tuvo un gesto de pudor y se apresuró a sentarse a mi lado. Entonces yo volví la vista al mar, sintiendo que algo me brincaba dentro del pecho y repercutíame en las sienes.

¡Largo rato estuvimos callados! Ella también soñaba en el mar y el vientecillo, que comenzaba a rizar pequeñas olas, jugueteaba con su cabello negrísimo como las jícaras.

Hubo un momento en que sentí la quemadura de sus ojos largamente . . . "Así es usted siempre con las mujeres?" —me preguntó por fin con una voz suave y mielosa.

"Cómo así?" —Pregunté——. . . ¿Qué quiere decir con eso?"

Ella titubeó al contestar. "Quiero decir... Así, tan. . . tan esquivo".

Yo no quería mirarla porque la tenía peligrosamente cerca. Casi sentía la humedad de su vestido de baño junto a mí.

"Según de la mujer que se trate" —dije durame1

Ella permaneció en silencio por un rato. Pero si yo no le he hecho nada a usted!

Al contrario! He tratado de ser amable y de caerle bien! ".

Su voz tenía un dejo de súplica.

"No! A mí no me ha hecho nunca nada, y de que no me lo haga es de lo que me estoy preocupando "...

"Ah. . . Es por eso?"

Tuve la seguridad que su voz estaba llena de tristeza, de que había comprendido bien lo que quise decirle y que le dolía. . . ¿Podría creerse en ella? S e r í a sincera? O era yo la nueva víctima que iba cayendo en el lazo que ella sabía siempre tender tan sutilmente.

"A saber cuánto sabe de mí" —dijo después de larga pausa —" .. . Y a saber cuánto es cierto de lo que sabe"

Ahora estaba mirando de nuevo al mar en actitud pensativa. Al verla de reojo me dije que, como comediante no tenía rival.

"Usted sabe que las verdades vuelan... Sean buenas o malas. . . Carazamba! . . . Se ha dado cuenta que ese nombre es bien famoso y que, por cierto, no es nada bonito? . . . No tiene otro menos feo? ... Supongo que no nació con ese nombre o que, por lo menos, sus padres no le pondrían así"…

Estuvo callada largo rato. Evidentemente no le había gustado mi tono brusco y hasta burlón. "Tiene razón" —dijo por fin y siempre viendo hacia el mar—. —"Carazamba es un nombre bien feo! Pero no tengo otro! Si mis padres me pusieron alguno, nunca lo supe porque nunca los conocí para que me lo dijeran. . . De manera que Carazamba me quedo, aunque no le guste! Además, me sienta bien... ¡Y Carazamba sólo hay una! . . . No le parece?

Sentí de nuevo el fuego también noté que, en el encerraban cierto orgullo.

Entonces me volví hacia ella y me asomé al abismo de sus ojos. Estaban también ellos fijos en los míos y despedían una luz tenue, húmeda, incomparable. . . Bajo la sombra de sus pestañas negrísimas y largas brillaban intensa y cálidamente, y no pude ver nada maligno en ellos. .. Más bien, habría jurado que estaban a punto de llorar.

Jamás he experimentado sensación igual! Cuánto tiempo me quedé allí, con el alma entera puesta en aquellos ojos magníficos e inolvidables?

En ese instante pensé en los hombres que se habían perdido por ella, y los compadecí! Y mientras más me miraba en ellos, fui comprendiendo más a aquellos infelices y les di la razón. . . Cualquier cosa valía la pena, la vida misma, por asegurarse para sí aquella mirada…

Un instante después la tenía entre mis brazos.

Primero la atraje y la apreté en un abrazo loco. Luego, ella misma me ofreció su boca, que yo sorbí con toda el ansia de mi alma.

Después, me aparté de ella tan rápida y repentinamente como la había tomado. Me miró con una expresión suavísima y me pasó la mano acariciándome el pelo lleno de arena. “Te quiero con toda mi alma” - . —me dijo suavemente.

Yo me levanté de un salto. “No le va a gustar nada a Míster Burguess esta desaparecida” —le dije— vámonos!

A la carrera me lancé a las olas y nadé furiosamente hacia donde había quedado la pareja de gringos, sintiendo que la muchacha venía nadando también a escasos metros detrás de mí.

Cuando llegue al lugar donde habíamos entrado al -agua, vi que los otros bañistas ya habían salido. Recogí mi toalla y me fuí a vestir a la casucha donde tenía mi ropa.

Al salir a juntarme, con los compañeros que bebían el aperitivo alrededor de la mesa, iba maldiciendo mi debilidad. . . Tenía aún fresco el sabor de los labios de aquella que decía llamarse Carazamba y no dejaba de repetirme a cada instante: ¡qué imbécil fui, qué idiota!

Y cuando ví la cara que me hizo Burguess al aproximarme al grupo, aún me arrepentí más

Que interés podía tener yo en ponerme aún más mal con aquel hombre? A él no le temía, a pesar de la pésima fama de que gozaba pero no veía la razón para ahondar mi enemistad con un hombre de sus ojos sobre mí y fondo, sus palabras

Peligroso bajo todo punto de vista, ya que la seguridad de sentirse poderoso y rico lo hacía insolente y agresivo.

“Creí que se lo habían comido los tiburones” —me dijo la señora norteamericana alegremente, a tiempo que me alargaba un high-bafl. Burguess estaba al lado de ella. Se notaba que, para calmar su cólera, había estado bebiendo. “Ya le dije yo, Mrs. Bailey, que no tuviera cuidado. . . ¡ Los tiburones no comen cualquier cosa! “...

Me puse pálido de rabia. Preferí no darme por aludido y pasé por alto el insulto para evitar un escándalo. Además dentro de mí, algo brincó produciéndome más cólera que las palabras de Burguess... Sería esto lo que andaba buscando aquella maldita mujer? ¿Querría usarme a mí para eliminar a su querido?

Que el hombre estaba envalentonado, no cabía duda! Del cinturón pendíale una escuadra del 45 y había hecho alarde de ella disparando al tiburón cuando la cuerda de la caña del Jefe Político lo había llevado cerca de la lancha. Yo estaba desarmado, ya que sólo había llevado al vaporcito un rifle 22.

Burguess esperó mi reacción con los ojos encendidos y la mano apoyada en el cinturón de su escuadra. Como viera que yo disimulaba tomando mi whisky y hablando en inglés con la señora, sentí que algo nuevo y más rudo iba a decir, cuando apareció Carazamba peinándose la goteante cabellera.

Entonces de dirigió a ella y los vi apartados del grupo discutiendo... La muchacha levantó los hombros despectivamente y se acercó a nosotros dando por terminada así su polémica con el rabioso Burguess.

Por suerte el almuerzo transcurrió sin otro incidente con bastante cordialidad, habiéndome yo preocupado de sentarme lo más lejos posible de la peligrosa pareja, a

Pesar de que la muchacha hizo cuanto estuvo de su parte por sentarse a mi lado, cosa que yo evité haciéndolo entre los norteamericanos.

Por la tarde, siguió la pesca con mucho éxito. Al regreso, pasando por la barra del Sarstún, tuve la suerte de que un enorme pez-sierra mordiera mi curricán. Por varios minutos lo vimos saltando fuera d agua en plateadas contorsiones mientras yo iba llamando poco a poco y a costa de un gran esfuerzo... Repentinamente el peso cedió y me di cuenta de que había reventado la cuerda.

Durante toda la tarde Carazamba estuvo a mi lado! Ya no le importaban los gestos de cólera de míster Burguess ni las amenazas que le hacía a media voz. .. Quería agradarme y me conversaba animadamente de todo. Yo casi no respondía, salvo lo estrictamente necesario para no pasar por grosero.

Evité abiertamente la mirada de Burguess, tratando de ponerme siempre de espaldas a él y atento únicamente a las cuerdas de pesca.

- Por fin desembarcamos en Lívingston. El Jefe Político estuvo muy cordial al despedirse, ya que él seguía con sus otros invitados hasta Barrios. Al sentar pie en el muelle, estreché la mano a mis acompañantes y me despedí de Burguess con un “buenas noches” seco y cortante.

Cuando me inclinaba frente a Carazamba cortésmente, ella lo nizo hacia mí y en un instante sentí su cálido aliento junto a mí oído.

“Sepa usted que Burguess me importa un pito! ... Ya sabe que yo sólo lo quiero .... “. Ya no alcancé a oír más porque, cuando ella terminaba la frase, yo estaba subiendo la cuesta hacia el hotel a grandes trancos.

## —VI—

HASE dos días en un verdadero desasosiego. Sentíame malhumorado y estaba decidido a irme de Lívingston cuanto antes. Ya no hallaba qué hacer en aquel pequeño poblado y los pocos amigos que tenía se me hicieron insoportables.

Pedro se ausentó al día siguiente de la pesquería. Había, por fin, llegado a un acuerdo definitivo con el cliente para el equipo de campamento y juntos se fueron en el vaporcito del Ferrocarril Verapaz hacia El Estor, en donde se iba a verificar la entrega. Estaría ausente dos o tres días y yo decidí esperar tan sólo su regreso para irme de la zona definitivamente.

Ambulaba por las calles del heterogéneo Lívingston, perdido entre la muchedumbre negra, mulata y zamba, en donde los idiomas se mezclaban y degeneraban bárbaramente en una babel de español, inglés pésimo, quecchí y caribe... Secretamente ansiaba ver de nuevo a Carazamba y, sin embargo, cuando me encontré con ella cerca del mercado, dos días después de la pesquería, al verla enmedio de unos vendedores de fruta, quise pasar desapercibido y traté de escabullirme. Ella me había visto y me alcanzó, tomándome por el brazo al abordarme.

"No se vaya". —me dijo en una mezcla de mandato y súplica—". . . Quiero hablarle!

La gente nos veía pasar por las callejuelas sucias y a mis oídos llegaba el murmullo de sus •i comentarios. La muchacha iba a mi lado en silencio, mientras mis pensamientos saltaban en informe connubio de cosas encontradas. Sentíame contento de tenerla a mi lado y quería al mismo tiempo separarme de ella, decirle que se largara y me dejara en paz. Ella seguía todo gesto mío con ansiosa mirada, temerosa de lo que podría decirle. . . ¿ "Por qué me huye?" se atrevió a decir por fin.

"Desde lo de la playa prosiguió— no puedo pensar en otra cosa, a pesar de lo rudo que ha sido conmigo"...

Yo la miré y ví sus ojos de frente. No pestañeé y sostuvo la mirada. En aquel momento estaba sincera y era presa de extraña agitación.

"He tratado de verlo desde ayer" —siguió diciendo—". .. a pesar de que el idiota de Burguess hasta me ha prohibido salir mientras usted esté aquí. ¡Ya vé! Todos ven lo que usted no quiere ver..."

No hallaba qué contestarle. Decirle que estaba feliz de tenerla a mi lado, que a mí también se me hacían insoportables las horas con el deseo constante de encontrarla; que

nos fuéramos lejos . . . Esto habría sido lo que sinceramente le habría dicho, si dejara salir la verdad de donde mi juicio la tenía aprisionada

En vez de ello, seguí un rato inmutable para demostrar lo poco que me interesaban sus palabras.

“Sepa usted, señora” —le dije por fin en tono pausado y seco— “que no me interesa en absoluto lo que pueda sentir por mí y la opinión que de mí tenga! Lo de la playa no fue sino una locura momentánea, propiciada por las circunstancias y el ambiente. Soy hombre y, como tal, los sentidos trabajaron en mala hora sobreponiéndose a mi voluntad... ¡El yerro o debilidad o como usted quiera llamarlo, fue rectificado inmediatamente y mi mayor deseo es no causarle mayores molestias en su vida y que usted no las cause, a su vez, en la mía! “

Sentí inmediatamente haber dicho aquellas palabras! Con ellas creí alejar para siempre la tentación de la aventura, pero, por esto mismo, algo dentro de mí se rebelaba. . . ¿Por qué aquellos prejuicios estúpidos, cuando podía aprovecharme a mis anchas de esta deliciosa y diabólica criatura y dejarla después? .

Pero de nuevo la voluntad subconsciente actué en mis músculos y me hizo caminar de prisa, casi a la carrera, dejándola rezagada.

Cuando torcí en la próxima esquina, de soslayo le eché un vistazo. Habíase detenido en el lugar donde la dejé y me veía marchar con expresión de desconsuelo en su extrañísimo rostro.

Llegué al hotel en un estado de furia inmensa Furia contra el mundo entero, contra mí mismo sobre todo! No sabía, en definitiva, lo que quería y maldecíame en el fondo por haber cortado el paseo con la muchacha en la forma que lo hice. En la cantina ordené que subieran a mi cuarto una botella de whisky y minerales y me puse a beber vaso tras vaso. No bajé a almorzar y seguí bebiendo. A media tarde pedí otra botella. El alcohol me había reconfortado grandemente. Entraba con suave facilidad y me quemaba las vísceras con calorcillo extraño que después se extendía por todo el cuerpo y me ensanchaba el alma. Aspiraba el aire a pulmón pleno y me sentí ya mejor. Cada vaso me producía una sensación nueva de bienestar y una lánguida euforia se había adueñado de mí .. . ¡Qué me importaba aquella hembra lujuriosa y maldita! Menos me importaba el bandolero de míster Burguess, ni nada ni nadie! Yo era yo, bastante para mí mismo y para cualquiera!.. Reí a carcajadas en la soledad de mi cuarto. . . “Cuando vuelva Pedro, me iré de aquí para siempre! ¡Se acabaron las penas, las enfermedades y este maldito calor insoportable! ... Al carajo con todo y a gozar la vida en el extranjero. . . La América del Sur. ¡Sí! Me iría a Buenos Aires, a Santiago, a gozar de las mujeres hermosas y de mi dinero, alejado del caos de la guerra de Europa. . . Después, cuando ésta pasara. . . París, Londres, Madrid ... . Y de nuevo América! Nueva York, California, Miami”

Estaba febril y espiritado, pero no borracho. Me sentía mejor que nunca y decidí dar un paseo. Baje hasta el muelle en donde invité a un mulato a beber. Lo conocía desde que me sirvió de guía en una excursión de caza. Entramos a una cantina y bebimos ron del país. . . El aguardiente me quemó las entrañas y sentí los ojos vidriosos y relucientes corno los de un felino... De nuevo me iba invadía la cólera y el rencor. Contra quién?

¡El mulato era manso y fiel! No comprendía el incendio de mi espíritu y se asustó al verme belicoso. Entraron tres negros y un blanco y me puse a provocarlos. Cuando uno de ellos contestó con una broma simple Un insulto mío, me puse de pie y tomando la botella por el cuello, me acerqué a la mesa donde estaban bebiendo. . . Al instante se levantaron y salieron corriendo . . . El cantinero no tuvo tiempo de cobrarles. "Dejá que se vayan esos coyones! " —Le dije deteniéndolo rudamente—". ¡No te aflijas, que yo pago su cuenta!

Debo de haber estado terrible porque, cuando volví a mi mesa, el mulato también había desaparecido!

Bebí unos tragos m y regresé al hotel. Iba a subir directamente a mi habitación a darle fin a la botella de whisky cuando algo me detuvo. El destino de ese día estaba ya escrito con letras de fuego!

Decidí tornar un high bien frío en la cantina, antes de subir, y allí me dirigí. Había humo Y ruido de voces, pero no quise ver a nadie. Pedí mi trago en el mostrador. Entonces me volví. En una mesa cercana estaban Burguess y el Comandante y al lado de éste, ¡Carazamba! La ví a ella con mirada insistente y burlona y noté que se ponía! tan pálida que el moreno subido de su faz desapareció por completo.

Burguess y su compañero también habían bebido porque la botella en su mesa estaba casi vacía . . . Pero no me preocupé de ellos mayormente, sólo el tiempo suficiente para lanzarles una mirada despectiva y retadora.

Burguess era peligroso! Algo dijo a su compañero en voz alta, para que yo lo oyera, pero no alcancé a entender claramente. Que era un insulto, no cabía la menor duda!

Ambos iban armados y detuve la mirada febril en la escuadra del extranjero, aquella misma 45 cuyos estampidos al dar muerte al tiburón volvieron a resonar extrañamente en mi memoria...

Entonces tomé el resto del trago de un sorbo y me dirigí a la escalera para ganar mi cuarto. Al pasar frente al trío, oí que el comandante decía: "Déjelo! . . . ¡No vale la pena! ¡Ya se va, corriendo de miedo!

Las sienes me palpitaron brutalmente y subí las gradas de cuatro en cuatro.

Dos minutos después bajaba de nuevo. Esta vez venía despacio. Mis ojos veían con diáfana claridad, mejor que nunca, y una extraña tranquilidad me invadía. . . Repentinamente creí que todo el alcohol se había evaporado de mi cuerpo como por encanto. . . Sentí los nervios firmes y el corazón latíame tan despacio como cuando hacía la siesta. . Las gradas de madera gemían largamente a cada paso mío.

En la cintura llevaba un ancho biricú lleno de tiros y por el lado derecho, muy caída, colgaba mi negra 38 especial, cuya culata tocaban suavemente las yemas de mis dedos.

Cuando aparecí de nuevo en la cantina, algo extraño e imponente debía haber en mi figura, porque los criados desaparecieron y se hizo un silencio absoluto. Llegue al mostrador y pedí otro trago que el cantinero me sirvió lleno de nervios. Entonces, con el vaso en la mano izquierda, me volví lentamente.

Burguess me observaba en silencio, pero su cara permanecí colorada e impasible. El Comandante estaba pálido y se movió intranquilo en su asiento. Carazamba parecía una esfinge, con inmovilidad y color pétreos.

“Levántese, perro maldito! “ —dije a Burguess repentinamente “Ahora quiero que vuelva a insultarme, inglés sarnoso hijue puta!

La mesa donde estaban sentados cayó volcada de un empellón, un fuerte estampido sonó en el ámbito ahuecado de la cantina y sentí una quemadura en el hombro. .. Al instante, mi 38 comenzó a disparar. . Una, dos, tres veces. Burguess se tambaleó un momento y cayó pesadamente sobre el canto de la mesa volteada! Yo estaba seguro que dos de mis tiros le habían reventado la frente y el tercero le había entrado en el pecho..

El Comandante estaba de pie y, a tiempo que Carazamba lo empujaba violentamente, sonó el disparo de su revólver, que hizo añicos el espejo del mostrador a mis espaldas. Entonces disparé los tres tiros restantes y el Comandante se volteó y cayó, lanzando un grito...

Ya no vi nada más. . . Sólo el humo de la cantina estaba frente a mí, como una niebla espesa. . . Abrí el tambor de la pistola y lo cargué de nuevo, con toda calma. .. Al dirigirme a la calle, sentí la mano de Carazamba que me apretaba el brazo con fuerza diciéndome algo. Yo la empujé brutalmente a un lado...

En la calle, alguien me tomó de un brazo, la mano de un hombre!

“Véngase por aquí, pero ligero! “ —oí que me decían.

La noción de que corría por las callejuelas arrastrado por alguien y que avanzábamos largamente... Después el ruido del mar golpeando en unos troncos, y luego, el silencio!

## VII

CUANDO abrí los ojos, me pareció que aún no había despertado de un profundo sueño. Me costó trabajo volver a la plena conciencia, ya que mi cerebro se empeñaba en mantener un extraño embotamiento. Poco a poco se fue haciendo la luz en mis confusas ideas y, por fin, ví claramente.

Hallábame acostado en un catre de lona. Alguien me había desvestido, pero me encontraba en ropa interior y tapado con una colcha desteñida. Estaba en una covacha de madera que poco a poco, fui reconociendo.

Por el hueco de la puerta entraba la luz del sol y, ví el brillo verdoso del agua a escasos metros de la casucha Quise incorporarme en el entre y un dolor agudo me lo impidió. Entonces me di cuenta de que el hombro izquierdo lo tenía fuertemente vendado. La gasa estaba limpia y me consolé al no Ver en ella manchas de sangre.

¡ De golpe recordé todos los  acontecimientos últimos y el corazón me dió un vuelco!

En ese momento apareció la cara de Pedro en el hueco luminoso de la puerta. “Ya despertó, patrón?” —me dijo entrando con rapidez y yendo a sentarse a mi lado.

¡Ah! ,¡Mi bueno e inseparable Pedro! Cuánto he agradecido aquella su recia amistad y aquella su calma, que fue para mis horas de zozobra y lucha, bálsamo benéfico y vivificante!

Se inclinó y me examinó los ojos detenidamente. Luego me palpó la frente con su mano amplia y callosa.

“Ya no hay calentura” —dijo sonriendo... “Lo que debe haber es una goma terrible! “

Se fue a un cajón que hacía de mesa y sirvió medio vaso de whisky de una botella, el cual vacié de un sorbo.

“Que tal se siente? “ —me preguntó con su voz profunda y suave.

“Ahora bien! . . . ¡Con ese trago!

¿Qué estoy haciendo en la covacha de la Ná Cantel?”

“Lino, el mulato, lo trajo pa cá! Dice que anoche, después que salió de la cantina del muelle, ya iba “picado” y al cabo diun rato se jué pal hotel a ver si usté quería emprestarle unos pesos, pero que anduvo rondando por la puerta sin atreverse a entrar porque dice que usté estaba mero liyero y le daba miedo... En eso oyó los plomazos del pleito y cuando se asomó a ver qué había pasado, tuavía canzó a ver las últimas pataleadas del Comandante a que usté se acercaba a la puerta de la calle amba1eándo5e y con el cuete en la mano... Entonces la salada mujer esa lo había querido sostener Y usté la aventó diun empujón. . . Lino lo agarró del brazo y le dijo que corriera con él y se lo jué trayendo a trompezones hasta aquí! Usté tenía la camisa llena de sangre y al nomás llegar aquí se cayó al suelo y entre la Cantel y él’ lograron por fin encaramarlo al catre y desvestirlo. Nadie los vió porque era l’hora de comer, no había nadie en la calle y se vinieron por la oscurana... Le sacó pisto de la bolsa y mandó a la Cantel a comprar vendas y medicinas y entre los dos le lavaron y le curaron la herida”

“Era grave la herida?”

“No tanto! La bala le pasó yebando un tanto así de carne por encima del hombro! “ Fue pura potra que no entrara más debajo y si nués porque estaba jalado, el riendazo lo hubiera botado al suelo! No se olvide que jue con 45! después le dio calentura juerte y la Cantel comenzó a hacer brujerías y le dio a tomar un caliente de yerbas del monte, que lo hizo sudar toda la noche... Tuavía hoy a medio día, que jué cuando yo volví y el mulato me jué a encontrar al muelle pa contarme todo, lo vine a hallar hirviendo; pero la Cantel dijo que pa cuando se dispertara ya iba a estar güeno. Y asi parece que jue la voluntá de Dios porque ya esta fresquito”. Y Pedro volvió a posar su mano sobre mi frente sudorosa.

A pesar de la herida y de la pérdida de sangre, me sentía bien! Quise levantarme mas Pedro no me dejó. “Quédese acostado un poco más, siquiera hasta que coma. Ya no tardan en regresar el Lino y la Cantel, que los mandé a traer noticias y a comprar qué comer”.

Algo terrible se apretaba dentro de mi ser y me conminaba a no pensar en ello. Pedro no había hecho alusión alguna a lo que había sucedido en la cantina del hotel.

Pedí otro trago y. cuando lo hube tornado, me atreví a decir: “Lo de anoche ¡Fue culpa de ellos! También estaban socados y me insultaron, abusando que yo no llevaba arma. Entonces, me fui a mi cuarto y bajé con el revólver ¿Qué pasó por fin, después de todo?

“Ya sabía yo eso, por las declaraciones de los criados! Dicen todos que ellos lo provocaron a usté, que uste todavía se quiso ir pa arriba y que al pasar, el Comandante le dijo quera un miedoso y entonces usté regresó armado. Que el gringo disparé primero, hiriéndolo, y que entonces usté contestó el luego. Que también el Comandante le tiré a usté primero y que si nués porque Carazamba le da un empujón a tiempo, lo mata! “

“No se salvé ninguno? ‘‘ Esta pregunta la hice con toda el ansia de mi alma!

“Qué se iban a salvar” El gringo murió instantáneamente. Tenía dos plomazos en media frente separados uno del otro media pulgada y fueron los que le destaparon la cabeza. El otro se lo metió en mitá del pecho cuando ya iba difunto de caída. El

Comandante aguantó vivo cinco tres tiros le atravesaron el pecho y los pulmones”.

Pedro vio la palidez mortal que me invadió y e dio otro trago. Comprendió la tragedia tormentosa que se revolvía dentro de mi alma! De manera que tenía ya las manos manchadas de sangre? . .. Yo, que siempre pasé a través de la vida dejando una estela de honradez y hombría de’ bien como la mejor huella de mis andanzas! Yo que fui educado en el seno de un hogar pacífico y modelo! •.. Las lágrimas me brotaron cuando pensé en mi madre!

Pedro pareció leer el luto de mi espíritu. “No se áflija, patrón! “ —me dijo suavemente —” Usté no tuvo la culpa! Jue pura defensa propia... Todo es por la maldita mujer esa! Ya se luavía dicho yo, que está salada y yeba la perdición de los hombres! “. . . Lo malo es que el cónsul inglés puso el grito en el cielo y vino hoy en la mañana pal entierro, que acaba de ser, acompañado del Jefe Político desde Barrios, y está furioso. Ya sabe que, desde los pleitos por Belice, está echando leche como los sapos y dice que exije que lo cauturen a usté. ‘También el Jefe ha dado orden de que lo agarren, no sólo por lo del gringo sino por lo del Comandante que a más de ser actoridá, era pariente suyo”.

“Bueno! Que me capturen! Fue legítima defensa y ya lo probaré!

“Dios guarde, patroncito! A saber cómo van a pintar los hechos en Guatemala, y pior si lo juzgan en Barrios!... No se olvide que el Presidente no perdona eso de los balazos y las muertes! Es que huyamos, pero … ¿pa dónde?

Pedro se paseó como buscando inspiración.

Al rato entró el mulato con la Cante!, la bruja quecchí a quien yo había ido a buscar en cierta ocasión para que atendiera a un mi cortador de madera que le tenía m fe que yo a los médicos. Le había pagado bien aquella vez y, desde entonces, me tenía “buena ley” como decía Pedro.

Estreché la mano de Lino y le dí las gracias. El tan sólo me miró, sonriéndome con sus dientazos albos. “Ya vé, patrón! “ —Me dijo por fin— “Yo ya sabía que iba hacer algo mú malo uté! “... ¡Le dio mal trago! “...

Tomé otro whisky y un caldo de huevos con apazote, que pronto me preparó la vieja, quien, según murmuraciones de Pedro, tenía amores con el mulato, logrados a fuerza de brujerías hechas con un sapo cosido por la boca y un retrato de Lino claveteado de alfileres en el corazón y en los sentidos...

Después me contó que el entierro había estado muy concurrido... Que sólo al gringo lo habían sepultado en Lívingston y que el Jefe Político se llevó al Comandante para entregarlo a la familia en Puerto Barrios... Que Carazamba no había ido al éntierro y que la gente hablaba mal de ella porque todas sus declaraciones fueron en favor mío. Que en el pueblo todos estaban de mi lado, pero que la mujer no debía haber declarado a favor del hombre que había matado a su marido y que, finalmente, e andaban buscando por todas partes y ya se habían ido varias patrullas al monte y con el Jefe político iba a echarme al día siguiente a toda la Montada encima.

Nadie sabía mi paradero! Los criados del hotel y el cantinero declararon que me vieron salir, pero que no se atrevieron a atajarme porque había cargado de nuevo el revólver y, desde entonces; nadie me había vuelto a ver más. Me buscaban en las casas de los pocos amigos que tenía en la población pero la mayoría creía que había huído por el río y ya se había telegrafiado a San Felipe, al Estor Y a Izabal, en las márgenes del lago, ordenando mi captura.

Noté de pronto que la Cante! estaba nerviosa. Quería decir algo y no se atrevía. “Vos, Cante!” —Le dije secamente y ya de pie, paseándome por la destartalada pieza de un lado a otro— “vos sabés algo y no lo decís . . . Dios te guarde si has dicho dónde estoy!

La india emitió una serie de sonidos raros, manifestando así su protesta. “Ay, vos patroncite... Donde ibe yo acusarte vos pa que te yebe el policíe? . . . Vos sos güene y tenés fe en el costumbro del Cantel y pagás güen piste! Yo no decir nada nadie! ... Sólo que... sólo que.

La india vacilaba, presa de verdadera nerviosidad ante la mirada severa y escrutadora mía y de Pedro. “Solo que, desgraciada”—gritó Pedro amenazador.

El mulato también estaba cerca de ella y, por la mirada que le lanzó, comprendí que ni todos los sapos y los alfileres de “su costumbro” la iban a librar de morir atragantada entre las manazas de Lino, como hubiera dicho dónde me encontraba yo.

La india se asustó de verdad! “No vayan hacer nada mí, yo contarte vos patroncite, y vos Pegue y vos don Line! •.. Resulte que yo tener güena marchante pagar también güen

piste, este mujer Carazamba llamar muchas veces Ná Cante! pa hacerle el costumbre a ey! Hoy timprane yo ir verla pa llevarle yerbites y polvo de gusane encantado que l'otro diye me encargó pa hacerle brujeríe de amor a un su hombre que dis que la dispreseye. Cuando entré su casa eye estar su cuarte y dis que no durmió, dis, y no querer salir saludar gento que yegar ver dijunte... Me dij que no le importabe un caraj el tal su maride y que ya no quiríe mis yerbite y mis polvite de gusane. Que l'hombre que ey quiríe se había ido pa siempre Y se puse yorar y me dij que el tal su hombre eras vos mesme, patroncite! Cuando me dije tu nombre, quedarme asustade y eye notar mi cara de suste y entonce eye agarrarme de la trenza y decirme q yo saber donde vos estás, patroncite y que eye darme muche piste si yo dicirle pura verdá... líe juró por los santes que no dicir nada policíe y cuando yo le dij que sí sabía dónde estabas pero que no dicir, eye me dij que pa que yo viere que no querer hacer mal nadie eye darme este papelite pa vos y si vos querés, vos contestés otro que yo le yebe después".

La india se sacó del güipil un papel doblado en varios pliegos y me lo dio. Pedro se puso tras de mi hombro para leer también.

Decía: "Por la Cantel he sabido que usted está por aquí cerca. Le ruego tener mucha prudencia porque lo buscan por todas partes. Si me tiene confianza, contésteme inmediatamente. Yo tengo la lancha automóvil y un negro de todo fiar. Sólo hay escape hacia México, por El Petén, ya que a Belice, ni soñarlo, pues Burguess era inglés y no suizo, como la gente creía y, además Belice devuelve a todo el que pasa sin papeles... Sólo México es su salvación y por El Petén puede llegar, usted que conoce bien las montañas. Le suplico con toda mi alma que fíe en mí! Si acepta mi ofrecimiento, dígame a dónde le mando la lancha esta misma noche para que se vaya. Le pondré también provisiones y armas. ¡Dios quiera que algún día perdone el daño que, sin querer, le he causado!

Por varios minutos nos quedamos callados. Leí y releí el papel y una emoción extraña me invadió...

"¡No le haga caso! " —me dijo Pedro rubiosamente— "¡ .. . Y vos, india maldita, no salís de aquí hasta que nos vayamos!

P e r o yo seguía pensando! Repentinamente, algo se iluminó dentro de mí. Si era un lazo que me tendía para salir de mí también, como era su costumbre, y deseaba entregarme en manos de la ley, pensé que ya me había metido demasiado en la aventura y que, al fin y al cabo, hasta sería una liberación y una solución rápida de mi problema.

Tomé un lápiz, arranqué la hoja de un cuaderno de apuntes y escribí rápido y breve. Le decía que esperaba la lancha esa misma noche, a las doce en punto en la playa, frente a la casa de la Cantel.

# VIII

CUANDO la india se fue, llevando el mensaje, Pedro me contempló en silencio, con una expresión indescifrable en su moreno semblante. Lino tan sólo se sentó en un cajón y pidió permiso para tomarse un trago, sin comprender nada.

M recosté de nuevo en el catre y le dije a Pedro que cambiara mi vendaje y me echara más polvos de sulfa en la herida. Sentía algo de fiebre y quise dormir un rato.

Unos minutos antes de las doce, llegó la lancha. Rato hacía que Pedro, el mulato y yo, esperábamos ansiosamente. Era una noche obscura y nebulosa y el mar estaba agitado. Por una parte, la oscuridad nos favorecía inmensamente, ya que en noche clara nuestra escapada habría sido más difícil, pero en el trópico la ausencia de estrellas en el firmamento presagian lluvia y mal tiempo. Grandes nubes rojizas cruzaban velozmente y el viento soplaba con fuerza, despeinando los cocales las Palmeras. Enmedio de la obscuridad envolvente veíamos los blancos rizos de las olas al encresparse cerca de la playa, frente a la casucha de la india Cantel.

Pedro no había querido asomarse por las calles, temeroso de que lo apresaran a él para averiguar mi paradero y, por lo tanto, habíamos decidido abandonar nuestro equipaje en el hotel que, por lo demás, era bien escaso. Mi amigo tenía en el bolsillo el dinero de la venta del equipo de campamento, y yo llevaba encima una suma regular, que era todo lo que poseía conmigo, ya que los pagos mayores los hacía siempre por medio de cheques. Por lo tanto no teníamos otra impedimenta que la que llevábamos puesta, además de mi pistola y del cinturón lleno de tiros.

La lancha llegó guiada por un negro viejo y silencioso y atracó suavemente a la playa, no sin gran esfuerzo, ya que el hombre venía impulsándola a remos para no hacer ruido. Al instante, ví que se trataba de una magnífica lancha automóvil Higgins, de último modelo y de veinte pies de largo. No pude distinguir nada más que a su ocupante y algunos bultos envueltos en pesadas lonas, dentro de ella.

Nos despedimos silenciosamente del mulato y de la india y, en el momento de separarme de ellos, le entregué a Lino dos billetes de veinte quetzales cada uno. “Tomá” —le dije— ‘ ¡Para vos y la Cantel, para que se compren algo en nombre mío!

A la india le relumbraron los ojos, pues ya su del carnero, brilló la claridad de una lágrima.

El negro de la lancha no habló hasta que estuvimos a bordo. “Ustedes colocarse aquí adelante, a mi lado. Los bultos ir detrás tapados por si llueve. Usted, Míster, poder ordenar lo que quiera al negro John. Y ahora, ayudarme con los remos”.

Al instante nos dio a cada uno un canalete de cayuco y él comenzó a bogar con dos largos remos. Pedro y yo lo ayudábamos lo mejor que nos era posible y, poco a poco, la pesada lancha se fue alejando de la orilla.

Minutos después, las borrosas figuras de Lino y la Cante' paradas silenciosamente en la playa, fueron desapareciendo mientras yo iba contemplando cómo se esfumaban de mi vida aquellos seres que me fueron fieles y desinteresados en el momento más preciso. Amargamente pensé en mis amigos de la capital y de Xelajú y en si ellos habrían sido capaces de hacer tanto y tan modestamente por mí como aquellas insignificantes sombras que apenas me habían conocido y que ya se iban confundiendo con la negrura de la playa. Allí quedaban aquellas almas sencillas para proseguir sus vidas al unísono, de diferentes razas ambas pero que el trópico había unido sin ningún escrúpulo ni prejuicio: la del— negro, rudimentaria y mansa como la de un perro y la de la india, compleja y misteriosa, preservando su amor senil con un sapo cosido por la boca y un retrato claveteado de alfileres. Comercio y el trato con los blancos la habían hecho "pistera". En cambio, en la cara del mulato sólo pude ver tristeza y en sus ojos, apagados como los

Seguimos alejándonos y más afuera nos era dificultoso avanzar con los remos, pues los rizos blancos que viéramos desde la orilla se habían convertido en olas de regular tamaño. La embarcación cabeceaba y nuestros canaletes, manejados torpemente puesto que no era lancha propia para remos, iban rozando continuamente las bordas. En silencio fuimos desfilando frente a las luces de Lívingston. La corriente del río nos ayudaba bastante y el negro John iba guiando la lancha hacia la izquierda para doblar el minúsculo cabo que separa la barra del Dulce con la Bahía.

Media hora después, había desaparecido Lívingston con sus luces tragadas por la línea negra de la tierra y el mar. El parpadeo intermitente de los tres faros se veía a lo lejos y, por fin, en el horizonte a nuestras espaldas apareció el lucerio de Puerto Barrios. Entonces el negro John dejó de remar. "Esto ser suficiente ya" —dijo con su voz garrasposa—. "Aquí ya no oírse motor"...

Oprimió el starter y la máquina arrancó. Al instante comenzamos a correr por el mar en dirección a Belice.

¡La lancha era magnífica! A pesar de lo picado del mar avanzaba con una velocidad tal que nos hacía dificultosa la respiración y nos obligaba a buscar cobijo bajo el parabrisas. Saltaba como pescado sobre las crestas de las olas e iba dejando una estela turbulenta de extraña luminosidad.

"Usted llevar timón un rato" —me dijo el negro cediéndome su asiento— "...seguir adelante pero sin acercarse a la orilla Por su manera de hablar comprendí que era beliceño. Saltó sobre el asiento hacia la parte trasera, en donde desapareció tras los bultos. Yo aproveché para calmar mis nervios oprimiendo el acelerador y haciendo volar la embarcación sobre las olas, que ya se habían violentado Y castigaban la quilla y el

casco con extraños golpes secos. De vez en cuando, la proa se cubría de espuma Y una rociada de agua tibia nos caía encima.

Al poco rato volvió el negro. Traía una bolsa de papel. “Ustedes comer y beber café” — nos dijo; volviendo a ocupar su asiento ante el timón.

Pedro y yo nos alegramos de encontrar dentro del paquete gran cantidad de sándwiches y un thermo con café.

Pronto vimos la obscura y alargada silueta de punta Cocolí y entonces la embarcación viró un tanto a la izquierda, enfilando en línea recta hacia la invisible barra del Sarstún.

Nos maravillábamos del sentido de orientación del negro, cuyos ojos impasibles y apagados parecían traspasar la compacta oscuridad de la noche y el mar como si en un día luminoso estuviera viendo fijamente su punto de destino.

¡Comenzó a llover! Al principio, una llovizna que creíamos fuera la brisa del mar y las salpicaduras de la lancha. Pero luego arreció y los goterones macizos pronto nos rodearon en un manto blanquecino y espeso. El negro nos ofreció una gran lona, bajo la cual nos arrebujamos.

¿Cuánto tiempo duró aquella mar, que se iba embraveciendo por Nunca a pude precisarlo, pero, circunstancias, se me hizo corto! carrera sobre el momentos? A pesar. De las Yo calculé que corrimos a 45 kilómetros por hora, cuando menos.

Repentinamente la lancha comenzó a perder velocidad hasta quedar en marcha lenta. Enfrente veíamos grandes masas de negrura y la cercana tierra, más negra aún... Una claridad tenue f esparciéndose poco a poco, como una inmensa luciérnaga que flotara sobre las aguas frente a nosotros y comprendimos que era la boca de un río anchísimo. Pronto, la lancha comenzó a cabecear peligrosamente pero siempre avanzando con lentitud. El negro, a quien yo llamaba míster John, iba incorporado en el asiento y manteníase pendiente de su maniobra. Se veía que iba cruzando un paso difícil y peligroso.

Habíamos comenzado a penetrar en el río y la barra tenía un oleaje violento. Apareció la sombra de una isla y pasamos casi rozándola. Estaba cubierta de mangles, y tan cercanos a ella pasamos que oímos esos extraños ruidos, como pequeñas. Explosiones, causadas por el sinnúmero de cangrejos y moluscos que pululan en el intrincado raicero. La lancha saltaba peligrosamente y en varias ocasiones creí que íbamos a volcar. Míster John sonreía entonces para darnos ánimo. “¡Hoy no estar barra muy mala! ... Después ponerse peor! Noche negra, muy mala para caer dentro del mar! Tiburonero alborotarse con el lluvia!

Poco a poco se fue aquietado el agua y la isla quedó atrás.

Habíamos entrado en pleno río y sus márgenes se veían obscuras. La lluvia cesó repentinamente y a través de los volantes tules de las nubes brillaba de cuando el chispazo de una estrella. No se veía ninguna montaña, tan sólo la sombra de una selva baja que supimos al instante se trataba de un inmenso manglar.

La lancha se fue haciendo hacia la margen derecha, con el motor funcionando apenas. Parecía que no avanzábamos e íbamos casi rozando los anglares de la costa beliceña.

En el lado opuesto aparecieron unas lucecillas. “La aldea de Sarstún” —dijo el negro—. “ . . . Por eso ir yo muy despacio, muy silencío, para que ellos allá no oírnos! . Hay telégrafo para Lívingston, usted sabe”.

Hasta ese momento nada había dicho yo a míster John y nada había preguntado él. Parecía que sus instrucciones las tenía precisas . . Cuando hizo la observación del telégrafo, comprendí que sabía todo, el motivo del viaje, su misterio y objetivo. ¿Sería de fiar, como había asegurado Carazamba?

No había tenido tiempo de meditar sobre mi extraña situación! Aquella lancha, propiedad sin duda del hombre a quien había matado la noche anterior, me sacaba de las fauces de la autoridad de Lívingston y me iba llevando, a través de parajes desconocidos, hacia una meta aún más ignorada.

“¿Hasta dónde me lleva ahora?” —pregunté un poco tímidamente.

“Seguir adelante hasta lugar seguro dónde poder dormir un poco” —fue la respuesta inmediata.

A pesar de la lentitud, pronto una vuelta del río apagó las luces de la aldea y entonces paulatinamente, comenzó la lancha a acelerar s marcha hasta volver a correr, aunque ya no con la velocidad que traíamos en el mar.

Al poco rato aparecieron otras luces en el lado guatemalteco del río, como pequeñas fogatas. “Este aldeíte llamarse La Vaca” —volvió a explicar el piloto.

Nos manteníamos siempre pegados a la costa beliceña. El río era anchuroso y calculé una distancia de cuatrocientos a quinientos metros de orilla a orilla.

Un rato después, míster John viró hacia la margen opuesta. Ibamos rápidamente hacia tierra y yo creí que encallaríamos en ella, cuando ésta se abrió en otro camino de agua y repentinamente la lancha desembocó en una especie de bahía. Acabábamos de entrar en ella a través de dos lenguas de tierra que la separaban del río. La atravesamos y el negro disminuyó la marcha hasta que la proa encalló con suavidad en la arena. "Aquí poder dormir tranquilos" —nos dijo—. " . . . Este lugar llamarse Laguna Grande! ¡No más poblados con telégrafo hacia adelante! Ustedes dormir en este asiento. Yo ir dormirme a popa".

Luego de haberse ido hacia la parte trasera de la lancha. Regresó con dos gruesos ponchos y nos dejó solos.

Pedro se durmió rápidamente y yo aún vi el nacimiento de las estrellas, que la noche iba soltando a la deriva con las nubes. La lancha se mecía lánguidamente y uno que otro zancudo me obligaba a manotear el aire.

La herida del hombro comenzó a dolerme un poco y tomé una aspirina con un trago de café. Más tarde oí los gritos de un león monero en el fondo de la montaña un tecolote cantó muy cerca de la lancha. De vez en cuando, sonaba un golpe seco sobre el agua, casi con la intensidad de un disparo. . . Era el lagarto que atontaba peces a coletazos. Después, me quedé dormido.

## IX

YA ÉL SOL estaba alto cuando desperté la mañana siguiente. Un olor irritante mehizo estornudar y entonces me incorporé en el suave asiento de la lancha y estiré mis encogidos miembros. Pronto ví que lo que molestó mi olfato era la densa humareda que salía de una hoguera que en la orilla alimentaban Pedro y míster John. Eché un vistazo a mí alrededor y el paisaje no podía ser más bello. La laguna, o bahía del río, no era tan grande como me había parecido en la noche, y de forma circular. La salida hacia el río quedaba a popa de la lancha y era bastante estrecha. El agua clarísima estaba tranquila, como en una taza, y en la superficie cercana a la orilla crecían los lirios y las anchas hojas de Nap, cuya floración se empinaba desde el fondo hasta asonar sus amarillas fases sobre el agua. De vez en cuando, un pez plateaba con su lomo la tersa superficie y los rayos del sol se quedaban retozando un rato en las amplias ondulaciones, que se iban extendiendo hasta mecer las flores de Nap de las orillas.

La tierra cercana al río estaba cubierta de manglares, verdinegros y eternos manglares cuya vida se gesta en el légamo del fondo para después subir muy altos, hasta ofrecer su ramazón tupida a la caricia del sol y del cielo, cumpliendo así con la evolución

darwiniah1 En la parte donde nuestra lancha se encontraba al anda, la tierra se elevaba en suave declive Y estaba cubierta de vegetación de tierra firme.

La hoguera ardía bajo un pequeño bosque de cocales de distintos tamaños. Varios platanares lucían sus hojas, de un verde sano y brillante, y después, más atrás, se anudaba la vegetación en una selva altísima y tupida en donde los líquenes y las parásitas ponían la única nota cambiante en la uniformidad obscura e impresionante de los enormes árboles.

El día estaba hermosísimo y ví las bandadas de garzas, blancas y morenas, cruzar los cuatro angulos del cielo con el perezozo batir de sus alas, que el sol hacía brillar con más intensidad de colorido.

El trino de cien tonalidades brincaba de rama en rama, como si los árboles fueran goteando en notas la lluvia de la última noche. . . De vez en cuando, venía del fondo del monte el grito de las pavas y la algazara de una bandada de chachas.

Sentíame contento y ensanché el pecho, aspirando el aroma incomparable de la tierra húmeda y del vaporcillo que el sol iba arrancando al monte circundante. Me desvestí rápidamente y me lancé al agua. Algo exquisito me envolvió por completo y nadé buen trecho sumergido, gozando con el fresco vigorizante que íba a quitarme los últimos dolores de mi herida y de la mala posición en que había dormido.

Cuando salí a flote, ví que Pedro me observaba desde la orilla con una cara de profundo disgusto Creí que se disponía a reprocharme el que hubiera lanzado al agua haciendo caso omiso de la herida y su vendaje Me dirigí hacia la orilla dispuesto a reírme de él. Cuando asenté pie y e disponía a salir, Pedro me contuvo. “No vaya a salir así, desnudo” —me dijo con extraña seriedad—. Regrese a la lancha y vístase! . .. Hay moros en la costa.! “

Fue tal su gesto de seriedad y su apariencia de enojo que me quedé un rato inmóvil y en silencio y luego me zambullí hasta la barba. . . “ diablos pasa?”

“¡Nada! Q u e no eran sólo “bultos” los que venían brincando, con nosotros en el oleaje de anoche! ... Mire!

Se volvió hacia el interior del monte y mi vista siguió a la suya. Una exclamación no santa salió con toda espontaneidad del fondo malo de mis entrañas! Del lindero de la montaña, abrazando una carga de ramas, se acercaba Carazamba! Su cabello lo mantenía peinado a la española y venía ataviada con una camisa a cuadros y pantalones de lona azul

Cuando vio mi cabeza sobre el agua, echó a correr hacia la laguna y botó su carga al pasar junto a la hoguera. Después, ví que levantaba el brazo Y me lanzaba una alegre mirada, sonriendo con la más feliz de las expresiones

"¡Buenos días. haragán! " —me gritó festiva—.

. Ya era hora!

No quise oír más y esta vez mi zambullida fue 0 y profunda, pasando bajo el casco de la lancha y saliendo por el lado opuesto.

Como una lagartija mojada, me arrastré al fondo de la lancha me vestí precipitadamente, sin secarme, procediendo luego a deshacerme del negruzco y empapado vendaje. Examiné la herida y ví que tenía buen aspecto. Luego, llamé a Pedro para que me echara sulfas y me pusiera vendas limpias.

Un cúmulo de ideas se atropellaban en mi cabeza. ¡No sabía qué pensar y menos qué hacer! Confieso que, al primer instante, la vista de Carazamba me produjo una alegría inmensa. Luego, ésta se fue enfriando y, mientras Pedro en silencio maniobraba en mi hombro lesionado, yo miraba hacia el bosque de cocales en donde míster John y Carazamba extendían una serie de platos y preparaban el desayuno.

¿Qué diablos había venido a hacer esa mujer, asociada a un par de fugitivos? ... ¿Qué se proponía con acompañarme? El pensamiento de todo esto me tenía perplejo! En un principio creí que, por premeditación o por azar, estaba contenta de que y la hubiera librado de Burguess, ya que persistia en creer que ella buscó el choque entre nosotros... Había salido también de mí, ya fuera que yo desapareciera en las selvas peteneras o en el extranjero, o que cayera en manos de la justicia... Que hacia, pues. siguiéndonos en nuestro incierto destino? ... Luego, poco a poco fuí contemplando la posibilidad de que aquella mujer caprichosa, acostumbrada siempre a que los hombres la persiguieran como lobos hambrientos, podía creerse enamorada y no estuviera satisfecha sino hasta lograr el triunfo sobre mis sentimientos.. . Por vez primera en su vida se había encontrado con alguien que, no sólo no la perseguía ni la asediaba, sino que le mostraba la indiferencia y el desdén más amplios; y e s o no podía ser cierto, no debía quedar así!

Mientras más pensaba en el problema, más me iba halagando la idea de mantenerla cerca de mí. ¿Qué mal podía y hacerme, Estábamos lejos de toda civilización y pronto nos encontraríamos, cual míseros átomos, en la inmensidad inhóspita del Petén, en donde el hombre manda, en donde el macho es amo y señor. . . No sería, por cierto, desagradable llevar una hembra hermosísima d€ compañera y una mano femenina para las tareas de campamento. Así, pues, cuando Pedro terminó de vendarme, me encontraba con el ánimo mejor dispuesto. "No te aflijás así" —le dije a mi amigo—. La cosa no es tan mala como te la figuras! No te olvidés que si no es por ella, a estas horas ya nos habrían pescado en Lívingston. También nos queda el recurso de mandarla de vuelta con míster John en la lancha, tan pronto nos dejen en El Petén".

Pedro permanecía mohíno y cabizbajo. Carazamba se dio cuenta de mi buen humor y estuvo encantadora mientras desayunamos Y apagamos la fogata. Después, embarcamos de nuevo y, saliendo al río, seguimos su curso hacía el nacimiento.

Durante toda aquella mañana fui remontando la corriente del ancho río a buen de la lancha. Pronto comenzó a estrecharse y sus márgenes se fueron juntando. La lancha tuvo que caminar más de prisa para contrarrestar la correntada que se hacía por momentos más fuertes Las orillas ya no estaban cubiertas de manglares sino que éstos habían cedido su lugar a los altos camalotes, las pacayas y huisnayes y, más adentro la selva impenetrable . . . Veíanse por doquier árboles enormes de caoba y ceibas gigantes en donde los monos saraguates parecían inmóviles panales negros secándose al sol. Las pavas y paujiles volaban de una margen a otra y las bandadas de guacas comenzaron a incendiar las ramas de los voladores…

Yo iba en la parte trasera de la lancha, n cómodamente sobre los bultos, y a mi lado, • sin apartarse un instante, permanecía siempre la muchacha. Reía y me conversaba con tranquilidad de quien se encuentra en una excursión de recreo y me mostraba alborozada los grupos de monos y los pájaros extraños que iban encontrando. De uno de los cajones que iban tapados, sacó un rifle 22 automático, otro Calibre 300 Savage, también automático, y una escopeta Me explicó que fue lo que pudo traer, además s de machetes y dos pistolas. Para todos había munición en abundancia y no pude menos que agradecerle sinceramente esta providencial ayuda.

Reía a cada instante y me aseguraba que ibamos a estar muy contentos", pues se había preocupado de que no nos faltara nada: comida en abundancia, conservas en lata, hamacas con mosquiteros, etcétera, etcétera.

Yo apenas hablaba! Con el pretexto de contemplar el paisaje, permanecía mudo y absorto la mayor parte del tiempo, ya que Pedro iba en el asiento de adelante con míster John.

Hasta ese momento nada habíamos dicho ni comentado sobre sucesos trágicos que motivaron el viaje, ni ella había hecho alusión alguna a nada, ni siquiera a la forma en que se escondió en la lancha.

"Ojalá le haga a usted tan buen tiempo al regreso como el de ahora" —dije de pronto, después de un buen rato de silencio—, " . . . Y será más cómodo, ya que no tendrá qué venir agachada y oculta bajo las lonas".

Fue la ruptura del temido fuego! Ella pareció meditar bien su respuesta, ' ¡No sé de qué regreso me habla! No pienso regresar nunca... por este camino, por lo menos! "Sus palabras fueron dichas en voz baja pero enérgicas, en un tono que no admitía réplica.

“No pensará atravesar todas las montañas para volver por tierra” —insistí yo.

Otra pausa. “¡No sé por regresaré! “ . . . Eso lo dejo a su decisión... Por donde usted regrese, por haré yo también”.

No pudo haberse expresado con más franqueza y claridad. Ahora fui yo quien guardo silencio. “De manera que usted pretende seguir conmigo y con Pedro a donde nosotros vayamos”.

“¡Esa es mi decisión!

“Pero, es absurda! Mire señora, sea usted razonable! ¿Se da cuenta de que nosotros nos internaremos por las selvas, por los suampos y las sabaflas tórridas, ahora que comienza el verano? ... ¿Se ha puesto a pensar en los peligros y las privaciones que tendremos que afrontar? ¿Se da cuenta de lo que significa hacerse cómplice de un prófugo?.... Ya demasiado se ha comprometido con este viaje al Sarstún y tendrá qué explicar su desaparición de Lívingston el mismo día en que... en que enterraron a su... a míster Burgess! No! regresará con el negro John tan pronto como la navegación del río se imposibilite! Nada tiene qué venir haciendo conmigo en estas soledades! .. . Y, conste que yo le advertí que se apartara de mi camino. Ya ve, sólo desgracias le he ocasionado”.

No me dejó continuar. Suavemente me puso una mano sobre la boca, callándome. Sus ojos se levantaron hasta los míos y me miró profundamente. Aquellos ojos divi1 estaban llenos de lágrimas. “No diga eso” —me dijo temblorosa—. “...Yo he sido quien le ha traído desgracia... Siempre la traigo a todos y créame que ésta es la única vez en mi vida que lo siento hasta el fondo del alma”.

Su rostro estaba tan cercano al mío que sentí su cálido aliento, y un deseo loco de besarlo me invadió, pero me contuve. Afortunadamente, en momento Pedro saltó de su asiento a la parte donde íbamos nosotros y me pidió que lo ayudara con do grandes latas de gasolina que venían bajo las lonas

Al cabo de unos minutos habíamos vaciado combustible en el tanque de la lancha, que no interrumpía su curso ni por un instante.

A medio día almorzamos con sencillez; si0 detenernos. De vez en cuando, encontrábamos uno que otro cayuco tripulado por varias personas. Eran negros y gente del campo, pescando con anzuelo o fisgueando chumbimbas y lagartos. Se impulsaban con canaletes y, cuando el viento soplaba, iban veleando con “confra” de palma. En

ciertos parajes, donde el suelo de las márgenes se elevaba y el río corría encajonado, encontramos una que otra ranchería. La gente corría a la playa a vernos pasar y nos decía adiós con las manos en alto. Evidentemente, el espectáculo de una elegante y rapidísima lancha era para ellos de extrema novedad. Temíamos poco que tuvieran noticias de nosotros, ya que no había telégrafo ni otra comunicación que la de los cayucos y las lanchas del gobierno o de las compañías bananeras que ocasionalmente remontábanse hasta esas alturas.

La tarde fue caluorsa hasta que el sol se fue apagando entre un burbujeo de nubes carmesí.

Antes del ocaso, llegamos a nuestro destino. Acabábamos de dejar atrás, en la margen izquierda la confluencia del Río Chocón y el Sarstún, y a partir de ese momento, supimos que la margen opuesta pertenecía al Petén y no ya a Belice. La corriente se hizo turbulenta y la anchura y cor del río, escasas. Ibamos bajo una da de ramaje formada por la palasón de ambas que arriba se entrelazaba, y la luz del sol poniente apenas alumbraba ya. Atracamos a la margen derecha, en el primer lugar adecuado que encontrabamos en donde una vuelta del río formaba remanso El estruendo de la correntada se oía ensordecedor más arriba y supimos por míster John que más lejos no podíamos avanzar porque los Rápidos de Gracias a Dios estaban cercanos.

Bajamos los bultos que habían de servirnos y comenzamos a examinarlos y a separarlos. Eran demasiados para ser transportados por nosotros. La muchacha se había excedido en provisiones y demás pertrechos que nos hubieran sido de mucha utilidad y habrían evitado grandes incomodidades, en caso de haber contado con algún animal de transporte.

Con experiencia de viejos conocedores, fuimos separando lo que nos sería de utilidad indispensable y en un costal pusimos las provisiones de boca, d lámparas, una de mano y otra de cabeza, pilas, tiro... de rifle y cartuchos de escopeta, algunos utensilios de cocina, cubiertos y una caja de latón llena de medicinas. Apartamos y cargamos las armas y Pedro Y yo nos ceñimos un machete, con su vaina, cada uno.

Míster John tenía qué regresar a la mañana Siguiente. .. ¡Y con él Carazamba!

Había un zancudero terrible que brotaba por lados. Salían las legiones del agua, del monte, ajo la hojarasca húmeda.. . Nos hacía insoportable el trabajo de descargar la lancha y si no hubiera sido por varios frascos de loción Flit que previsoramente había traído la muchacha, creo que nos habrían desangrado.

Pedro se llevó la linterna de mano y se metió entre el monte. Al rato volvió, diciendo que había encontrado un lugar seco y más despejado, en una pequeña colina. Allí no había tanto zancudo y era mejor lugar para dormir que el interior de la lancha, en donde los zancudos nos matarían. Recogimos el costal de las provisiones y el otro donde venían cuatro hamacas de guindar. El resto de las vituallas que sobraban, las metimos de nuevo en la lancha.

El lugar encontrado por Pedro era excelente. El sol lo había calentado durante todo el día y estaba seco, ya que era una plazoleta natural en la cumbre de una colina de escasa altura. Colgamos las hamacas con sus respectivos mosquiteros y encendimos un alegre fuego. Míster John se puso a preparar la cena, ayudado por la muchacha, mientras yo, alejado del grupo, examinaba las armas y fumaba. Separé los tiros de distinto calibre y decidí que yo llevaría el 300 Savage y Pedro la escopeta. El rifle 22 nos lo turnaríamos, puesto que yo tendría qué cargar también el costal con nuestras dos hamacas y mi capataz el de las provisiones. Había decidido que la muchacha regresara al día siguiente con míster John.

Mientras comíamos alrededor del fuego, se lo dije! “Mañana, de madrugada se va usted con míster John de vuelta! ... No sabe lo que agradecemos este gran favor que nos ha hecho, y, si no es ofensa, me gustaría pagarle el costo de todo el equipo que nos llevamos”. Mi tono era amable pero firme, con toda la consistencia de una decisión tomada irrevocablemente.

Míster John miró a Carazamba y noté en su rostro, morado como el caimito, una expresión de burla. Carazamba también pareció fijarse en él y, por un instante, Ví un relámpago peligroso en sus ojos cuando devolvió la mirada al negro. Pero no dijo nada! Se encogió de hombros y bajó la vista: dedicándose a comer . . . Yo la veía allí sentada y la luz de la hoguera le daba una apariencia irreal os pantalones no hacían sino resaltar más las formas de su cuerpo y las sombras de las llamas brincaban nerviosamente sobre las turgentes redondeces de sus pechos, que pugnaban contra el encierro de la gruesa camisa.

Cuando Pedro oyó la noticia de la partida de Carazamba, se puso locuaz y decidor como por encanto. Repentinamente volvió a ser el mismo Pedro de siempre y hasta bromeó y contó un chiste que yo le había oído en varias ocasiones y que hizo que míster John casi se cayera en el fuego, de la risa... Carazamba le dirigió una mirada que me causó frío! Aquellos ojos magníficos brillaron con tal intensidad que creí ver en ellos, con el reflejo de la hoguera, la fosforescencia de los del tigre. Comprendí en ese momento que Pedro habíase ganado un enemigo mortal y peligroso! Aquél no la podía soportar, también lo sabía yo, pero el odio de Pedro para con una mujer no encerraba ningún peligro. En cambio, yo estaba triste! Duro me era reconocer que la comida de la próxima noche iba a carecer del encanto de ésta. No sería Sino el hecho de alimentarse bajo aquella bóveda verde e interminable, por tener fuerzas y seguir, seguir adelante arrastrándonos como insectos bajo la solemne y embrutecedora grandeza de la selva. Ya no habría interés en la fogata triste, alimentada con ramas húmedas. Las sombras no tendrían ya dónde brincar tentadoramente y sólo me producirían la nostalgia de un recuerdo...

¿Por qué no la dejaba seguir conmigo? ¡Qué caramba! Ella lo quería y. yo no tenía qué hacer más que aceptar su compañía. . . Si deseaba atar su suerte a la mía en una aventura, no debía yo impedírselo

Pero mi educación saltó al frente y se opuso a la tentación! Aquel vetusto caserón de Xelajú, con su constante predicar de bien, y sus sermones d caballerosidad quijotesca y estúpida. . . ¡No! Carazamba se reiría con míster John al día siguiente!

No quise prolongar más mi tortura hablando de nuevo con la muchacha. Al finalizar la cena con el café hervido le dí las buenas noches. “Me voy a acostar” —le dije—. “ . . . Esta herida me molesta aún un poco! ... De madrugada, cuando nos levantemos nos diremos adiós. Usted seguirá su camino de azul y espuma, y nosotros el nuestro, de opresión y verdor”...

Me extrañó, sí, que no contestara nada! Se ¡imitó a sacar un llameante palo de la hoguera para encender un cigarro y se alejó con míster John.

Pedro y yo nos retiramos y tomamos un trago de whisky antes de sepultarnos en nuestras hamacas, cunas volátiles en donde el trópico mece el sueño trágico de los caminantes de las selvas..

Algo me despertó repentinamente! Fue un ruido de explosión y al instante salté al suelo con el revólver en la mano. . . Ví que la hamaca de Pedro se balanceaba también y entonces oí con claridad... El ruido venía del río y era el motor de la lancha..

Tomando la linterna, me lancé a la carrera hacia el lugar donde habíamos desembarcado y todavía llegue a tiempo para ver que la lancha iba ya en plena corriente . . . Me metí en el río hasta las rodillas y comencé a gritar. “Míster John. Míster John. . . ¿Qué sucede?

Por toda respuesta, el motor rugió con más potencia y el reflector de proa se encendió aventando un chorro de luz sobre la espuma d río... Luego la lancha partió veloz como un tiburón, a favor de la corriente... Me quedé parado entre el río por unos minutos, sin comprender... Cuando la embarcación iba a desaparecer tras la primera vuelta, oí la voz del negro John que gritaba dominando el estruendo del motor: “Good-bye míster... Good luck”..

Regresé despacio al campamento y no Comprendía aún con claridad qué había pasado. Inexplicablemente, sentí como si me hubieran aliviado de un peso opresor. . . Me acerqué a la hamaca donde dormía la muchacha y levanté el velo de su mosquitero... Estaba boca abajo y parecía dormir, con el pelo suelto sobre sus desnudos hombros. Alumbré con la linterna para ver Si efectivamente dormía y la luz me mostró en toda su belleza aquel cuerpo medio desnudo. La luz tembló cuando ví el nacimiento de un pecho, que tenía oprimido contra la hamaca. . . Entonces repentinamente, se volvió y sus ojos, muy abiertos, me miraron irónicos y sonrientes... Apagas la lámpara instintivamente al vuelco del corazón, cuando ví que ella se daba vuelta sin tratar de cubrirse el pecho.. . Me quedé callado y rígido como un estúpido, y por fin las palabras me brotaron... “Se fue míster John! ... Se llevó la lancha! —dije balbuciente.

No! .. . ¿De veras? .. . ¡Qué lástima! ¿No le dije, pues, que el negro era de fiar?”.,,

Volvió a ponerse boca abajo. “¡Buenas noches! Déjeme dormir.. . ¿Quiere

Y cuando me alejaba torpemente hacia mi hamaca, oí su risa suave, ahogada entre la ropa.

La hamaca de Pedro estaba quieta y me acosté. Las estrellas se colaban por el mosquitero y me hacían burla con el guiño de sus ojos. A lo lejos, sonó el impresionante grito de una moyusa y lo oí varias veces antes de quedar dormido.

## -X-

AL TERCER día nos sorprendió ya bien adentrados en la selva, aunque habíamos avanzado muy poco en la ruta que nos trazamos. El día estaba gris y la penumbra en el suelo de la selva era tan intensa como si todo lo viéramos a través de un grueso cristal verdinegro. Nuestras primeras jornadas no fueron tan pesadas, a pesar de que el estorbo de la impedimenta nos obligaba a hacer frecuentes altos en la marcha. ¡Lo que más nos torturaba eran las nubes de zancudos! Había lugares en donde el suelo, cubierto de un serojo húmedo y podrido, hervía a nuestro paso con escuadrillas enteras d ellos. ¡Eran negros y azulados y picaban a través de la ropa! La loción Flit era lo único que los alejaba, hasta que el constante sudar la limpiaba de la piel y entonces teníamos que untarnos de nuevo. Muchas veces nos vimos obligados a ponernos las chumpas de cuero para evitar las picaduras en la espalda, lo Cual nos producía un intenso calor.

La muchacha marchaba entre nosotros, siempre animosa y alegre. Ella llevaba el riflito 22, ya .que nosotros no quisimos que nos ayudara con la carga pesada

Habíamos decidido seguir rumbo noroeste.

Pedro no conocía la región pero para él las selvas peteneras eran su hogar y su vivienda! “Todas son iguales” —nos decía para darnos confianza “...Seguiremos rumbiando en esta dirección has el Río Santa Isabel. . . De allí todo estará e conseguirnos un cayuco... Si no, construiremos una balsa y nos botamos a la corriente”.

Nuestro plan era llegar, por el Río Santa Isabel al Cancuén y de éste al Pasión... Ya en él, seguiríamos su curso sin tener qué desembarcar más. Procuraríamos viajar la mayor parte del tiempo de noche, para pasar las aldeas ribereñas a obscuras, hasta que el

Pasión, por fin, nos arrojara a las aguas del gran Usumacinta. ¡Allí estaríamos salvados! Seguiríamos su curso largo trecho hasta llegar a la aldea de Orizaba, sobre su margen izquierda, ya n territorio mexicano. De ahí, pensábamos seguir a caballo, o como fuera, hasta la pequeña ciudad chiapaneca de San Cristóbal, de donde partía una buena carretera para el centro de México. Calculábamos que el viaje total hasta Orizaba nos llevaría un mes o mes y medio, tomando en cuenta la sinuosidad de los ríos, sus rápidos y la cautela con que tendríamos qué viajar.

Nuestro principio había sido muy animoso! Del lugar donde nos dejó el negro John hasta el punto del Río Santa Isabel a donde nos proponíamos llegar, habrían unos cincuenta kilómetros escasos, pero la dificultad estaba en seguir la línea recta. A cada instante nos veíamos obligados a hacer grandes rodeos para evitar los suampos que aún permanecían llenos por el invierno que acababa de los boscajes tupidos de huisnayes y verdaderas murallas de espinosos biscoyoles.

Carazamba trataba de hacerse perdonar de mí la jugarreta que nos hizo con míster John y la 1ancha para poder seguir con nosotros, ya que con Pedro ni siquiera se molestaba en cruzar una palabra, cosa que no podía ser más del agrado de aquél, quien cuando quena hacerle una indicación, me decía: "¡Díga a la señora que tenga cuidado, que no se cerque mucho a la orilla de los suampos porque se puede hundir! Dígale que no se adelante, que se puede ir entre un ciguan ... Dígale que mire dónde pone el pie, por las culebras". Ella oía y seguía sus indicaciones y así, aquella forma de conversación indirecta la aprovechaban ambos para proseguir alimentando su mutua antipatía.

Mi intención era regresar a Carazamba en la primera oportunidad, en donde pudiera enviarla sin peligro a un poblado importante, para que le fuera posible seguir una ruta segura hasta un campo de aterrizaje de la Compañía Nacional de Aviación, aunque reconocía que, hasta el momento, sólo de ayuda nos había servido, puesto que era ella la que preparaba la comida y la que arreglaba el campamento nocturno en condiciones de relativa comodidad.

Habíame propuesto que las relaciones entre ambos no fueran sino de una camaradería forzada, ya que nos había obligado a aceptar su compañía. Ella, sin embargo, no se apartaba de mí un solo instante Si yo me detenía para tomar aliento y me dejaba caer sobre el costal de las hamacas, se sentaba a mi lado y me ofrecía agua de si cantimplora y encendía un cigarro, que luego me entregaba, húmedo de sus labios. Era una tentación constante tenerla siempre junto a mí y, diabólicamente, se proponía hacerme lo más intolerable aquella situación.

Cuando descansábamos, se tendía con languidez y con cualquier pretexto juntaba su cuerpo tanto al mío que tenía que retirarme cautelosamente En cierta ocasión, cuando Pedro marchaba adelante abriendo camino con el machete a través de una cortina de lianas y bejucos, ella se detuvo. ";No aguanto los zancudos en la espalda! . .. Echeme Flit. . . ¿Quiere?"

Sin esperar mi respuesta, se puso frente a mí y en un segundo se sacó la camisa y quedó desnuda, ofreciéndome la espalda... Con mano temblorosa comencé a untar el Flit, sintiendo una corriente de fuego por mis venas al contacto de aquel cuerpo duro y palpitante...

"¡No me eche sólo allí! . . . También por los lados, así! "... Y tomando mi mano impregnada de loción, se la pasó por los costados y la subió tanto que por un instante palpé la dura redondez de un pecho... Las sienes me palpitaron brutalmente y retiré la mano, como si me hubiera espinado. Ella se rió y se puso de nuevo la camisa, dándome las gracias.

Mucho rato anduve tras ella en silencio, tratando de recobrarme de aquella maléfica emoción.

Por las noches, guindaba su hamaca lo más apartados de las nuestras y yo lo atribuía a que deseaba completa independencia en esos momentos, o que nos concedía unas horas para que conversábamos libremente.

¡La selva manteníase siempre igual! Ni por un instante encontramos un lugar despejado. Los inmensos árboles apretaban su ramazón a muchos pies sobre nosotros y sólo nos dejaban caer sus innumerables bejucos cubiertos de musgos verdiosos o grises. Rara vez lográbamos una avara vislumbre del cielo a través de un clarito en el follaje y por él añorábamos el sol. Luego, durante todo el día, silencio y más silencio! Tan sólo por las mañanas, muy temprano, oíamos el canto de las chachas, el silbar profundo de la perdiz andariega y la intermitente flauta de las pavas. Después, la selva parecía dormir un sueño de muerte, tan sólo interrumpido por el constante gotear de los árboles y el traquido quejumbroso de las ramas que, al extinguirse, dejaba más silencio en el bosque, como si un quejido siniestro brotara del alma de aquellos árboles, condenados a una inmovilidad de siglos, y quedara flotando la expectación angustiosa del próximo.

Nada desagradable nos había acontecido y los seres vivos permanecían invariablemente ocultos. ¡ Sólo zancudos y arañas, enormes y peludas, que trepaban por los troncos o se escondían bajo las hojas. De vez en cuando, un pajarillo piaba en las altas ramas, y eso era todo! ¡Si hubiéramos tenido qué alimentarnos de la caza, habríamos perecido de inanición!

En la tarde del tercer día, llegamos a la orilla del río Santa Isabel. ¡Qué alegría invadió nuestros espíritus cuando logramos ver el cielo! Jamás me parecieron tan bellos los celajes vespertinos como aquella tarde en que se reflejaron en el agua verdiosa del pequeño afluente del Cancuén! Era un río de ochenta varas de ancho, pero de corriente tranquila. Medimos su profundidad y alcanzaba a seis pies a p metros de la orilla, puesto que en aquel lugar ya traía el caudal de sus afluentes, el Chirujhao y el Chixchobetz. En la parte donde llegamos a él la selva se cortaba de pronto para dar paso al cauce del río. La margen opuesta estaba cubierta de camalotes y los esbeltos guarumos retrataban su silueta en la luz desfalleciente.

Instalamos nuestro campamento en forma más estable, y por si llovía procuramos hacer una especie de sombrajos sobre nuestras hamacas, ya que teníamos qué buscar un cayuco por las inmediaciones, o construir una balsa.

Por primera vez durante el viaje, salí de noche a recorrer las márgenes del río. Llevaba la linterna de cabeza y el rifle 300. Estaba obscurísimo, a pesar de la luna nueva que brillaba como retazo de uña luminosa entre millares de estrellas. Me abrí paso entre la maleza que bordeaba el río y a cada lamparazo veía sobre el agua el ojo colorado de los lagartos, como la brasa de un puro encendido que flotara en la corriente.

Habría recorrido unos cien metros cuando algo hizo ruido frente a mí. Alumbré al instante, a tiempo de ver que un animal alargado trataba de escurrirse al río. Disparé y el animal se quedó inmóvil! Era un hermosísimo perro de agua, el cual llevé alborozado al campamento.

Al día siguiente, de madrugada, Pedro nos dejo solos se fue, llevándose la escopeta y provisiones, pues iba en procura de un cayuco. Confiaba encontrar alguna aldea en las márgenes del Santa Isabel y llevaba dinero para comprarlo.

Aquél día fue de prueba para mí! Cuando Carazamba se vió a solas conmigo, centuplicáronse sus mimos y sus encantos. Quiso bañarse y yo la previne contra los lagartos. Estúpido de mí! “No importa” —me dijo al instante—. “Yo me tiro al agua y usted me cuida desde la orilla con el rifle... ¿Quiere?”

Y aunque yo no hubiera querido, oí al poco rato que el agua se abría dándole paso a su cuerpo y me gritó para que me acercara... “¡Venga! Traiga el rifle”. . . Me fui acercando a la orilla, temeroso de lo que podía ver, y allí estaba ella, a media corriente. A través del agua veía su cuerpo, moreno y desnudo y como la mirara con mucha insistencia, ella chapoteaba el agua y la visión tentadora se desvanecía entre la blanca espuma.

Cuando se disponía a salir, me alejé de allí, sin que ella me lo pidiera, y me fui a sentar lejos del campamento. Al regresar, ya estaba vestida y de un humor excelente.

¡El día pasó torturante de deseos! Caía la tarde y Pedro no volvía... Entró la noche, cenamos abundantemente, hasta un trozo de perro de agua que Pedro, antes de irse, había ahumado... Mi amigo no volvi6!

En silencio me fui a recostar en 1a hamaca, dejando a la muchacha junto al fuego, fu mando un cigarro. Tendido sobre los ponchos, me puse a meditar.., ¿Qué era lo que me alejaba, de aquella mujer? ¿Por qué algo instintivo me e impedía apoderarme de ella, estrujarla y arrebatar todo el tesoro de su cuerpo incomparable? ... ¡Algo se agitaba dentro de mí, produciéndome angustia Le tenía miedo, un miedo loco imposible de

explicar! M e aterraba el pensamiento de aquellos ojos que sabían transformarse en los del tigre y que habían visto tanta sangre! ... Creo, que hasta llegué a pensar si no sería ella un caso de, sadismo criminal y que gozara destruyendo a sus amantes... ¿Trataría de matarme de de entregarse mí, con toda la voluptuosidad del ansia de sus sentidos, que yo tenía contrariados??

El aire soplaba con extraña dulzura, y la brisa del río y el humo de la fogata habían alejado los zancudos. La noche era tranquila: sólo se oía el canto de lo grillos y el chapoteo de los peces en el agua.

De pronto, se movió mi hamaca! Carazamba se había sentado junto a mí, quedándose dentro, del mosquitero a mi lado. Mirábame fijamente con la cara inclinada. Se fue acercando más, no me moví. Un cosquillero horrible martirizabame ame la columna Ví sus ojos muy cerca de los míos y luego su boca se abrió sobre mis labios en un beso apasionado y rabioso... La estruje con locura y ella me echó su cuerpo encima. . . La tenía tan apretada que sentí el crujir de mí huesos sobre su carne, y entonces ella, en un frenesí concupiscente, maniobró para deshebillarse cinturón y oí el roce de su mano tratando de quitarse el pantalón...

Aquella fue la última y la más cruel de mis resistencias.

Repentinamente, la empujé y la tendí en la hamaca a mi lado. Luego, salté fuera del mosquitero y salí corriendo al interior del monte. No me detuve, hasta que la oscuridad me hizo tropezar con un árbol. Allí me quedé largo rato, sintiéndome miserable y temblando, como si el paludismo hubiera hecho presa de mí.

¡Cuando volví al círculo iluminado por el fuego, mi- hamaca estaba vacía! En la suya, Carazamba sollozaba calladamente.

## -XI-

‘La mañana siguiente, me levanté tarde, a pesar de que estuve despierto desde las primeras luces del alba. Quería, por extraño capricho, esperar que la muchacha saliera de su hamaca antes que yo. Sin embargo, el reloj marcaba ya las siete y media y ella no se movía de su lecho. Levánteme entonces y comencé a. hacer las pequeñas tareas solo. Encendí fuego, y corté leña con el machete. Cuando ponía a hervir la cafetera, Carazamba llego a mi lado silenciosamente. . No quise verla de frente y le di los buenos días sin quitar la vista del fuego.

Ella también estaba poco comunicativa, por lo que noté. Me contestó también con un "buenos días", seco y solitario. Por lo visto, su orgullo y su amor propio habíanse, por fin, resentido seriamente. Sentí pena por ella pero juré aprovecharme de la circunstancia y no hacer nada por cambiar su estado de ánimo.

Cuando hubimos arreglado el pequeño lugarcito, se puso a cocinar y yo me fui con unos anzuelos y el rifle 22 a la orilla del río. Encontré lombrices escarbando bajo un bijagual y las usé de bocado. Pronto, comencé a sentir los tirones en la cuerda y al poco rato había sacado una hermosa chumbimba. Seguí así con entusiasmo y al medio día tenía más de dos docenas de pescados, en su mayoría machacas y chumbimbas, algunas tenguayacas de gran tamaño y un hermoso tepemechín. Me sentía preocupado por Pedro y a menudo me incorporaba sobre la piedra que m servía de asiento, quedándome atento a los ruidos del bosque. ¡Nada!

¿Qué podía haberle sucedido a mi capataz?

Cuando el sol caía a plomo sobre el Santa Isabel, me dí un chapuzón en sus tibias aguas y volví al campamento en el preciso instante en que la muchacha recogía su toalla y se dirigía al río.

Por la tarde, ambos nos pusimos a limpiar el pescado, uno al lado del otro. Pero en silencio. El baño la había puesto de mejor talante, y, poco a poco, volvió a sonreírme y a cambiar conmigo unas cuantas palabras.

Serían las cuatro de la tarde cuando oí unos gritos lejanos que venían del río. . . Carazamba me miró, con el susto reflejado en su semblante. De un salto llegué a la hamaca en donde estaba el cinturón con la pistola y me lo ceñí. Tomé el 300 Savage y un puñado de tiros que puse en mi bolsillo. Así prevenido, me alejé unos doscientos metros río abajo y me puse a escuchar. . . Oí voces que I venían subiendo la corriente y, de pronto reconocí la de Pedro. "Ey, patrón... Soy yo, Pedro... No se vaya a asustar". .. —gritaba a voz en cuello.

Al poco rato apareció por una curva del río una larga chalía tripulada por seis hombres. El que venía adelante, cerca de la proa, era Pedro. ¿Qué diablos venía a hacer con esa gente, a enseñarles nuestro escondrijo? Repentinamente se me ocurrió que, tal vez lo habían apresado w obligado por sus captores, venía a enseñarles el lugar donde yo me encontraba! ¡Fue estúpido de mí creer semejante cosa de Pedro, conociéndolo como yo lo conocía! Se hubiera dejado matar antes que traicionarme, pero en ese instante no pensé en ello! Quité el seguro del rifle y me asomé repentinamente en la estrecha playa a la vista de ellos. "Agachate Pedro" —le grité rápidamente— "¡Que voy ír a disparar!

Efectivamente disparé, apuntando un lado del cayuco, y ví la columna de agua salir en el mismo instante en que el fuerte estampido hizo caer una lluvia de hojas secas de los árboles vecinos. Pedro no había hecho caso de mi indicación. Al contrario! Se puso de pie en el cayuco. "¡No tire, patrón! . . . ¡Son amigos!

Al poco rato, la embarcación atracó en la playa y Pedro me fue a abrazar. "Qué susto el que nos ha dado" —me dijo como saludo—. " . . . No se preocupe, que son amigos! Este que está aquí es Rosalío, mi cuñado". . . Efectivamente, los hombres del cayuco tenían toda la apariencia de chicleros. No llevaban más armas que sus guarizamas, exceptuando a Rosalío, quien portaba una larga daga. Todos me ten la mano conforme Pedro los iba presentando y sonrieron afablemente.

Juntos regresamos al campamento, fumando como viejos amigos. Poco antes de asomarnos al claro donde estaban las hamacas Y las toscas champas, nos detuvimos... Frente a nosotros estaba Carazamba! Pálida y con los ojos brillantes, empuñaba el rifle 22 y lo tenía encañonado hacia el lugar por donde aparecimos. Cuando nos vio a Pedro y a mí tranquilos entre el grupo, la ví estremecerse en un suspiro de alivio y bajar el rifle.

Los hombres la contemplaron largamente iluminándose sus semblantes con admiración ante la estampa magnífica de aquella mujer.

Pretendí no dar importancia al asunto ni hice mención de ello! Tampoco ellos preguntaron nada, cosa que me extrañó. Ya en el campamento, en vez de acercarse a saludarla, límitárose a hacerlo con un movimiento de cabeza y con un "buenas tardes" tímido. Ella se retiró desapareciendo por la ribera del río.

Pedro me explicó entonces que se había topado con el cayuco la tarde anterior, como a tres kilómetros río arriba de una aldea que se llamaba Santa Isabel, según le dijeron ellos después y a donde él había pensado llegar. No halló a nadie hasta ese momento y fue providencial su encuentro con ellos. Había reconocido a su cuñado inmediatamente, a pesar de que hacía dos años que no se veían, y como los hombres iban a seguir río arriba, hasta la confluencia del Chirujhao en donde tenían una pequeña montería, decidió mejor regresar con ellos. Durante la noche él se franqueó con Rosalio y fue una suerte, por las noticias que éste le dio! El día anterior había llegado hasta la aldea de Santa Isabel una pequeña lancha a motor, propiedad del gobierno. Venía con seis hombres de la Montada. Uno de los Policías era de Fallabón, el pueblo de Rosalio y por eso eran conocidos. Le contó que había recibido órdenes en Flores de salir al instante en un avión transporte que llegaron en media hora de vuelo a la Concordia sobre el Río Cancuén, y que allí los esperaba lancha para ir a capturar uno criminales que habían escapado de Lívingston. Tenían órdenes d el Cancuén y seguir por el - Santa Isabel ir dando aviso por todos los caserios y hasta ofrecer quinientos quetzales de recompensa a quien diera datos exactos de los; fugitivos. . La lancha ya había regresado al Cancuén y muchas otras Patrullas rondaban las márgenes del Pasión, Principalmente en la

desembocadura de los afluentes que vienen del interior. Claramente habían mencionado mi nombre, y, lo que más extrañó Y preocupó. Fue también el de Carazamba .... ¡De Pedro se decía nada!

Rosalío confirmo todo lo que iba diciendo mi capataz. . . " Y de qué se me acusa " —pregunté, tratando de hacerme el inocente ante aquellos hombrees.

Dicen que de homicidio… Doble! "—fue la respuesta del cuñado de Pedro

" Y la muchacha.. .. Que quieren con ella?

"Pues aistá el cuento, señor A ella parece que la buscan con mas juerzas que Dicen que es orden directa del presidente... Que ya ha hecho muchas; y que siempre por onda se mete, hay lío y que el presidente dispuso que tal vez será mejor tenerla bien guardadita pa que la gente no se ande matando por eya"

"Y saben que huyó conmigo?"

"No tienen la seguridad, pero lo sospechan o que, por lo menos, en alguna parte se le ha de juntar". Largo rato cambiamos impresiones con aquellos hombres sencillos. Cuando hube platicado Con todos, presentí como si me lo hubieran jurado, ¡que ni por diez veces la suma que ofrecían por mi captura, me delatarían! Eran ese tipo raro y único del petenero, hombres de pelo en pecho que se juegan la vida constantemente en medio de las selvas, en el ingrato trabajo de las chiclerías. . . No les interesa nada más que su trabajo y, por instinto innato, odian a las autoridades que los explotan y los castigan en las poblaciones cuando, ávidos de sociedad y placer, llegan a gastar el dinero ganado, no ya sólo con el sudor de sus frentes, sino con la sangre y la salud de sus cuerpos.

Con Pedro insistimos en que pernoctaran con nosotros, pero se negaron. Dijeron que iban a aprovechar parte de la noche para seguir bogando con la fresca, para poder alcanzar su montería en las primeras horas de la tarde siguiente.

Les ofrecí algunos paquetes de cigarros y dinero. No me aceptaron lo último y, por fin, los ví desfilar hacia su cayuco. Diez minutos después, pasaban frente a nuestro campamento. Su embarcación la guiaban magistralmente y con Pedro nos quedamos viéndolos esfumarse corriente arriba COn el movimiento uniforme y acompasado de sus Canaletes

Las noticias no podían haber sido peores Nosotros, que creímos que todo nuestro sacrificio sería llegar hasta el Santa Isabel y de allí seguir ya embarcados, el resto de nuestro viaje!

“Qué opinás, vos Pedro?.. . ¿Qué crees que debemos hacer?”

“¡Todo ha cambiado, patrón! Supongo que ya no tendrá intenciones de mandar de güelta a la mujer! Ya ve; a eya la buscan más que a usté”.

Me quedé pensativo largamente.

“ a dónde vamos ahora?”

“¡Nuay más remedio que seguir pa lante! Mañana hacemos una balsa pequeña pa pasar las cosas y nosotros nadamos al lado d’ella... En l’otra orilla seguimos rumbiando siempre al noroeste, hasta llegar al Río Machaquilá. Cerca de aquí, en l’otra oriya, me dijo Rosalío que está la aldea Tzuncal. Allí no saben nada de nosotros porque la lancha de la Montada no llegó a estas alturas y nuay telégrafo. Tal vez podamos conseguir un macho pa llevar las cosas”.

“Y en el Machaquilá, qué”.

“Lo mismo que queríamos hacer aquí! Nos embarcamos y salimos más directos al Pasión. puede que no se les ocurra que nos hemos ido tan lejos pa salir a nuestro camino rial”...

“ hay de aquí al Machaquilá?”

“¡Tal vez unos sesenta kilómetros en línea , pero el camino es más fácil porque no hay selva! Como a legua y media, al otro lado, comienza la gran sabana. Nos iremos sabaneando y pa eso necesitamos por lo menos una bestia, porque aguatamos la resolana con carga”.

“Comenzaremos a cruzar el río bien temprano A qué hora llegaremos a esa aldea a que te refieres.

“Si salimos de madrugada, tal vez de que lleguemos al filo de las nueve”.

“Está bueno! ... Pedro, te voy a pedir-un favor; no le digas ni media palabra a la muchacha de que a ella también la buscan. . . ¡Pobrecita! Que vaya, por lo menos, tranquila por ese lado”.

“Qué le guá andar diciendo nada, si ni le hablo? Además, no ganamos nada sino sólo que nos friegue más con sus jirimiqueyos”.

Carazamba se acercaba en ese instante y buscaba con la vista al grupo que había llegado con nosotros. “ fueron?” —preguntó.

“ los vio pasar en el cayuco?”

“¡No! ¡No estaba cerca de la orilla! ¿Qué quería esa gente?”

Le expliqué lo mejor que pude parte de lo que ellos habían dicho. Le dije que, por ahora, tendría que aplazar su regreso, pues nosotros seguiríamos «asta encontrar el Machaquilá y la consolé con la idea de conseguir una bestia, tal vez dos, para que ella montara una.

No podía haberle dado mejor noticia! ¡Como por encanto, se olvidó del enojo que tenía conmigo y casi me abraza delante de Pedro. Hasta éste le sonrió con toda alegría!

“ la mejor noticia que podían darme! Ya era hora que me dijeran algo agradable!

Decidirnos acostamos más temprano, y así lo hicimos al terminar de comer, para poder dormir lo más que fuera posible.

## -XII-

EL COMIENZO de la tarde siguiente, desembocamos, por fin a la sabana petenera. El último manchón de selva se clareó cada momento más y más, hasta transformarse en un ralo guamil por donde nos abrimos paso con los machetes. Ibamos llenos de optimismo y yo tenía prisa en posar mis ojos por vez primera en las enormes planicies sabaneras. Nos hallábamos completamente ligeros de carga, ya que logramos comprar dos mulas en la aldea Tzuncal. No tuvimos dificultad alguna en atravesar el río, habiendo construido una pequeña balsa rudimentaria con cinco troncos atados con bejucos, en donde remolcamos nuestra carga y las armas, pasando a nado nosotros. La pequeña aldea, compuesta de diez ranchos en tertulia en un claro de la selva, nos acogió bien, aunque extrañados. Pronto se dieron cuenta de que traíamos dinero y las bestias nos costaron lo que habríamos pagado por seis mulas buenas en cualquier otro lugar. Habíamos adquirido también nuevas provisiones de fríjol, papas y arroz, ya que no sabíamos cuándo, en definitiva Podríamos conseguir más.

En una de las mulas cargamos toda la impedimenta y en la otra montó la muchacha en un viejo y raído galápago, que nos vendieron a precio de nuevo; también compramos

amplios sombreros de petate para defendernos de la resolana sabanera. Así equipados, emprendimos la marcha llenos de optimismo y sintiéndonos livianos como pájaros, puesto que nuestra carga personal se limitó al rifle y la escopeta.

A las dos de la tarde salvamos el último pedazo de guamil y ante nuestros ojos admirados apareció la grandiosidad de la sabana! Tan sólo en el horizonte, hacia el noroeste, veíamos su límite de un verde brillante, en donde hacía tope con la selva lejana. Giramos la vista en redondo y el cielo se unió por dos puntos cardinales con el llano inmenso. El sol caía pleno sobre el zacatal, que nos llegaba hasta las rodillas. Inmediatamente pensé en la fortuna que allí había y en el futuro de la patria cuando aquellas Inmensas extensiones de pastos naturales fueran pobladas de ganado

En la lejanía. Precisamente en dirección de nuestro rumbo, el sol cabrilleaba en el nácar de una pequeña laguna y decidimos llegar hasta ella para acampar esa noche.

Anden ron cuidado y con la vista alerta" —nos dijo Pedro—--. "; ... Por aquí se encuentran de repente unos cantilones que dan miedo!

El suave roce del, zacate contra nuestras piernas y el andar pausado de las mulas iba alterando la quietud majestuosa de aquel páramo inmenso.

Repentinamente, ví unas manchas de color bermejo a trescientos metros de distancia. Poniendo toda atención distinguí al fin un grupo de venados.

Desde el lugar donde se encontraban levantaron las gráciles cabezas y nos vieron pasar con extraña indiferencia. Habría hasta quince de ellos y claramente pude apreciar la cornamenta de los machos.

Quise hacer un buen tiro, mas Pedro no me dejó! " va a espantarlos! ¡Déjelos! Ya se cansará de matar venados y es mejor hacerlo pa asegurarnos carne. A la noche ya va a ver... !

Como a las cinco llegamos a la laguna. Su orilla era seca, pues no se trataba de un pantano sino de agua nacida allí. Tenía su desagüe en un pequeño arroyo que se iba a perder entre el zacate exhausto.

Limpiamos con los machetes un buen trecho de maleza y allí tendimos nuestras hamacas, pues no había cerca un solo árbol, como no fuera un chaparral de picos de gorrión que quedaba a nuestras espaldas y que pronto fue víctima de los machetes para

hacer leña. Casi siempre solíamos poner, a guisa de alfombra, una de las lonas que en la lancha sirvieron para tapar los bultos.

Como siempre, Carazamba extendió su hamaca y arregló su cama lejos de nosotros. Después de dar de beber a las bestias, las apersogamos a poca distancia y para que comieran a sus anchas y luego. Cuando la cena estuvo preparada. Comimos alegremente cerca del imprescindible fogaron..

La noche estaba bellísima y la luna tierna reflejábase en la laguna con suave mansedumbre.

Un murmullo vago y extraño extendíase por todo el llano, como si la infinidad de estrellas en su eterna combustión produjeran sonidos apagados. De vez en cuando, se oía el canto de los tapacaminos y el ulular del tecolote. La brisa soplaba levemente, llevándose el humo de la hoguera para dejarnos en cambio, un olor a incienso de la tierra, a zacatal mojado, a flores salvajes y desconocidas.. Carazamba estaba maravillada; yo también, al v el efecto que le producía aquella noche incomparable. . . La creí incapaz de emocionarse y humillarse ante la naturaleza cuando Dios está presente en ella

“Nunca creí que El Petén —dijo con el rostro soñador hacia correspondían vertiéndole en los sus luceros.

Que son esas luces tan lindas que Parecen luciérnagas, pero no se apagan.

Como la muchacha nunca había visto una cucaya, corrí tras una y se la traje. Quedó maravillada de aquel insecto, cuya enorme y suave luz no es intermitente. “Los ojos le brillan como luces de automóvil” —dijo riendo alborozada como una niña, colocándose el animalito en la palma de la mano.

Cuando con súbito arranque la cucaya emprendió el vuelo y yo quise atraparla de nuevo, ello me lo impidió… ¡Déjela!  Que vuelva libre y feliz y que siga adornando el monte”.

Me quedé quieto donde estaba tendido cerca del fuego y fumando. Pedro examinaba y ponía pilas nuevas a la lámpara de cabeza y luego alumbró varias veces la laguna. “Creo que vamos a tener que disparar unos cuantos tiros al agua” —dijo tranquilamente— “porque estos lagartos de aquí parece que tuavía no han probado la maldá del hombre y son meros abusivos! . . . Mire ese que está allí nomás, como haciéndonos visita!

Efectivamente, el chorro de luz de la linterna nos mostró el dorso entero de un enorme lagarto que nadaba silenciosamente a escasos dos metros de la orilla donde nos encontrábamos.

Quise tomar el rifle, pero Pedro me contuvo. “Déjelo pa después” —me dijo—. “Cuando volvamos de luciar. Si tira ahora, va a espantar el venado y ya la carne de conserva se nos está escasiando”.

Así que comimos, nos preparamos a dar un. Paseo. Yo me coloqué la linterna de cabeza, de cuatro pilas y Pedro le dio la mano a la muchacha. “Pa que no tenga miedo a quedarse en la oscurana”, —se atrevió a decirle, dirigiéndole la palabra de mala gana.

“De ninguna manera! Yo no me quedo! Me voy con ustedes”.

“Como quiera! Pero no haga ruido”. Fui yo quien hablé.

Salimos del pedazo que habíamos limpiado de maleza y nos internamos en el llano, tratando que el viento nos diera de frente. Era la primera vez en mi vida que luceaba en las sabanas peteneras y ello me causaba viva emoción. Siempre fui cazador, más que nada de afición y, tal vez por ello, más cruel . . . Mi parte de animal primitivo y el ansia de matar del ego desconocido que vivía oculto en las cavernas de mi espíritu, sentía un raro placer en la persecución y la muerte de la pieza, sirviéndole ésto quizá a la

generalidad de mi ser como un desfogue necesario, como una válvula de escape que me liberara de cometer quién sabe qué atrocidades en el plano de mi vida de hombre civilizado, según el concepto que tenía de mí mismo . . . Lo terrible en mí era que el animal perdía su interés después de muerto. Su carne me importaba un comino y hasta, he de decir con franqueza, me repugnaba un poco comer la de mis víctimas.

Yo iba adelante. Seguíame la muchacha, caminando casi junto a mí. Pedro cerraba la marcha, y así, en fila india proseguimos luceando. Sólo mi foco iba encendido, para no desencandilar al animal con la luz de otro. No tenía fe en la noche aquella, puesto que la luna alumbraba ya con bastante claridad la inmensidad del llano, pero Pedro me había asegurado que los animales, por falta de costumbre de ver seres humanos, eran mansos y confiados.

Avanzábamos paso a paso alumbrando el camino, temerosos de las serpientes. Luego lanzaba el chorro de luz en abanico, para escudriñar los rincones donde el zacatal se anudaba entre grupos de bijagües; señal infalible de la feracidad de la tierra.

Habríamos caminado media hora cuando algo brilló en mitad del llano, a doscientas varas de nosotros. Comencé a jugar la luz para encandilar más efectivamente y pronto vi gran número de ojos de fosforescencia amarillo-verdosa, peculiar de los venados. Eran cinco y se quedaron quietos, viendo las cabriolas de luz que los cegaba. . . Paso a paso, me fui acercando haciendo con la mano una seña a mis compañeros para que me aguardaran donde estaban. La luz seguía moviéndose, como en rápidos brochazos sobre

la cara de los venados. Uno de ellos alzó en alto la cabeza para luego bajarla hasta el suelo. Después, volvió a quedarse quieto.

¡Me iba aproximando! Pronto, por la bondad de la lámpara y .sus pilas nuevas, pude distinguir sus cuerpos. Escogí entonces a un macho que me miraba de frente. Le ví los cachos y el pecho blanquecino, me detuve y le apunté!

Al sonar el estampido poderoso del 300 Savage, los ecos del llano inmenso se lo fueron pasando de mano en mano hasta perderlo en la línea del horizonte.

¡Un temblequeo hueco en el suelo, al golpear de los rápidos cascos, un susurro de ventarrón despeinando el monte, y luego el silencio!

Me fui acercando despacio hacia el sitio a donde había disparado. El venado estaba tendido a lo largo y. ni después de muerto había perdido la belleza de sus líneas. En el centro del pecho estaba el boquete por donde su agilísima vida brinco al infinito.

Pronto nos reunimos los tres a1rededo del venado. Pedro estaba contento y sin más ceremonias, procedió a maniatarlo y a preparar el mecapal. Ayudamos a que Pedro se lo

colocara sobre la espalda y fuimos regresando con n carga. Yo iba siempre adelante para alumbrar el camino y, a mi lado, marchaba la muchacha con la cabeza gacha y silenciosa. De reojo le lancé una mirada. ¿Sería posible? . . . Tenía la tristeza pintada en su moreno semblante y así, de perfil, parecíase más que nunca a una estampa de la reina de los Cielos.

Mientras avanzaba aplastando el zacatal, iba pensando y tratando de filosofar... ¿Qué le i pasado a aquella mujer últimamente? ¿Sería ella la misma criatura salvaje, calculadora y sanguinar de la leyenda de odio y de muerte, a quien bautizaron las crónicas de oriente Carazamba? . . . ¿No seria que ésta no era la Carazamba de mortífera fama? . . . ¿Habría otra acaso? . . . Se había enternecido con la visión esplendorosa de la noche y sus delicadas naricillas se dilataron al efluvio de la tierra generosa y salvaje, como sólo se dilata las que aspiran directamente al alma... Evitó que yo atrapara de nuevo a la cucaya y quiso que volara en libertad. . . Y ahora, venía mustia y callada por la muerte del venado

Extraño y complejo laberinto de su alma, atormentada y misteriosa, de cuyas recónditas profundidades brotaba tan pronto el fuego destructor y el vaho de la pasión morbosa y desenfrenada, como el dulce aroma de la piedad y el amor.

LOS DIAS después, nos sorprendió la tarde llegando a orillas del Machaquilá. Habíamos dejado atrás la sabana para penetrar, finalmente, en una montaña plana y seca cubierta de chicales. Con gran nostalgia contemplamos por última vez la inmensa extensión del llano, que se perdía en el horizonte que acabábamos de trasponer, y con decaimiento nos internamos de nuevo bajo la floresta. Por suerte, la montaña aquella era perfectamente transitable, ya que el suelo estaba limpio de maleza. Crecían los chicales en profusión y gran cantidad de manaques sacaban sus adornados copetes a muchos pies sobre la montaña sonando alegremente sus largas hojas a cada soplo de la brisa. Lo difícil allí era seguir el rumbo, pues todo era exactamente igual y uniforme. No había posibilidad de un punto de referencia y Pedro t alguna dificultad en encontrar su camino.

Pronto comenzamos a toparnos con grupos esparcidos de bijagües y uno que otro helecho. No cabía duda que el río estaba cerca! En un instante en que nos detuvimos para estudiar nuestra ruta oímos en la lejanía el estampido de un tiro.

C o n Pedro nos miramos en silencio!

“Ese fue tiro de Mauser nacional” —dijo mi capataz, con el oído atento a percibir cualquier otro sonido.

Efectivamente, el estampido fuerte y seco que oyéramos no podía ser sino de un Mauser. Nos quedamos parados en silencio largo rato. Al poco tiempo, otros dos disparos llegaron a nuestros oídos en rápida sucesión. Entonces, ya no dudamos más.

“Esos deben ser soldados” —dijo Pedro con desconsuelo.

Celebramos consejo largo rato y tomamos una decisión.

Pedro se adelantaría e iría a investigar. La tarde estaba ya muy avanzada pero aún había tiempo para que llegara a la orilla del río antes del anochecer. Buscaría a los que hicieron los disparos, pues no cabía duda que éstos procedían de la margen del Machaquilá. Trataría de averiguar con ellos cuanto le fuera posible, haciéndose pasar por un chiclero que regresaba a su montería. Acordamos que debía fingir pertenecer a la cuadrilla de Rosalío, en el Chirujhao, para que así, cuando se separara de dios, no les extrañase que tomara rumbo hacia nosotros. Debía aparecerse diciendo que acababa de cruzar el río, según la orilla en que ellos estuvieran, y que venía rumbiando de norte a sur.

Pedro dejó el revólver para evitar toda clase de sospecha y tan sólo se llevó su hamaca, una bolsita con víveres, el machete y su escopeta terciada. Todo esto para despistar y probar que venía solo y viajando hacia su destino. Antes de partir me dijo: “No se descuide. Traten de no hacer mucha llama con el fuego y apáguenlo cuanto antes pa quel humo no yegue hasta el río. No vaya a disparar con el rifle grande! Si tiene necesidá, hágalo con el 22”...

Sin decir más, lo vimos alejarse con aquel su andar silencioso y calmado, propio de todos los rumberos del Petén.

¡Me quedé de nuevo solo con la muchacha!

Estábamos ambos preocupados por los tiros que escucháramos y presintiendo que la mala suerte andaba a grandes saltos en nuestro mismo camino adelantándose siempre para tendernos una emboscada... ¡Con cuánta ilusión contemplábamos la llegada de un nuevo río! Significaba el fin de nuestra angustiosa peregrinación a través de los montes inhóspitos y el comienzo de una nueva ruta descansada a bordo de un cayuco, impulsados por la corriente hasta la libertad de México. . . No terminarían allí nuestras zozobras, pues el temor de ser capturados nos obligaría a escondernos y viajar casi sólo de noche, pero ya en circunstancias más cómodas. Teníamos la perspectiva de una magnifica luna y no sería tan insoportable la espera diurna, y cuando llegáramos al Usumacinta, viajaríamos también de día, sin apartarnos de la margen mexicana. Cualquier peligro en que nos viéramos, desembarcaríamos y nos internaríamos aunque fuera en plena selva. Las autoridades armadas no se atreverían a seguirnos en territorio extranjero.

Buscamos un lugar adecuado para colgar nuestras hamacas y lo encontramos al instante en medio de aquel inmenso chical. El suelo estaba limpio, tan sólo cubierto de hojas secas, y por vez primera la muchacha colocó su hamaca muy cerca a la mía. Quise encender fuego pero ella me contuvo. “No hace falta” —me dijo— “. . . no vale la pena exponernos! Abriremos unas latas y comeremos así, aunque sea frío. Además, la luna ya no tardará en salir”.

Así lo hicimos y a las pocas horas aquella se dio maña para penetrar a través del follaje y alumbrarnos el suelo con extraños brochazos de luz y sombra. En un bijagual cercano, apersogué las mulas para que husmearan en procura de argo de comer, ya que no había ni señas de pasto.

No había zancudos en aquella montaña seca y me tendí cómodamente sobre la tierra, teniendo el rifle y la linterna a mano. De vez en cuando oíamos extraños ruidos entre las grandes hojas secas, que habíanse desprendido de los manaques y entonces alumbraba, con el rifle listo. En una ocasión, ví una hermosa gama que, al ver la luz, se quedó plantada largo rato. ¡Le apunté con el rifle y estuve contemplándola a través de la mira casi durante un minuto! ¡Con qué tentación acariciaba el gatillo! No quise disparar, pues aún el 22 podía ser oído en el río. En otra ocasión, una familia entera de mapaches

desfiló a cinco pasos de nosotros en dirección al río. Y así, al cabo de un rato, le fuimos haciendo poco caso a los ruidos de la montaña. En las ramas de algún árbol cercano chillaba una partida de micoleones.

Lo único que me preocupaba era examinar el suelo, por temor a las víboras, ya que habíamos tenido mucha suerte en el sentido de no habernos topado con ninguna hasta entonces. Con ese mismo temor, había examinado cuidadosamente las ramas de los árboles en que colgáramos nuestras hamacas; pues, aunque la mayoría de las serpientes venenosas son rastreras, existen en El Petén especies arborícolas de picadura mortal, como la terrible CambolaY y la huisnayera.

No creí que Pedro regresara esa noche! No sería prudente que tratara de separarse de los que estaban en el río, con tanta prisa. Despertaría sospechas el que no quisiera compañía un hombre que viaja solo en la se'va, por muy chiclero que fuera, y que despreciara la alegría y comodidad de un buen fuego en un campamento.

Carazamba estaba tendida a mi lado, con los ojos fijos en la obscuridad del follaje. Contra lo que creí, permaneció quieta y en silencio y yo no quise interrumpirla. Fumamos ambos cigarro tras cigarro hasta que ella se levantó y sin decir media palabra, se fue a su hamaca.

Permanecí donde estaba, viendo cómo las Columnas de humo de mi cigarro se elevaban y se iban tras la luna por entre el ramaje. .

Al poco rato, me llamó la muchacha. "Venga me dijo suavemente. "¡. . . Acérquese a m hamaca, que quiero hablarle! No tenca miedo.

Su voz tenía algo de burlon. Sentí u estremecimiento y una cosa indefinible se apoderó de mí. Como un autómata me levanté despacio y me acerqué a la hamaca. Ella levantó el mosquitero para que yo entrara y me senté a su lado. " se le ofrece? ", le dije encendiendo otro cigarro para disimular mi turbación.

"Cuidado, que va a quemar el mosquitero!

Con la luz del fósforo ví sus brazos desnudos. Habíase soltado el pelo y su cara estaba extrañamente pálida. Sólo sus ojos brillaban en forma maravillosa...

"¡Desde lo de la otra noche. . . quería hablarle! " —comenzó pausadamente—. "¡Usted me cree una asesina sin alma y sin sentimient4os Puede ser que tenga razón en... muchas cosas, pero sí tengo sentimientos! "

Mantúveme callado, tragando algo como una pelota de amargura que me entorpecía el habla... “Si yo he hecho lo que he hecho con usted... Viniéndome así, dando al diablo con todo, es precisamente porque tengo corazón y porque por fin lo he encontrado! . . . Usted parece un muchachito amishado, que le tiene miedo a las mujeres y por eso tengo qué ser yo quien le diga las cosas... ¿Recuerda lo que le dije aquella vez en la playa? ¡Pues era cierto! Ni yo misma creí que fuera así, hasta que me convencí por completo! ... Desde ese momento no he sido más que suya y no podré ser ya de nadie más”.

Su voz se hacía por momentos más cortada y u pecho subía y bajaba rápidamente. “Ya lo que usted no me querrá nunca, pero no me importa! Yo lo seguiré a donde usted vaya y seré para usted todo, todo! ... aunque me eche de su lado, yo lo seguiré siempre, siempre!

Su voz se quebró en un sollozo y todo giró a mí alrededor! Creí que estaba sentado en el mosquitero y que la hamaca estaba arriba, con la muchacha! De pronto, ví que ella se caía sobre mí y el último baluarte de mi ficticia resistencia estalló dentro de mi cabeza en mil partículas de fuego... Busqué sus labios rabiosamente —la mordí, la estrujé, y ella devolvió mis caricias entre risas y sollozos, y ya no quise irme de allí por nada del mundo!

Noche inolvidable aquella en que apuré hasta la última gota en la copa del placer! . . . Noche en que me lancé, como loco, en un mar tempestuoso de lujuria, para hundirme en sus brazos tersos y aprisionadores como serpientes en su cuerpo cálido y duro y en sus muslos redondos de hembra magnífica e insaciable!

La luna se fue rumbiando suavemente por un sendero de estrellas, y yo seguía abrazado a la muchacha! ¡Cuánto hablamos en los últimos suspiros de aquella noche de sempiterna añoranza! Ella deslizaba sus palabras en mi oído y me iba contando todo lo de su vida. Me dijo que la llamara María, que era su verdadero nombre y que probablemente era yo el único que estaba enterado ya. . Me contó de sus amores. Y me estremecí de horror al oír la confesión terrible y, más añil, de su tranquilo semblante al referirme los detalles, Coello si quisiera lavar conmigo su conciencia para siempre y pudiera yo darle el perdón que su alma necesitaba.

A la mañana siguiente, comenzó nuestra fatalidad!

Pedro llegó cansado y silencioso. Desde que lo oímos aproximarse y aparecer en el bosque de chicales, supe que traía malas noticias. Mis presentimientos de la noche anterior se confirmaron del todo!

Había llegado a la orilla del Machaquilá en un punto casi en línea recta del lugar donde a la sazón nos encontrábamos y se aproximó con mucha cautela. Como no encontró a nadie, se metió al agua, se puso la ropa sin secarse para decir que había cruzado el río, y de esta manera siguió descendiendo por su margen hasta que dió, de manos a boca con una gran lancha de gasolina amarrada a un tronco entre el camalotal de la ribera en donde, pronto, fue descubierto por un grupo de soldados de uniforme azul.

Pedro se acercó tranquilamente y todos lo rodearon. Eran diez en total, contando al teniente que los mandaba. Le hicieron mil preguntas y quedaron satisfechos .con sus explicaciones. Pedro pidió permiso para pasar la noche con ellos, a lo que accedieron gustosos. La mayoría, principiando por el teniente, estaban bebiendo, pues tenían una damajuana de "Olla" e insistieron en que Pedro tomara con ellos, cosa que él hizo, pero muy parcamente. Averiguó que los disparos que oyéramos los hicieron a un lagarto que cruzaba frente a ellos. Después, es fue sacando el objeto de u viaje y no tuvieron reparo en contarle que estaban allí destacados para atalayar a unos fugitivos, que resultamos ser nosotros, con pelos y señales. Tenían qué remontar el río y regresar al pasión, y así esperar hasta nueva orden... Abrigaban la creencia de que andábamos cerca y de que nos íbamos a aventurar por el Machaquilá y probar salir al Pasión.

"Tienen ilusión de repartirse los quinientos quetzales" —nos dijo Pedro—. " . . . Y aseguran que pronto nos van a encontrar bogando en un cayuco. A cada rato encienden el reflector de la lancha y alumbran todo el río, pa ver si aparecemos de repente".

Le dijeron que había muchos ríos llenos de soldados como ellos, ya que el Presidente mismo, que en todo estaba metido, había ordenado la captura. El Jefe Político de Izabal despachó gente de su Departamento y hasta fue en avión a Flores a encargar al Jefe del Petén que movilizara a toda su Montada y también a las escoltas encargadas de perseguir a los contrabandistas, para que dieran con nosotros, pues son muy conocedoras de las selvas.

¡Pedro estaba descorazonado! Claramente ví la angustia en su semblante y sentí pena por él, que se había metido en aquel embrollo por fidelidad a mí.

En cambio, la muchacha no mostraba ningún temor ni preocupación. Tenía demasiado fresco el recuerdo de la noche y acariciaba su recién nacida felicidad... Pedro desde un principio, se dió cuenta de que un cambio substancial se había operado en nuestras relaciones, ya que Carazamba no se movía de mi lado mientras él nos hacia el desconcertante relato y a cada instante me pasaba la mano por el pelo o la frente, limpiándome el sudor que comenzaba a brotarme, coniforme el sol iba subiendo. Cuando yo me ponía muy serio, ella se inclinaba a mí y me besaba. "No se aflija, mi amor... Ya saldremos de -todo" —me decía acariciante.

¡Yo la dejaba hacer y nada me importaba ya! Sentíame al fin contento de poder franquearme con ella y conmigo mismo y de haber mandado al diablo los tapujos...

Si Pedro pensó algo sobre nosotros, no dijo nada, pues su cara de barro pe: impasible ante las demostraciones cariñosas de la muchacha.

De nuevo busqué su consejo...

“ Y ahora..., qué? —fue mi pregunta temerosa.

“Lo mismo de siempre... -. creo! Seguir pa delante, rumbiando al noroeste Pasar con las bestias el Machaquilá a nado, en un momento en que no nos vea nadie, y atravesar la selva. . . No creo que .podamos embarcarnos en el Río Santa Amelia, tal vez tampoco en el San Juan! Más al norte, está el Santa Mónica y alli tal vez podamos escurrirnos al Pasión, porque no v a creer que nos juimos tan lejos sin intentar uno de estos ríos. Tal vez se baboseyen y crean que agarramos otro rumbo y descuiden el patruyaje del Pasión pa buscarnos por otro lado”...

Recogimos apresuradamente las hamacas y demás enseres para cargar la bestia. Carazamba no quiso montar la suya porque la baja palasón de los chicales le azotaba la carne y la obligaba a desmontar a cada instante, así que Pedro se puso en marcha c cabestreando las dos mulas y nosotros lo seguimos a pie.

Llegamos al Machaquilá y todo estaba — silencioso en el punto en que decidimos cruzarlo. El río era angosto pero profundo y Pedro nos explicó que la patrulla estaba a cosa de tres kilómetros corriente abajo.

Envolvimos los víveres y las armas en una de las lonas y colocamos el bulto encima de la bestia que usualmente montaba Carazamba. Sin perder tiempo en desvestirnos, nos lanzamos al agua lo más rápida y silenciosamente que pudimos.

En la otra margen, dimos un vistazo a toda la extensión que alcanzaba el río antes de la curva. ¡Nadie nos había visto! Entonces, nos internamos en la selva, la verdadera y terrible selva que se extendía interminablemente hacia el norte.

## -XIV—

Los DIAS que siguieron fueron de verdadera pesadilla! El sol desapareció de nuestras vidas y se nos figuraba que nunca más volveríamos a ver ni a sentir el calor vivificante de sus rayos. Con infinita tristeza añoramos la travesía de la enorme sabana y echamos de menos aquella resolana de mediodía que nos obligaba a buscar refugio bajo la sombra de los manaques o los corozos, que, de vez en cuando ponían una nota vertical en la planicie inmensa.

¡La selva nos recibió plenamente! En cuanto nos apartamos de la orilla del Machaquilá, nos salió al encuentro con toda la potencialidad caótica de un mundo en formación, como si allí el planeta no se hubiera enfriado aún lo suficiente para hacer posible la vida humana.

¡Todo era monstruoso! Los árboles inmensos y variados, se confundían en apretado connubio y con tonos tan diversos como sus tamaños... Unos eran verdes y lustrosos, como enormes y ligosas serpientes, otros rojos como; la sangre, otros blancos o cenicientos... Las ceibas, los guarumos, los palojiotes los conacastes... Bosques interminables de caobas, maquilishuates, cedros, irayoles y el maremaguum del caulotal. De vez en cuando, la nota brillante y amarilla de la flor del palo blanco... Un caos vegetal, desordenado e imposible, con los musgos, las lianas y las parásitas enmarañadas como inmensas lombrices colgantes... Las enredaderas de mil variedades, cual agobiantes fundas salpicadas de quiebracajetes. De vez en cuando, detenía admirando extraños fenómenos! De un corpulento tronco, allá arriba, por donde se

Bifurcaban sus enormes brazos, salía hacia lo alto, como surtidor, el ramaje de una palmera... ¿Cómo podía ser el fenómeno de una palmera creciendo sobre otro árbol? ... Observando atentamente pude ver que el tronco exterior no era sino un viejo matapalo que venía estrangulando a la palmera desde mucho tiempo atrás, teniéndola ya ahogada, completamente rodeada, dejándole libre tan solo la empenachada cabeza para aspirar, en agónico frenesí, las últimas brisas de la selva. Los bejucos se entrelazaban como víboras inmensas formando un laberinto de columpios...

Por vez primera vimos a los grandes monos saraguates brincando sobre nuestras cabezas, y, desde entonces, día a día, nos perseguían por la altísima fronda arrojándonos una lluvia de ramas e inmundicias. En varias ocasiones, disparamos tiros para ahuyentarlos y entonces desaparecían saltando en el ramaje y haciendo retumbar las verdes bóvedas con su ronco griterío... Hubo ocasiones en que, enojado por el constante arrojar de palos, disparé a matar con el rifle grande. Antes de caer sobre el abrojal del suelo, se quedaban colgados de la cola y, como seres humanos del comienzo del mundo, miraban para abajo con incomprensión estúpida y se taponaban la herida con manojos de hojas... Poco a poco, iban debilitándose hasta que la cola no los sostenía más y se venían desde cincuenta pies de altura, produciendo un ruido macabro al rebotar en el suelo.

Todo era igual, igual, igual Desesperantemente igual. Uniforme todo hasta qué, Pedro perdió el rumbo!

¡Ambulamos de arriba para abajo durante seis días, con la angustia terrible de sentirnos perdidos! Nadie sabe lo que es esa angustia hasta que no la ha vivido! . . . Perdidos en la selva enorme e indiferente, en donde la muerte es menos extraña que la vida misma!

Dormíamos angustiados en cualquier lugar. Guindábamos las hamacas en el sitio menos tenebroso. Los zancudos envolvían nuestros mosquiteros de tal manera que del lado interior se veían negros, tal era la cantidad que pugnaban por entrar. Un zumbido enloquecedor nos iba por fin adormeciendo en una especie de letargo febril. Nuestro único consuelo eran las mulas, que llevaban toda la carga pacientemente, ya que estaban en mejores condiciones que nosotros. Por doquiera había qué pastar para ellas y, cuando no había nada, Pedro encontraba los palos de "ramón", ese misterio providencial de las selvas peteneras. . . Las mulas comían sus hojas y sus ramas con gran deleite y las alimentaba mejor que el mejor pasto.

¡Fue una de éstas la que nos salvó! Venteó el agua desde gran distancia, pues hacía ya dos días que se había terminado la de nuestras cantimploras. La sed en la selva, para el que la conoce, no es problema pues encontrábamos bejucos de uva o de camarón que al cortarlos con el machete, destilaban agua fresca y purísima, filtrada a través de sus poros diminutos pero nos costaba mucho trabajo reunir cantidades suficientes en una olla para que las pobres bestias bebieran y tenían qué contentarse con la humedad de las hojas que rumiaban. La mula levantó la cabeza y rebuznó alegremente, emprendiendo un corto trotecito a través de los helechos. La seguíamos a grandes pasos, tropezando y cayendo sobre los podridos troncos, tratando de seguirla para que no fuera a

Perdérsenos. Al cabo de un rato, llegamos a un caño de agua dormida, que iba culebreando entre la selva. Era un "cric", como le dicen en El Petén a aquellas vías de agua, castellanizando el nombre inglés de "creek" que le dan los beliceños.

Pedro no conocía la región, pero la geografía de su departamento se la sabía al dedillo, como todo rumbero... Comprendió que estábamos cerca de Santa Amelia y que el cric aquél desembocaría al río.

Tomamos de aquella agua caliente y turbia y llenamos nuestras cantimploras. Luego, seguimos por su margen en la dirección que, casi imperceptiblemente, llevaba la corriente.

Caminamos con mucho cuidado porque habíamos visto varias víboras. Pedro mató con el canto del machete un "timbo", que brotó amenazador a la orilla de un charco y yo maté de un tiro de revólver una enorme "barbamarilla" que, tendida frente a nuestro camino, al vernos aproximar se recogió en un rollo, y con la cabeza proyectada hacia

Yo venía compadeciendo a María! Hacía dos días que caminaba en silencio y con una palidez mortal. Pedro también iba amarillo y, según él, yo no estaba, por cierto, muy sonrosado. Pero la muchacha era la que peor estaba! Tenía el rostro cubierto de ronchas producidas por el constante ataque de zancudos y jejenes, a los cuales ni la loción Flit lograba alejar del todo. . . Los ojos le brillaban extrañamente y comprendí que tenía fiebre. Comenzó a tomar quinina, y se desesperaba del zumbido que le producía en los oídos. Yo sabía que, más que enfermedad, era la falta absoluta de sol la que nos producía aquella palidez. Por las• tardes, cerca de las cuatro, nos deteníamos y acampábamos porque el suelo de la selva estaba ya obscuro a esa hora. Ni siguiendo el cric pudimos ver el sol, pues los árboles sé juntaban en lo alto. Era tan compacta la masa de ramaje que, muchas veces, me produjo la sensación de que ni un tiro la atravesaría.

¡Por fin llegamos al Santa Amelia!. ¡Por fin quiso Dios que asomáramos nuestras macilentas figuras a la cuenca del río y por varios minutos estuvimos parados, enceguecidos por la luz del sol que cayó repentinamente sobre nosotros!

Reírnos largamente y dispusimos quedarnos allí dos días para descansar, reponemos y ver qué había por los alrededores.

Acampamos a cosa de 50 metros de la orilla del río por miedo a hacerlo en la propia playa, pero un punto donde lo ralo del monte nos permitía ver cualquier embarcación que pasara en uno u otro sentido de la corriente.

Por vez primera en muchos días, comimos tranquilos, aunque ya los víveres comenzaron a escasear. Carne ya casi no había, exceptuando algunas latas de sardinas, pero todavía nos quedaba suficiente frijol y arroz.

Teníamos luna llena y aquella noche su brillo era fantástico reflejándose sobre las aguas del río. Ni un cayuco pequeño habría pasado desapercibido desde nuestro campamento en aquella lisa faja de plata; así pues, decidimos' hacer el fuego detrás de un grupo de árboles y aún colgamos a guisa de pantalla una de las lonas para disimularlo más. Fuíme al río a ver si desde allí podía descubrirse el reflejo de su llama, pero solamente deteniéndose en la propia orilla donde estábamos y poniendo mucha atención, se notaba su leve sombra de humo rojizo. Con esto quedamos tranquilos y Pedro decidió que saliéramos a ver si, a pesar de la luna, podíamos encontrar algo de caza, ya que, por la floresta circundante al río, habíamos visto muchas huellas.

Dejamos a la muchacha para que vigilara el río, la cual dispuso quedarse probando suerte con el anzuelo y, en compañía del rifle 22 y la lámpara de mano, la dejamos instalada sobre una piedra ribereña.

Nos alejamos despacio, alumbrando cuanto espacio abierto encontramos. De vez en cuando, por curiosidad, lanzaba la luz entre la ramazón de la arboleda. Vimos siempre brillar los ojos de los animales pequeños que andaban también de caza. Eran, en su mayoría, micoleones, mapaches y tacuasines. De estos vimos a granel, trepando o escurriéndose por el suelo delante de nuestra luz, con su andar torpe de, ratas gigantes.

Al poco tiempo de caminar, vimos el primer venado pero ya iba de huída cuando la luz lo un salto, desapareció en dirección al rió.

Poco después, encontramos una gama echada al pie de un viejo caulote. Como no le viera intenciones de moverse, le dije a Pedro que disparara él. Se colocó debajo de la luz e hizo fuego con la escopeta.

La gama dio un salto enorme y creímos que se había ido, pero al aproximamos, la encontramos tendida a pocos metros, entre un manchón de camalote.

Aquella no era cacería de sport, así que regresamos rápidamente al campamento, llevando entre ambos al animal con un palo a través de las patas, amarrado con bejucos.

La muchacha había tenido regular suerte en la pesca, pues había sacado un cuyamel de gran tamaño que, según nos dijo, le había costado mucho trabajo llevar hasta la orilla. Era un pez luchador y nos mostró una profunda cortadura que en un dedo le hizo la pita cuando mordió el anzuelo.

Largo rato estuvimos todavía despiertos, alumbrando la luna nuestra tarea de destazar el venado. Las vísceras las fuí a tirar al río y pronto ví el cardúmen de peces en el lugar donde se sumergieron.

Pedro construyó una alta parrilla sobre el fuego y en ella colocó las diferentes presas para que se ahumaran, echando nueva leña para que durara buena parte de la noche.

Cuando el silencio reinaba en torno, me deslicé de mi hamaca y fui en busca de Cara. . . Me esperaba despierta Y me recibió apasionada y melosa como una gata...

“¿Ves por qué siempre coloco mi hamaca lejos de las de ustedes? “ —me dijo después de besarme. “ sabía que, tarde o temprano, tú vendrías de noche a buscar lo que te pertenece!

## -XV-

EL DIA siguiente, mientras almorzábamos, fui notando que Pedro se ponía nervioso! ‘Levantaba la vista de su plato y se quedaba inmóvil, como un animal de caza oteando

su presa. No quise preguntarle nada, temeroso de su respuesta! Algo notaba Pedro en el ambiente! Por fin se levantó, quedándose en actitud expectante. Con la muchacha lo imitamos, pero nada vimos ni oímos. De pronto, comencé a percibir un lejano sonido como de ronroneo Crecía por oleadas y desaparecía completamente... Al rato, volvió a sonar aquel extraño ruido pero ya en forma claramente perceptible.

"¡Lancha! —gritó Pedro, corriendo a echar tierra sobre la hoguera. Nosotros lo imitamos febrilmente y pronto habíamos enterrado la brasa y el humo no salió sino en una tenue columnita.

Para entonces, cuando hubimos terminado, se oía ya perfectamente el ruido del motor, que venía subiendo la corriente.

Tomamos las armas y nos fuimos a ocultar entre los altos camalotes de la orilla desde donde podíamos ver las setenta brazas de anchura del río que era, como todos los de la región en esa época del año, de abundante y profundo caudal. Largo rato esperamos y por momentos se apagaba el ruido por completo, para. renacer de nuevo con más intensidad. . . La lancha estaba cerca y eran las curvas del río las que alejaban el sonido temporalmente.

Por fin, la vimos aparecer tras una península de camalotes. Era una lancha de regular tamaño y mediana velocidad, pintada de blanco y rojo y tapada con un toldo de lona. La bandera nacional ondeaba a popa y pronto aparecieron, siguiéndola, tres cayucos a gran velocidad. Entonces nos dimos cuenta que venían remolcados.

Tanto los cayucos como en la embarcación a motor, vimos mucha gente. No pudimos contarlos porque la distancia era aún larga, pero sí distinguimos uniformes azules y maltrechos kepis... También venían paisanos con sombreros de petate. La comitiva pasó a diez metros escasos de donde nosotros observábamos. Entonces pudimos ver que, en total, sería una veintena y que todos iban armados...

"Con toda seguridad que van a dejar los cayucos con su gente a la entrada de los crics pa que los remonten buscándonos" —susurró a mi lado Pedro.

Con toda claridad oímos descuiden las orillas muchá! la lancha a los cayucos... Si ven cualquier novedá en la oria o cualquier Pa parar"...

Pasó el fatídico desfile tan rápido como llegó y nos quedamos largo rato aún, encuclillados entre las húmedas hojas. Nuestra actitud no era ya d escondite sino de gran desconsuelo! ¿De manera que habían tomado tan en serio nuestra persecución hasta el colmo de movilizar a todas las guarniciones del Petén, y aún Izabal? ... No cabía duda que era el propio presidente quien lo había ordenado, y a ello se debía aquel

despliegue inusitado de actividad en las siempre solitarias regiones selváticas de aquella parte de mi patria!

Como si Carazamba hubiera adivinado mis pensamientos me tomó la mano y me miró largamente, con los ojos llenos de lágrimas. “No hay duda que quieren cojerte vivo o muerto” —me dijo amargamente—. “Por la gente que están desplegando, parece como si hubieras matado al propio Presidente o, por lo menos, a un ministro! ¡Pero no te cojerán!.. Seguiremos escapando, aunque tengamos que cruzar toda la selva hasta salir al Golfo de México!

¡Pobre María! Di gracias a mi idea de no enterarla de que a ella la buscaban con tanto o más empeño que a mí! Pedro tosió significativamente y ví su mirada de comprensión.

Decidimos aprovechar ese mismo instante para cruzar el río, ya que la lancha no tardaría en regresar en su constante patrullaje y no podríamos hacerlo sino a la sombra de la noche, lo que era peligroso, por los lagartos.

Recogimos el campamento, los pedazos semiahumados del venado y cargamos nuestra mula.

Esta vez nos desvestimos, quedando en ropa interior y colocamos zapatos, trajes y armas sobre la mula de Carazamba, perfectamente cubiertos con la lona.

Trabajo nos dieron las bestias para hacerlas entrar en el agua, hasta que yo me metí y comencé’ a tirar de ellas con un lazo. Entonces se lanzaron y comenzaron a nadar rápidamente. La muchacha iba asida a la cola de la última mula, y así cruzamos por fin el Santa Amelia sin mayor dificultad.

Nos vestimos e iniciamos la marcha inmediatamente. Pedro desvió su rumbo ligeramente al norte. “Es mejor que evitemos el Arroyo Maculís” —me dijo—”. . . porque en esta época está crecido y es navegable en cayucos. No vaya a ser que nos anden buscando por ay también, puesto que el Maculís se mete en el Pasión”

Aquella noche, acampados otra vez en plena selva a tres leguas al norte del Santa Amelia, nos sorprendió la luna, cuyo retozo plateado se colaba débilmente entre el ramaje.

* * * * * *

Retornaron las horas terribles de angustioso avanzar en medio de aquellas inmensas soledades Verdinegras.

Un día amaneció lloviendo y la selva se puso más tétrica. Oíamos el ruido del aguacero en la alta bóveda, pero a nosotros nos llegaba solamente en forma de llovizna necia y monótona que nos fue calando poco a poco. Pronto, el sucio se puso chagüitoso y nuestras mulas tenían dificultad avanzar sobre aquél piso blando y barrozo Carazamba iba cabalgando cubierta con Una lo Pecho y yo caminábamos en silencio, cubriéndola lo mejor que podíamos con hojas de sal, guiando las bestias por los mejores pasos y abriendo camino con los machetes por ente las cerrasones de helechos de todas formas que, con la lluvia, se hacían más fríos y antipáticos.

Pronto encontramos una región de suampos y pequeños crics, tan abundantes y difíciles de franquear que, en dos días, calculamos que habríamos recorrido, cuando más, diez kilómetros con la lluvia, que se mantuvo por dos días, se alborotó un zancudero terrible y los enes engrosaron su caudal.

Las noches eran húmedas y tristes, tratando de alimentar nuestro fuego con las mojadas ramas o los troncos podridos y empanzados de agua que producían más humo que calor.

Era entonces cuando yo buscaba cobijo en los brazos de la muchacha, a quien las calenturas habían vuelto a atacar. Cuántas cosas me contaba durante aquellas lóbregas e interminables noches, en suaves cuchicheos para no despertar a Pedro. Su mente poníase más lúcida con la fiebre y habla veces que hasta deliraba y decía palabras incoherentes. Hubo, sin embargo, cosas que no quiso decirme nunca y cuando yo insistía en saberlas y me enojaba sus negativas, se encerraba en un silencio hermetico y lloraba calladamente. . - Jamás pude sacarle, una palabra sobre sus viajes, ni nada de lo que ando pasado entre ella y el periodista suicida. Cuando insistía en ello, rompía a llorar desconsoladamente y o comprendía que era presa de intensa fiebre. “No e preguntes” —decía sollozando—. “¡. . . Era tan necio, tan necio!

Y fue lo único que pude sacarle al respecto. Tambien le hablé del hombre que mató a la mujer, 50 después en el salón de Puerto Barrios a lo cual no contestó gran Cosa. “¡Ninguno de los dos valía nada! ... ¡Eran malos! ... Estuvo bueno que murieran en esa forma! “Comprendí que era crueldad mía someterla a aquellos interrogantorios, que volvían a abrir viejas heridas, pero yo tenía qué saber, buscar y analizar para tratar de comprenderla.

¡Jamás hablamos de Burguess ni de sus mutuas relaciones! A mí me producía un extraño desasosiego aquel nombre que había truncado mi vida de hombre limpio y de bien; y ella, delicadamente, jamás me lo mencionó! Carazamba sentíase culpable de mi

desgracia y en aquellas aciagas noches me lo repetía constantemente, con febril desesperación. “ tengo la culpa de todas tus desgracias, amor mío! ... ¡Ah! ¡Pero no me arrepiento! ¡Ahora eres mío, mío! “... Me apretaba contra su cuerpo hirviente y me besaba mil veces, humedeciéndome la cara con sus lágrimas.

¡Pobre mujer! Aquellos excesos le hacían daño en las circunstancias en que se encontraba y yo, entonces, trataba de calmarla y de que se durmiera. Creí que Carazamba, la terrible Carazamba de antes, había muerto ya quedaba tan sólo María, la dulce y atormentada María, como aquella otra arrepentida que buscó el perdón y el olvido a los pies de Cristo! Pero ¿qué sabía yo de los misterios del alma humana y de sus recónditas oscuridades atávicas?

## -XVI-

Por fin llegamos a otro afluente del Pasión otro camino de espumante plata hacia la libertad, al cual tendríamos que dejar s, Esta vez era el San Juan! En sus márgenes acampamos, siempre alertas y encontramos huellas frescas de gente que había vivaqueado allí, incluso hasta un pedazo de periódico de fecha y el lugar donde estuvo atracada una gran ancha. ¡La Ley rondaba inexorablemente nuestro alrededor!

La última noche estuvimos en el San Juan, tuvimos una extraña visita. Estábamos sentados alrededor de la pequeña hoguera, que habíamos Ocultado lo más posible cuando, sin aviso previo, oímos ruido de pasos cautelosos en la hojarasca y una figura humana acercó al radio de luz. Un instante después, in levantar los brazos con rapidez increíble a encañonada por tres bocas de fuego.

“Buenas noche —dijo la voz más aflautada que he al era mi vida” Perdonen mi manera de presenta pero soy un solitario viajero en busca de un lugar dónde pasar la noche”.

Llevaba terciada una escopeta tubera y Pedro, i1igentemente, se la arrebató, así como el machete envainado que pendía de su cinturón.

“Muchísimas gracias, señor” —dijo el tipo, queriendo demostrar que aquella maniobra la interpretaba como un acto de amabilidad.

“...Estoy rendido y, si son tan amables, me sentaré junto al fuego”.

¡Jamás a primera vista me ha repugnado tanto, una persona como aquel hombre! Era joven, alto y flaco. Su cara de mestizo tenía algo de alimaña en el modo de mirar de aquellos ojillos pequeños y saltones. Alargada y limpia, ya que sólo tenía tres o cuatro pelos largos en la barba y un ridículo amago de bigote de cerdas, perfectamente contables, me recordó a la del tacuacín.

Volvimos a sentarnos en silencio y entonces él se aproximó y se acomodó también frente a nosotros, extendiendo las palmas de las manos hacia el fuego con un “Ah! prolongado, de satisfacción.

Nos admiramos de cómo pudo haberse acercado tanto sin que nosotros lo sintiéramos. “Es peligroso venir así, agazapado, a un lugar donde hay gente armada” —le dije en tono significativo y a guisa de saludo.

“Me perdonarán ustedes” —fue su inmediata respuesta, con aquella voz antipática y llena de palabras rebuscadas—..., pero, tienen tan bien oculta la fogata que no la vide sino cuando ya estaba yo en la puerta de su casa, como si dijéramos. Hay tanta gente de poco fiar en estas pestilentes montañas que primero me dije: mejor echo primero una ojeadita, por aquello de las dudas, como se dice vulgarmente”...

En ese momento se fijó en la cara de la muchacha y hasta entonces se dio cuenta de que era una mujer. No pudo ocultar su sorpresa y ví el brillo en su mirada ante la belleza de María, a pesar de estar ésta pálida y demacrada. “¡Ah!, caramba, señores! “ —dijo levantándose—, P ustedes si no me había dado cuenta de que había aquí una dama! . . . ¿Su esposa, joven? “ Esto último dirigido a mí.

Como no le contestara, se inclinó ante Carazamba en un gesto grotesco de saludo que a él le pareció exquísito, “ ¡A los pies de usted señora! Mi nombre es Hermenegildo J. Fuentes Ramírez, pa servirle a usté y a estos señores”.

Ví que a Pedro y a María les comenzaba a hacer gracia el individuo y le sonrieron amables. Volvió a sentarse mientras yo no hacía más que examinarlo.

Nos explicó que era de la ciudad de Flores, en donde tenía “muy buena posición social”; que era dueño de un almacén, que comerciaba en pieles de lagarto, venado y coche de monte, y que por ello se veía obligado a viajar por las montañas.

Todo esto lo iba relatando con un palabrerío rebuscado y pedante, tratando de deslumbrar a la muchacha con su lenguaje y elegancía. “ . - . Pero esta vez” —proseguía — “. . . mi expedición no ha sido tan afortunada como otras veces porque en el Río Santa Mónica mis criados, que ahora tuve qué traer nuevos, pues los antiguos tenían que quedarse atendiendo mis negocios en Flores, se pusieron de acuerdo pa hacerme un golpe de estado y robarme... ¡Sí, señores! Cometieron la inicuidá de darme a escoger entre la bolsa o la vida, como se dice vulgarmente. Me dejaron plantado en medio de la montaña, llevándose mi lancha de motor nuevecita, mis armas modernas y una suma regular de dinero... Digamos... A ver... ¡Sí, cosa de dos mil quetzales! Por suerte, esta vez traía poco dinero porque mis agentes ya me habían informado que la cosecha de cueros no andaba este año como Dios manda, como se dice vulgarmente”...

“Y pa qué echó el rumbo pa cá en lugar de dar la güelta y salir del monte por onde entró? —preguntó Pedro muy acertadamente, comenzando él también a cansarse de la chachalaca de aquel hombre.

La pregunta de sopetón lo tomó algo descuidado, pero don Hermenegildo reaccionó. “¡Verá usté! Es que, los muy indinos, con el permiso de la señora aquí presente, se dirigieron pa estos rumbos. Yo decidí seguirlos de atrasito y quejarme ante las actoridades de Izabal porque, sea dicho entre nosotros y çon permiso de la señora, las de Flores son muy... ¿Cómo decir? ... Un poco aguadas y no los perseguirían como Dios manda”...

“ Dice usted que vino por el Santa Mónica?” —Pregunté interrumpiéndole. Al instante ví que Pedro y María se ponían en tensión, comprendiendo a dónde iba mi pregunta.

“Como le dije hace un ratito, señor! Allí fue donde los muy indinos, otra vez con permiso de...”

Volví a cortarle. “¡Que extraño me parece! En el Santa Mónica debió usted de encontrar una fuerte escolta patrullando el río... ¿Cuándo estuvo en el Santa Mónica?”

Esta vez, la cara del hombre mostró sincera extrañeza. “¡No puede ser señor! Yo entré por el Pasión al Santa Mónica, lo remonté durante cinco días corriente arriba y en el punto donde desembarqué, es decir, donde los ladrones me robaron —y gracias a que hubo uno que se apiadó de mí y me dio su escopeta y su machete, que son éstos que porto, y hasta me dió su poncho y unas cuantas tortillas tiesas—, como iba diciéndoles, hasta el punto donde me robaron y donde yo me interné en persecusión de los bandidos, no encontré un ser humano! De qué patrulla me hablan?”

“De una escolta que está persiguiendo a una partida de contrabandistas de chicle” —le respondí inmediatamente—. “ . . . Por cierto, que ya no tarda en llegar aquí la que los busca por las márgenes de este río”.

El hombre pareció interesado con la noticia y ví su mirada temerosa dirigirse a la obscuridad circundante en un movimiento impulsivo que no pudo refrenar.

Pronto se serenó. “ aquí hoy mismo, esta noche, los del resguardo?” . . . ¡Yo habría jurado que, en esta pregunta, puso toda su alma!

“No creo que vengan esta noche! Mañana, tal vez, de madrugada! “

“Y ustedes señores... Son también de la actoridá?”

“En cierto modo. Vamos con la escolta porque parte del chicle robado es nuestro’

“¡Ah vaya! ... Yo lo preguntaba para por si acaso podían echarme una manita en lo de los bandidos, como se dice vulgarmente”...

“Y, dígame: ¿Cómo es que dice que remontó el Santa Mónica en cinco días? En lancha de motor, en cinco días se recorren tres ríos de ese calibre! “Fue Pedro quien habló.

El hombre titubeó un instante. “¡Verá usté, señor! Es de que, como les dije hace un ratito, la lancha comenzó a fallar. ..“

“¡No dijo nada de eso! —le interrumpí ¡Al contrario! ¡Dijo que su lancha era nuevecita!

“jDéjeme acabar señor! . . . Como les iba diciendo, precisamente por ser nuevecita mi lancha, no la conocíamos bien y jue fallando todo el tiempo hasta que los muy indinos. . .

“ Cuanto hace que dejó el Santa Mónica?

“ Seis días, señor! Y tal vez hubiera echado más tiempo si no es porque el Arroyo de Animas para acá me vine de volandas, como se dice vulgarmente... ¿Ustedes no han estado en el Arroyo de Animas? ... ¡Pues nunca vayan! ¡Si persiguen a los contrabandistas más al norte, tienen que pasarlo pa llegar al Santa Mónica! Pero ustedes son bastantes y llevan escolta”

“¿Qué pasa en el arroyo ese que menciona?” —pregunté.

“¡Cosas horribles, señor! En primer lugar, he de decirle que es la mera guarida del Sisimite! ¡Sí, señor! ¡Como lo oye! Yo vide sus juellas con estos ojos que lo están aura viendo a .usté y que se han de comer los gusanos. Mejor dicho su juella, porque sólo deja una, la del pie derecho”

Hice ademán de interrumpirlo pero, con gran sorpresa Carazamba me detuvo.

Me volví a ella y la ví echada hacia adelante, con los nervios en tensión y los ojos brillantes y fijos en don Hermenegildo. Pedro también era todo oídos y se había ido acercando- más l fuego.

“Siga, siga” —urgió la muchacha.

“Pues es de que, como les iba diciendo, yo llegué con miedo al tal arroyo, pues ya su nombre lo dice, por ay andan las ánimas en pena de una banda de contrabandistas que murieron en su oría. . ¡Sí, señores! Ustedes, si son peteneros, se acordarán de cuando el Coronel Ponce era Jefe Político y jué quien acabó con esa banda porque les echó encima otros contrabandistas que contrató de soldados y se agarraron todos en la oría... Dicen que El Tuerto, que ansina se llamaba el dijunto jefe de los contrabandistas, no quiso rendirse a los soldados, que muchos de ellos habían sido de su banda, y les echó plomo, como vulgarmente se dice, y cuentan que eras de oírse la balacera que sonaba en el monte! •.. La guerra duró tres días, pues dicen que se atrincheraron y hasta que no

quedó  niuno de los contrabandistas pa contar el cuento, hasta entonces no se jueron los otros de regreso a dar parte a Flores... Y también jueron pocos los que regresaron! E se coronel Ponce era un largazo y ansina salió de muchos contrabandistas, matando, como se dice vulgarmente, dos pájaros diun tiro! “

“¡Es cierto! “ —dijo Pedro enfáticamente “....Yo supe también ese cuento!

“Pues como les iba contando, desde entonces los viajeros y hasta los más mejores rumbiadores, le tienen sus pelos al tal arroyo porque dicen que el ánima de los que murieron dan grandes gritos en las noches y espantan a los viajantes... También dicen que El Tuerto se hizo amigo en l’otra vida del Sisimite y que desde entonces vive éste también en el Arroyo de Animas y ayuda a espantar de noche... Siempre se encuentra su juella de una sola pata, con uñas largas como las del cadejo, su pariente!

Pedro y María estaban quietos y mudos como electrizados. A Pedro ya le conocía su afición de creer en ánimas, aparecidos y demás espantos de nuestro folklore, propia de su alma sencilla Y montaraz, pero me extrañó sobremanera que una mujer que se había ya educado, por humilde que fuera su origen, creyera en semejantes patrañas. De nuevo vino a mi cabeza la idea repulsiva de que Carazamba latía siempre dentro del barniz de María, a pesar de todo lo que se hiciera por cambiarla. Repentinamente, me acordé de las palabras de la Ná Cantel, la bruja queechí de Lívingston, que me aseguró que la muchacha era “su cliente” y que pagaba “güen piste por su costumbro”

Por fin nos retiramos a dormir y yo le devolví sus armas a Hermenegildo, pues me pareció inofensivo con ellas.

Apartado con Pedro cerca de las hamacas, cambiamos impresiones sobre todo lo que nos había dicho aquel grandísimo embustero y separamos la verdad y la mentira. . . No creímos nada de cuanto nos dijo, exceptó, que sí había entrado por el Santa Mónica y que lo había remontado cinco días, en cayuco y no en lancha “nuevecita”. También era verdad que no había escolta allí cuando él pasó, pues no me cabía la menor duda de que aquel pillo, prototipo del “largo” pueblerino, pariente del “lana” de la capital, había cometido algún crimen y era tan prófugo como nosotros.

No pude evitar unas cuantas carcajadas al ver que la muchacha, por primera vez, venía con el bulto de su hamaca en brazos para guindarla próxima a las nuestras. La tenía ya arreglada en otro sitio y prefirió deshacerla para estar cerca de nosotros. Yo la fui a ayudar, ya que Pedro jamás hacía nada por ella directamente

“¡Le tengo miedo al. . . tipo ese! “ —me dijo en vía de explicación, señalando hacia el otro lado del fuego en donde el hombre arreglaba su cama hojas de pacaya, bastante alejado de nosotros.

Comprendi cuál era su miedo y no pude evitar una sensación molesta de repugnancia y decepción. No había nada de particular en que una mujer creyera en el Sisimite y en aparecidos, pero en mi ilusa imaginación habíase asentado la idea de que la Carazamba primitiva y salvaje estaba desapareciendo para siempre, y cualquier detalle que me la mostraba por dentro conservando siempre la misma estructura espiritual, me volvía a sumir en un mar de dudas y esceipticismo.

Al día siguiente cuando despertamos, tuvimos una amarga sorpresa! Don Hermenegildo J. Fuentes Ramírez, había huído durante la noche, con el mismo silencio con que se apareció ante la fogata, llevándose una de nuestras mulas y el galápago de Carazamba...

## -XVII-

La pura verdad es” —le decía a Pedro mientras nos abríamos paso atravesando una ciénaga pestífera y donde nuestra mula se enterraba frecuentemente el pecho— “ ¡. - que vamos de mal en peor! En el Santa Mónica nos tiramos al Pasión, aunque nos tengamos que abrir paso a punta de rifle!

Esto se lo dije cuando marchábamos penosamente, varias leguas al norte del San Juan. La muchacha iba hecha una lástima de lodo, y su faz, exangüe con: las fiebres, había perdido parte de su primitiva belleza. Sin embargo, caminaba un poco rezagada de nosotros pero Siempre animosa. Cuando yo volvía peor ella para ofrecerle ayuda en los

pasos más difíciles me acogía con una sonrisa y trataba de parecer mejor de lo que estaba.

La única mula que juzgo a bien dejarnos el ya famoso Hermenegildo, hacia cabriolas entre los baches de la ciénaga, a pesar de que su carga era bastante liviana porque los víveres se agotaban a pasos agigantados, ya que jamás previmos que tuviéramos que ir tan lejos. Demasiado nos habían abundado puesto que estaban destinados primitivamente a durar hasta el Santa Isabel y aún en nuestra navegación hacia el Pasión, en donde pensábamos proveemos de nuevo en algún poblado ribereño, pero nunca hasta las lejanías deshabitadas a que nos habíamos visto obligados a internarnos. Lo más voluminoso de su carga era el saco de los enseres de dormir, pero a pesar de lo escaso del peso, María no podía ir montada por las frecuentes caídas y undimientos de la mula en aquel pantano interminable.

A medio día lo habíamos cruzado por fin, para internarnos en la selva de tierra firme... De nuevo los monos comenzaron a gritarnos desde sus caminos aéreos y a aturdir los espacios con aquel su rugido ronco e impresionante, pero yo los prefería al silencio espantoso y enervante de la selva. Aquella maraña inmensa no estaba hecha para espíritus civilizados y me imaginaba que cualquier hombre de mediana inteligencia obligado a vivir en ella eternamente, acabaría por volverse loco o por bestializarse a la altura de los monos zaraguates. El horizonte allí era una utopía, todo estaba cerca, todo compacto y pegado a las retinas, que ya no segregaban lágrimas sirio clorofila...

Habíamos tomado otra vez nuestro rumbo primitivo, noroeste, y Pedro trataba de apresurarse más y más. Hubo momentos en que lo perdíamos de vista y hasta me ví obligado a gritarle que no esperara. El sonido de mi voz dejó entonces un ansia espectral en la concavidad del monte! Pedro regresó y ví su cara llena de enojo. El sabía que mi tardanza se debía a la muchacha. “Apúrense” —nos dijo—. “...Hay que llegar al Santa

Mónica antes que se vayan corriendo las patrullas más al norte, y echen de ver que nos estamos filtrando entre ellos”.

Luego, para que Carazamba lo oyera, dijo: “Sí no nos apuramos, vamos a tener que acampar en el Arroyo de Animas! ...“

Como por milagro, la muchacha avanzó más de prisa hasta que noté que no aguantaba más. Posé mis labios sobre su frente empapada de sudor y llena de lodo. ¡Estaba hirviendo! Calculé que, por lo menos, tendría 39 grados de fiebre! Entonces detuve a Pedro para que arregláramos la mula y subimos a la muchacha sobre el bulto de las hamacas. Iba incómoda pero descansada, ya que su asiento por lo menos era blando.

Así avanzamos más de prisa, aunque la mula se ponía terca a veces y teníamos que propinarle verdaderas palizas para que anduviera. Dijérase que presentía algo que nos acechara por delante.

A pesar de los esfuerzos de Pedro, ya estaba la tarde muy avanzada cuando llegamos al Arroyo de Animas. Era, én realidad, un caño de agua sin corriente, como de diez o quince brazadas de ancho y de dos a tres de profundidad. La bóveda estaba completamente cubierta de ramaje y aquella agua jamás se calentaba con los rayos del sol, por lo que permanecía fresca siempre. Su fondo podíamos verlo a través de la transparencia, cubierto totalmente por una espesa capa de hojas podridas donde ambulaban los peces en un paraíso submarino.

A mí me sobrecogió el lugar por su penumbra y silencio, y a Pedro y a María por otros motivos. Noté que mi capataz ponía mil defectos al sitio aquél para acampar y sugería encontrar otro más adelante vadeando el arroyo. Carazamba también, por vez primera, estuvo de acuerdo Con él. “De ninguna manera” —les dije resueltamente—. “Aquí nos quedamos esta noche pues hay magníficos palos para colgar las hamacas, no hay tanto zancudo y el agua está deliciosa para darse un baño”. Mi tono no admitía réplica y pronto comencé a descargar la mula para evitar ulteriores argumentos.

Cuando el campamento estuvo instalado, tomé un jabón y me alejé. Así que me hube bañado, procedí a lavar mi ropa, que era ya una sola costra de suciedad.. . En ella podía leerse toda la historia de nuestra travesía! Eché de menos una navaja de afeitar, ya que mi barba comenzaba a cubrirme la mitad de la cara y mi único consuelo era que esto producía gran disgusto a los zancudos y demás bichos impertinentes. Tan sólo la muchacha estaba bien provista de ropa, pues de todo había traído, incluso pequeños accesorios para su; coquetería femenina.

Cuando hice mi aparición ante los compañeros, no pudieron contener la risa al yerme cubierto solamente por un taparrabo formado con la toalla. Tendí la ropa cerca del fuego, que había encendido ya en una forma magnífica. Jamás habíamos tenido tan hermosa hoguera y yo comencé a dar gracias al Sisimite por aquella actividad de la muchacha en acumular combustible en grandes cantidades para mantenerla encendida durante toda la noche...

Pedro dijo que lavaría su ropa en otra ocasión, pero yo comprendí que, por nada del mundo, se alejaría solo.

Esa noche, María tuvo fiebre altísima. Le di dos pastillas de quinina y una aspirina con café caliente. Colocó su hamaca muy junto a la mía y cerca también de la de Pedro y todos decidirnos acostarnos temprano.

Sería la media noche cuando unos gritos me despertaron sobresaltado. Instintivamente empuñe el revólver, que siempre mantenía conmigo dentro del mosquitero. ¡Carazamba gritaba y lloraba en una forma pavorosa! Salté de mi dormidero y me acerqué a ella. Estaba medio incorporada en su hamaca y, al alumbrarla con la linterna, retrocedí asustado. Con el pelo suelto y los ojos vidriosos y fijos en la obscuridad de la noche, tenía un aspecto aterrador de locura. . . Me acerqué a ella, la tomé en mis brazos hablándole dulcemente, tratando de calmarla. Ella se aferró a mí con desesperación, y. clavándome las uñas en la espalda, se puso a sollozar apoyada en mi pecho... "¡Los espantos, las ánimas en pena! " —balbuceó jadeante—. ¡vienen por mí, vienen por ahí cerca! ".. . Y señalaba la oscurana con dedo tembloroso.

"Cálmese, cálmese por favor" —le decía— Aquí estoy yo y no hay ánimas ni nada cerca! "

"¡Cómo no! " —me decía volviendo a llorar amargamente—. ". . . ¡Por ahí vienen a buscarme! ... Y hay otras que no son de aquí, que no debían estar aquí sino lejos, lejos! ". En aquellos instantes, temí por su vida porque la fiebre la consumía.

Fui a empapar un trapo en la fresca agua del arroyo y se lo puse en la frente. Le dí otra aspirina.

Cuando se había calmado un poco y trataba de reprimir los sollozos, unos gritos espeluznantes resonaron en la floresta! . . Hasta yo mismo sentí un escalofrío que me recorrió como un ciempiés a lo largo de las vértebras. Era un coro infernal de gritos estridentes y lúgubres que salían del aire y de un recodo próximo del caño.

Carazamba volvió a incorporarse y lanzó un grito angustioso, mortal! ... "¿Los oyes, los oyes ahora?" —me decía zarandeándome por los hombros con extraña fuerza... "¿Ves que sí era cierto, que ya vienen cerca?". . . Mi corazón galopaba furiosamente y hasta sentí un miedo supersticioso que me iba congelando los huesos!

¡Yo también creía que iba a volverme loco y salté furioso fuera de la hamaca de María! "¡Ya vas a ver tus ánimas! " —le grité—. " .. . Ya vas a tener un ánima muerta, allí, en tu hamaca"... Mi tono la sobrecogió y ví que se tapaba la cara con sus chamarras.

Así, tan sólo cubierto con el taparrabo, corrí al tronco donde descansaban las armas y tomando el 300 Savage alumbre mi camino en dirección a los. Gritos, que volvian a repetirse en ese instante con más intensidad que antes... Ví la cara de Pedro desfigurada de horror, asomarse de su mosquitero y cuando él trató de detenerme. . . "¡No vaya, patroncíto! "Lo oí suplicante—. "No vaya, que nues gente deste mundo! ".

Su voz se quedó estampada en mi espalda cuando me alejé a la carrera, sin preocuparme de las espinas que se clavaban en mis desnudos pies.

En una vuelta del arroyo sonaban los gritos pavorosos! Yo iba presa de extraña furia y, de pronto, aquellos alaridos chillaron sobre mi cabeza! Me detuve, sobrecogido por un instante y luego alumbré a la fronda de un enorme zapote cubierto de enredaderas.

Al rayo de luz, que hice girar sobre la ramazón, mil puntos brillantes aparecieron en todas partes, moviéndose con gran ligereza...

"¡Animas, ánimas! " —grité furioso. Luego, quité el seguro del rifle y apuntando a los puntos luminosos mientras sostenía la linterna y el cañón con la mano izquierda, comencé a halar el gatillo con toda rapidez. La selva se sobrecogió de espanto con los terribles estampidos del rifle automático, hasta que la recámara quedó vacía. Los ecos se fueron bramando entre la palazón y luego quedó un silencio pesado, tenebroso, como si la noche y la selva se hubieran convertido en la boca abierta de una carverna monstruosa.

Algo cayó de las ramas, produciendo un ligero ruido sobre el abrojal. Me acerqué y ví el cuerpo de una moyusa destrozado por el potente proyectil. Tomándola por la cola lo levanté en alto y lo examiné... "¡Animas, ánimas! ", me repetía mientras seguía contemplando el cuerpo inerte del animalito parecidísimo al mapache. Me pasé una mano por la frente... ¡Cómo no reconocí aquellos gritos antes! ... No era sino una brama de moyuzas sobre un palo de la selva, algo tan común comó el paso del sol por las copas de los voladores. Me palpé la frente y la tenía empapada de sudor... Estaba con fiebre y no me había dado cuenta.

Volví al campamento y encontré a Pedro, pálido como un muerto, echando más leños en el fuego. Abrió desmezuradamente los ojos cuando yó mis pasos entre la maleza... “Aquí, colgando por la cola, les traigo su ánima”, —grité al asomarme a la luz—. “ de miedosos!..

Pedro no se atrevía a mirar aún lo que le traía y cuando lo obligué a hacerlo, sus espantados ojos se fueron tranquilizando. “¡Ah la! ... ¡Hoy si que me chivó patrón! ... ¡Quién lo iba a creer! ¡Puras moyusas! ...“

—“¡Y puros nervios” —agregué yo—. “ . . . Con un poco de calentura!

Carazamba estaba silenciosa. Mis gritos y los estampidos del rifle relajaron sus nervios y me contemplaba, desde el fondo de sus ojos hundidos en un par de círculos violáceos, con la cara salida del mosquitero.

Me acerqué a ella y le mostré el precioso animalito. “Aquí está su ánima en pena, con un cuento muy bonito para usted”...

La ví sonreír en una sonrisa vaga como de sonámbula para luego esconderse dentro de su hamaca. Fuí por la cantimplora y tomé quinina. Pedro seguía junto al fuego cuando me enterré a sudar entre mis chamarras.

En la madrugada, partimos. El baño obligado para cruzar el arroyo nos reavivó mucho. Carazamba estaba bien y la fiebre había desaparecido Por entonces.

Proseguimos nuestro camino, pero de pronto Pedro se detuvo y sus ojos se llenaron de espanto Tenía la vista clavada en el suelo y me llamó presuroso. “Patrón” —me dijo enfáticamente— “Ahora no me venga a decir que no cree en nada. ¡Mire la juella del Sisimite!

En el fango cercano al arroyo se veía una sola huella, clara y precisa, de un pequeño pie, como de un niño y las marcas profundas de las uñas... Me incliné a examinarla y ví que Carazamba, desde lo alto de su montura, abría unos ojos desmesurados y palidecía

“Pero, Pedro! ...“—dije en tono de burla—. “¡Eres tú el gran rumbero que ha cruzado las selvas peteneras de arriba abajo! .. . ¡Esta huella es la del tejón! Cualquier cazador novicio de la Costa Sur la conocería al instante...

Pedro no estaba muy convencido.

—“ y la otra juella, la del otro pie? ¿Por qué sólo hay una?”

“Porque brincó desde el monte, y volvió a brincar después, dejando su, huella donde asentó su pata por un segundo” —le dije tratando de convencerme yo mismo pues no se me ocurría explicar nada más. Busqué entre la maleza circundante y al cabo dé un rato encontré otras huellas idénticas a la primera, esta vez de todas las patas del animal. Se las mostré Pedro y quedó más convencido, aunque lo oí rezoingando sus dudas a media voz por largo rato.

## —XVII

Nunca fui supersticioso, ni lo soy ahora. Pero el destino quiso que, al alejarnos del Arroyo de Animas, la fatalidad siguiera con nosotros como inseparable compañera.

Esa noche encendimos fuego en un paraje hermoso y salvaje. Como cosa extraña e inesperada, la selva se clareó tanto que vimos la luna, ya sazona, a través del follaje. Las altas ramas parecían cubiertas con una pintura plateada y brillante y, a pesar de nuestra triste situación, aquella noche me pareció maravillosa y aspiré plenamente, como para llenar mis pulmones de aquel aire purísimo saturado de luna.

Pronto fuimos encontrando verdaderos calveros en donde el cielo apareció en toda su esplendidez. Por todas partes crecían palmeras, manaques y corozos y los grandes árboles fueron cediendo su lugar a los apretados grupos de bambú. Desde el suelo las palmeras tiernas escupían, como surtidor, sus hojas lustrosas, de un verde que diluían suavemente los reflejos lunares. Creímos que la selva había terminado y que de allí hasta el Santa Mónica gozariamos del sol y de la luna.

Con gran optimismo nos dispusimos a pernoctar. Ya la preparada de nuestra “casa” se había vuelto tan rutinaria que cada uno hacía sus tareas automáticamente y, día a día, quedaba lista en menos tiempo que el anterior.

Cuando empezaba a salir la columna de humo precursora de las llamas, nuestra mula relinchó de un modo extraño y dio un reparo tan fuerte que el árbol donde estaba apersogada soltó una lluvia de hojas. Nos quedamos atentos a los ruidos. Me coloqué la lámpara de cabeza y alumbré a los cuatro ángulos del monte pero nada ví. La mula, sin embargo, seguía inquieta.

Al poco rato, oímos un ruido de pasos acolchados entre el alto montarral, que crecía al pie de los corozos y, de pronto un fuerte tufo nos llegó con un golpe de brisa.

¡Tigre! “, exclamó Pedro al momento, empuñando su escopeta.

Yo alumbré sobre el monte y el ruido de pasos cesó, pero no se movió nada ni vi la luz del ojo.

—“Allí debe estar agazapado” —me dijo Pedro—. “Páseme la linterna de mano, y usté quédese aquí, cubriéndome los lados con la lámpara de cabeza. . . ¡Tenga el rifle sin seguro!

María se arrimó a mí, como siempre hacía en cualquier momento de incertidumbre, mientras yo alumbraba en abanico manteniendo a Pedro como centro de él.

Ví cómo se iba alejando cautelosamente, con aquél su andar silencioso que jamás pude imitar. A cada momento se acercaba más al montarral donde habíamos oído los pasos. Cuando lo perdí de vista, me fuí tras él con el rifle listo. Al rato apareció Pedro...

—“Se me jue” —me dijo—. “ . . . Venga a ver dónde estuvo echado, vigilándonos! ¡Y venga a ver el tamañito del condenado! ...“

Efectivamente, enmedio del montarral, ví la huella aplastada de su cuerpo y era tan reciente su huída que el monte aún se estaba enderezando a su posición natural. En ese instante oímos su bramido corto y garrasposo. Sonaba cerca pero, por más que hicimos por encandilarlo, no fue posible que se diera a la luz.

Volvimos despacio al campamento y terminamos de encender la hoguera, echándole doble cantidad de leña. Previsoramente, Pedro fue a reforzar el lazo de la mula para evitar que barajustara. Estaba muy inquieta.

Comimos en silencio, lanzando temerosas miradas a nuestro alrededor. La luna, brillando intensamente, formaba caprichosas sombras con los largos brazos de las palmeras y veíamos extrañas formas danzar por entre el monte. A cada rato se nos imaginaba ver la sinuosa silueta del tigre saltando hacia nosotros.

Aquella noche comimos parcamente, tratando de economizar los víveres.

La fiebre atacó de nuevo a la muchacha, pero esta vez no tan intensamente corno las anteriores. Tomó quinina y se acostó la hamaca.

Con Pedro nos quedas junto al fuego con las armas listas. La mula se habia aquietado y comía pacientemente.

Jamás había hablado Pedro de nuestra situación, ya que el era por naturaleza reservado. Cualquier explicación entre nosotros salía sobrando, pues en largo tiempo de convivencia nos habíamos acostumbrado a ver y callar. El había aceptado mi suerte como si fuera la suya y yo no me atreví siquiera a insinuarle que no me acompañara en aquella aventura. Ambos sabiamos que la suerte de uno era la del otro. Pero Pedro estaba malhumorado y raro. No sabía yo a qué atribuir aquella su actitud y pensé que, quizá, tendría fiebre.

—“ Que pasa Pedro? -le dije “¡Hace días que te veo raro, de mal tal y esquivo! ...

¡Nada, patrón! Çon el permiso de usté, que ya no sé si se le pueda hablar de ella como antes, le voy a decir una cosa. Mientras esa mujer ande con nosotros, la ‘negra” vendrá también trotando a nuestro lado rumbiando por onde vayamos. . Trae mala suerte esa mujer y pior aura que le ha entrado la calentura en forma de locura, pues nunca había visto yo ningún cristiano que lo tuvieran casi qué amarrar cuando le da la fiebre. Eso es todo lo que me pasa.  Por usté, ya sabe que doy la vida y que me rompo cualquiera, pero es de más con esa mujer siguiéndos por todos lados... ¡De repente me entran ganas que se muriera en unode esos sus ataques!

—“¡Cállate Pedro! “—corté, sintiendo una oleada de sangre en la cara—”. . . Si esa es tu idea, si has llegado con tu superstición estúpida y con tu odio e ingratitud hasta el colmo de desear que se muera, mejor te largás! ... Vos no has hecho nada, sos libre y podés salir de aquí cuando te dé la gana... Si vos quisiste ganar el monte, fue sin que yo te lo pidiera... No te preocupés por nosotros que seguiremos rumbiando hasta salir por el Santa Mónica”.

No hay duda que la fiebre me volvía a acometer pues me sentía tan rabioso que hubiera podido asesinar a alguien en ese momento. Me alejé del fuego y, de soslayo, ví la silueta de Pedro, que no se había movido del lugar y echaba pacientemente más troncos en la hoguera.

Me llegué hasta la hamaca de María, temeroso de que hubiera oído lo que se habló cerca del fuego, ya que Pedro jamás se cuidaba de disimular sus sentimientos para con ella. Tenía los ojos cerrados, pero un leve temblor en sus párpados me hizo dudar que realmente durmiera.

¿Cuántas horas dormí aquella noche antes de despertarme violentamente?

Un pataleo furioso y unos relinchos de dolor me arrojaron del lecho y creo que todavía estaba dormido cuando empuñe el rifle. Ví la figura de Pedro en calzoncillos, esgrimiendo el machete en dirección al árbol donde estaba amarrada la mula Yo corrí tras él. . . La bestia estaba encabritada y pugnaba por tirarse de espaldas, lanzando unos relin chos que se iban extendiendo por el monte como lamentos semihumanos.... Nada vi al principio y Pedro cortó de un tajo el lazo para que la mula se defendiera mejor. ¡Cuando viré en redondo frente al fuego, pude ver al tigre! Era un animal enorme y estaba pegado sobre el lomo de la mula. . . En ese instante me ‘ofreció un buen blanco y, acomodándome lo mejor que pude para ver las miras a la luz de la hoguera, hice mi primer disparo. El tigre saltó al suelo al instante y, cuando iba a lanzarse sobre Pedro, que era el que más próximo estaba, disparé dos veces casi sin interrupción.

En plena carrera, algo detuvo al jaguar, como si un freno poderoso hubiera accionado en sus músculos de acero. . . Se resolvio instantáneamente y lo vi tratando de agazaparse para saltarme encima, pero otra bala le fue a destrozar el cráneo, penetrándole por la frente.

Pedro se le aproximó despacio, listo el machete por si aún vivía. Pasó a su lado y fue a detener a la mula, que se había quedado quieta, temblando de espanto como un ser humano. Con cuidado la tomó por el lazo y le habló cariñosamente. Cuando la hubo atado de nuevo, nos pusimos a examinarla. El pobre animal parecía comprender nuestras palabras mientras la acariciábamos, y sus ojos inquietos giraban en derredor, con el miedo más patético. Cuando le limpiamos la sangre con unas hojas, pudimos ver una terrible herida en el nacimiento de la espina dorsal... Por rara casualidad sin duda temeroso y enceguecido por el fuego, el tigre había fallado y no logró partirla de un solo

golpe, como es su infalible costumbre. . . Las garras, enormes y romas, había abierto zurcos sangrientos y profundos a cada lado del cuello y las uñas traseras le destrozaron las ancas en su afan de destaparle la barriga. La mula estaba viva pero hecha una lástima, e iba a costarnos un gran trabajo el cargarla sin lastimar aquellas horrendas heridas.

La infeliz bestia se calmó inmediatamente, como si ya nada temiera viéndonos a nosotros cerca de ella. De vez en cuando, lanzaba una mirada a la tendida figura del tigre y relinchaba nerviosamente.

Cuando volvimos nuestra atención al causante de aquel alboroto, vi que la muchacha estaba inclinada sobre él sin el menor temor. ¡Aquella visión tenía algo de absurdo e irreal! Carazamba, en camisón de dormir y con el cabello suelto hasta los hombros, empuñaba en una mano el riflito 22 y la otra la pasaba acariciante por el costado del tigre, como si el contacto de aquel cuerpo le produjera una sensación de extraña voluptuosidad.

—"¡Pobre es la mula! ¡Vaya a verla! "

Ella no levantó la cabeza. ¡El tigre la tenía fascinada!

"; Ojalá pudieran quitarle la piel! . . . ¡Es tan hermosa! ¡Me gustaría tenerla! . . . Si yo hubiera sido animal, de seguro habría sido un tigre real, tan hermoso como éste! ... Se enderezó y se fue a su hamaca lentamente, sin apartar la vista del felino.

Con Pedro dispusimos pelarlo esa misma noche. Mientras lo hacíamos, mi capataz me sonreía a menudo con toda la franqueza y bondad de siempre. Yo me avergoncé al tropezar la mirada con la suya, recordando nuestra última escena. Buscamos en el cuero los impactos de mis tiros y había tres, dos en el costado y el de la cabeza, que lo. El primero no había hecho blanco.

—"Si nues por usté, patrón, a estas horas este indino me tendría en la barriga.... "— y de una cuchillada separó el último fragmento de piel sanguinolento cuerpo.

## -XIX-

Pronto quedáronse atrás los espacios abiertos por donde el sol mañanero vivificó un tanto nuestros enfermos y cansados cuerpos, y reapareció de nuevo la selva cerrada,

implacable invasora de todo lo que es fértil en aquella desolada comarca. Apenas una mañana llevábamos alejados del campamento en donde el tigre quedó para alimento de los zopilotes y los quebrantahuesos, cuando la selva nos reclamó de nuevo! Me hizo la impresión de que, cuando nos vio aparecer como míseros gusanos arrastrándonos en el fondo de su altísimo seno soltó una carcajada queda y diabólica en el murmullo eterno de sus frondas y en el traquido de sus ramas al chocar unas Con otras. . . ¡Miserables de nosotros que creímos haber dejado para siempre la penumbra, alucinados Por una caricia de luna o un rayo efímero de sol! Esta selva que se extendía hasta las márgenes del Santa Mónica era más densa que las anteriores, y miles de plantas trepadoras, helechos enanos y gigantes y toda la variedad de los bijahues entorpecían nuestro andar y los machetes no se daban reposo mutilando aquí y allá. Yo iba adelante abriendo paso, y sintiendo un raro placer a Cada golpe del machete, como si la furia de mi alma fuera manejar mi mano vengadora. . . Hacíame la ilusión de que pronto la reluciente hoja del vizcaino iba aparecer roja de sangre, de la sangre de aquella maldita muchedumbre de seres gigantes y callados que vivían en absurdo apretamiento de siglos, esperan quizá, en alguna evolución de cataclismo! Pero mi brazo se rendía y cedía el puesto a Pedro, quien calmadamente, quizá por no sentir la furia mía, iba desmochando las ramas y abriendo paso en el abrojal. . . “Y pensar que dentro de tres días esta trocha estará cerrada de nuevo, como si nadie hubiera rumbiado por aquí ... ‘ Estas palabras suyas fueron la respuesta de la selva a mis pensamientos, como si los árboles aquellos hubieran comprendido y contestaran mi reto por boca del capataz . . . ¡Era la verdad! ¡No se puede luchar contra la selva! ¡Lo más que puede hacer el hombre mísero es doblegarse humildemente ante ella y rogarle que le permita salir vivo por cualquiera de sus lejanos límites!

La pobre mula iba cabizbaja y enferma. Dábame lástima el verla caminando siempre con la vista pegada al suelo, indiferente a todo. Las horribles herida se le cubrían de moscones, verdes y azulados, que zumbaban a su alrededor incansablemente Había momentos en que yo las espantaba con una larga hoja y no bien había pasado ésta sobre las llagas, ya un enjambre nuevo se posaba sobre ellas. Probé echarle Flit en la pelambre cercana a las heridas, pero todo fue inútil. Aquella Pobre bestia estaba condenada a engusanarse en vida. Y lo peor de todo era que no podíamos prescindir de sus servicios. Carazamba seguía enferma y por momentos tornábase más silenciosa y melancolica. No se quejaba nunca, pero rara vez hablaba y tan sólo me sonreía o me miraba largamente, con aquellos ojos que se habían tornado más enormes y brillantes.

La herida del cuello de la mula la habíamos cubierto lo más suavemente que pudimos con una de las lonas, para que las rozaduras de la carga se le hicieran un poco tolerables y me consolaba que las moscas no se posaran en ellas. Pero, en cambio, el peso de María que iba siempre sobre el costal de las hamacas, debía hacerle insoportable aquella marcha de eterna agonía.

Así avanzamos dos días más, en un estado lamentable de opresión y tristeza y con la idea más fija en nuestros corazones de que. Pasara lo que pasara, intentaríamos salir por el Santa Mónica. Yo me iba casi siempre al lado de la mula, tratando de cubrirle las ancas con hojas frescas de bijahue, para ahuyentar las moscas o aislarlas. Carazamba me conversaba entonces, en un esfuerzo por parecer animada y alegre y hasta reía por cualquier motivo simple.

En una de estas ocasiones, me dijo: " serás tú también de la opinión de Pedro, de que sería mejor que me muriera?

No contesté al momento, sobresaltado por el rey que yo ya sospechaba, de habernos oído durante el alegato cerca de la fogata del campamento del tigre.

¡No diga tonterías! . . . ¡Pedro ni siquiera lo dijo con intención! . . . ¡El también estaba nervioso y tenía fiebre! . . .

— '¡Oh! ... ¡Lo que opine Pedro no me importa nada! Además, no pienso darle gusto y llegare al final mejor que él..." Lo dijo en u tono sombrío y, al mirarla, noté en sus ojos aquel brillo extraño que me aterraba y que no había vuelto a verle desde hacía mucho tiempo.

Me fui callado y pensativo todo el resto del camino.

Al tercer día creímos estar ya cerca del Santa Mónica y Pedro me dijo que llegaría al atardecer. ..., Ese fue el día crucial de nuestra amarga y desesperada peregrinación.

¿Cómo fue la desgracia. ..? Nunca pude precisarlo con exactitud y todo sucedió tan rápidamente que mi memoria conserva los hechos entre brumas.

Avanzábamos en fila india, como siempre, y Pedro iba adelante, abriendo camino algo distanciado de nosotros. De pronto lo ví detenerse en seco y lanzar un grito terrible. Lo ví volverse al matorra1 circundante y machetear el suelo furiosamente... "¡Ah, maldito! " —lo oí rugir en una forma horrenda.

Me quedé parado por un instante, deteniendo a la mula por el lazo sin atinar a hacer nada ni a comprender Luego, ví que Pedro corría hasta detenerse frente a un caído tronco. Entonces me fuí acercando lentamente, con la boca abierta de manera estúpida.

-“¿Qué te pasa, Pedro? –atiné a preguntarle. No me contesto, mientras iba acercándome a el por detrás. De pronto vi que extendía la pierna sobre el tronco y se arremangaba el pantalón... Aún no comprendí claramente aquella atrocidad, pero algo dentro me hizo gritar: “¡No! ... ¡No! ...“

Entonces Pedro levantó el machete en alto, y alto sobre su cabeza... Por un instante vi la hoja muy relucir y bajar rápida como una centella.

Un alarido espantoso martirizó el silencio de la floresta, y nunca supe si había salido de la garganta de Pedro o de la mía... Los ojos se salían de mis e 1tas cuando por fin llegue corriendo cerca del orb1t. Que había caído al lado del tronco y se retorcía en convulsiones...

Me aproximé a él, como en un sueño de pesadilla, de cosas inconcebibles y macabras que deja dañada el alma por mucho tiempo! Estaba en el suelo, revolcándose en un charco de sangre y en el oprimía con las manos la pantorrilla derecha. Un borbollón negruzco salía en oleadas del extremo de su pierna y hasta entonces me dí cuenta de toda la horrible verdad... Al lado del tronco, en el suelo y con el machete encima, estaba el viejo zapato de Pedro como caído al azar, y al verlo en aquel instante habría jurado que aún se movía. ¡Algo como una amapola enorme asomaba por la boca del mismo y por los ojetes de las cintas salían burbujas sanguinolentas.

—“ ¡Apúrese patrón! “—me dijo Pedro con una voz que venía de ultratumba— “No tuve mas remedio... ¡Era un coral! ¡Apúrese, apúrese, que me desangro!”

Me tambaleé, sintiendo que el monte giraba vertiginosamente y la náusea me oprimió el estómago. Creí caerme, pero no caí. Como en sueños, recuerdo que me quité el cincho y con él le sujeté la pantorrilla húmeda y lodosa... Mis manos se inundaron de un líquido viscoso y cálido que saltaba por todos lados. Apreté con furia hasta oír crujir el cuero. Luego, lo até lo mejor que pude.

Dios quiso que entonces me fuera recobrando enteramente y que pensara con más calma. La sangre seguía saliendo por el muñón donde antes había estado el tobillo. Saqué mi pañuelo y con él hice otro amarre arriba de la horrible mutilación. Con un palo, comencé a dar vue1ta al pañuelo, improvisando un torniquete que apretaba con

todas las fuerzas de mis nervios, hasta que Pedro gimió... “Que me va a quebrar el hueso” —me dijo jadeante.

En ese instante me dí cuenta de que Carazamba estaba a mi lado. Dirigí hacia ella la mirada en busca de consuelo e inspiración y la vi rígida y pálida, contemplando aquella escena dantesca! Pero no encontré en sus ojos el espanto ni el dolor de aquella tragedia, inhumano y salvaje. Contemplaba la sangre con un extraño relumbre en sus inmensos ojos y recordé los del tigre cuando iba a saltarme encima. .. “Si yo hubiera sido animal, habría sido un tigre real, tan hermoso como éste”. Aquellas palabras resonaron como martillar furioso dentro de mí cerebro. ¡No hay duda que, en aquel instante, era Carazamba! Carazamba y no María la que observaba en silenció la más espantosa de las escenas, con un silencio frío, de dolor ajeno e indiferente.

¡“Carazamba “! —le grité con voz espantosa. “No se quede allí, con esa cara... Encienda fuego, pero pronto, pronto... ¿Me oye? ... Echele alcohol al monte para que encienda ligero... ¿Me oye?

Tuve que gritarle cien veces para sacarla de aquella actitud de éxtasis morboso y me mordí de rabia los labios al no poder soltar el torniquete y cruzarle la cara a bofetadas.

Por fin se movió y la oí trajinar a mis espaldas y por último, el frotar de un fósforo...

Pedro estaba pálido como muerto y dijérase que una mano invisible le echaba cántaros de agua, tal era el sudor que brotaba a chorros por cada uno de sus poros. Tenía los dientes enterrados en el labio inferior y mugía como un toro...

Sosteniendo con una mano el palo que atornillaba la presión del pañuelo, con la otra rasgué mi camisa y con gran trabajo logré amarrarlo también a la pierna para que no diera vueltas y relajara la presión, que estaba conteniendo la hemorragia. Entonces me vi libre y examiné el muñón cortado al sesgo... Un escalofrío espeluznan te me sacudió hasta el último nervio cuando mis ojos se posaron en aquella cosa bárbara! ¡El machete había cortado el pie en diagonal, de un tajo tan tremendo que el hueso había cedido como un tallo de caña tierna! Los nervios y los tendones, amarillentos y blancuzcos, flotaban entre una esponja colorada y la sangre salía ya escasamente por venas y arterias que parecían pedazos de tripa, flácidas y elásticas.

Me aparté de allí y recogí el machete de Pedro, con manos tan temblorosas que temí no fueran a sostenerlo. Carazamba había encendido un efírnero fuego entre la hojarasca empapada de alcohol, al cual me acerqué a echarle más hojas y ramas, y todo cuanto encontraba a mano. Por fin, oí crepitar entre el humo y comprendí que la madera ya

había encendido. Entonces puse el machete, tinto de sangre, sobre la naciente llama y allí lo dejé mientras iba en busca de más alimento para la hoguera.

Corría como loco. Tan pronto iba a dejar la leña como volvía al lado de Pedro quien, por instinto, seguía aferrándose con ambas manos a su pantorrilla.... La sangre comenzaba a coagularse en aquel muñón palpitante e inolvidable. Me fui al lugar donde la mula se había quedado y la encontré quieta indiferente a aquel drama solitario.

Tomé la cantimplora y serví medio vaso de agua al que le agregue otro tanto de alcohol, ya que el poco whisky que lleváramos, se había terminado hacía días; y con aquel trago improvisado retorné al lado de Pedro e hice que se lo bebiera.

Regresé a la hoguera que ya ardía con intensidad y palpé el machete por el mango. Estaba caliente, pero la hoja aún no se alteraba. Agregué más leña y le di instrucciones secas a la muchacha para que preparara otro de aquellos tragos. En silencio me obedeció, con una rara expresión en su pálido rostro.

Por fin, fui sacando el machete con la ayuda de un envoltorio de trapo, ya que hasta el mango de cuerno olía a quemado. Tan sólo una cuarta, de la punta para arriba, estaba rojiza, pero no quise aguardar más...

Con el corazón en la boca, me fui acercando a Pedro, y Carazamba me seguía, llevando el vaso con el alcohol diluido.

Pedro seguía en la misma posición y tenía los ojos fuertemente cerrados. Un entero lamento salía de sus labios ensangrentados por sus propios dientes...

Levanté su cabeza y le hice beber íntegro el contenido del vaso. Por el gesto instintivo de su cara, comprendí que estaba más fuerte que el primero.

—“¡Bueno viejo! “—le dije suavemente—. “...Tenés que aguantar más todavía! ... ¡Cerrá los ojos y no veás lo que te voy a hacer!

Sin perder más tiempo, apliqué la candente hoja en la amapola abierta de su carne viva.

Con dificultad enorme pude sostener el machete. Pedro lanzó un grito mortal y sentí cuando su cuerpo entero se sacudía en una horrible convulsión, pero no hizo esfuerzo alguno por retirar la pierna. Con todo fervor rogué para que se desmayara. Fui untando la hoja por todo el espacio mutilado y un olor a carne chamuscada subía con el humo cada vez que la hoja siseaba el contacto de su carne.

Jamás podré olvidar aquellos momentos espeluznantes y por mucho tiempo permaneció e mis oídos el chasquido del machete cuando rozaba el hueso y cauterizaba el tuétano.

La sangre se contuvo completamente y Volví a darle otro trago, más fuerte aún. Entonces comenzó a hablar y a desvariar. Después ya no se quejó más. Sólo pidió que le pusiéramos algo debajo de la cabeza, para poderla levantar un poco. Le traje una de las almohadas.

Ví el reloj y eran las cuatro de la tarde. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde el comienzo de la tragedia? ¡Jamás pude precisarlo! Me serví un tragazo de alcohol con un poco de agua y me alejé del herido. “Quédese a su lado” —le dije a la muchacha secamente—. “¡. . . Y déle a tomar un poco de agua! Ya vuelvo en seguida”.

Llegue al lugar Pedro había sido mordido por el coral y busque entre la hojarasca. En el borde mismo de la trocha que iba él abriendo lo encontré partido en tres pedazos. Era un animal extrañamente grande para ser coral y, por un momento el corazón me dió un salto al sospechar que podía tratarse solamente de una serpiente arlequín y no de un coral auténtico y mortífero Y que aquel brutal sacrificio habría sido tal vez Sin objeto. Pero Pedro conocía bien el monte. Inmediatamente ví que los anillos negros no presentaban en su parte media la línea blancuzca o amarilla que caracteriza a los no venenosos! Con el machete abrí dificultosamente su boca y pude ver los colmillos inyectores, curveados hacia adentro Y gruesos como espinas y comprendí con cuanta facilidad habían atravesado el viejo y humedo zapato de Pedro, quien, para mayor comodidad, hacía días que había tirado las gruesas medias inservibles viejas.

Unos minutos me estuve en cuclillas contemplando al más temible y silencioso asesino de la selva y fue entonces cuando me fue entrando la admiración por mi capataz. Me puse a pensar con terror, si yo habría sido capaz de hacer lo que él hizo, en caso de haberme tocado ser la víctima. Llegué a la conclusión de que yo hubiera muerto a las pocas horas, enmedio de los más atroces sufrimientos, por la acción de aquel veneno que destruye los vasos sanguíneos y las neuronas, pues nunca hubiera tenido el valor de hacer lo mismo que hizo mi capataz.

La vida de Pedro pendía aún de un hilo, no sólo por el peligro de una hemorragia o de gangrena sino por el propio veneno, si es que éste había logrado circular en cantidad antes de la mutilación. Recordé entonces que, minutos antes del accidente, había visto

en medio de unos matorrales, una planta de “bolayché”, que los indios quecchíes consideran antídoto infalible para toda serpiente venenosa. Me fuí despacio, tratando de localizar el lugar.

Al cabo de un rato de búsqueda, dí con él y, Cortando el arbusto entero con mi machete, lo traje arrastrando de vuelta.

Cuando me acercaba adonde había quedado Pedro, un ruido extraño y voces violentas me detuvieron en seco. Era la voz jadeante de Pedro, debil y moribunda. . . “¡NO’ ¡No, malvada! “ —Oí que decía en un susurro agonizante— “... ¡Suélteme, déjeme!... ¡No me suelte el torniquete! ... ¡El patrón la va a matar por esto!

Una nube roja se plantó frente a mis ojos. De un salto pasé• un tronco caído en mí camino y aparecí en el lugar de la tragedia.

Carazamba estaba sobre Pedro, luchando por soltarle las ligaduras que yo había puesto para contener la hemorragia, y él se resistía desesperadamente, en el último esfuerzo de sus agotadas energías. Ví que tenía fuertemente sujeta del pelo a su enemiga y pugnaba po separarla de su pierna... “¡Bandida, bandida! “ —lo oí jadear, mientras me quedaba como herido de un mazazo, contemplando aquella escena que mi cerebro rechazaba por monstruosa e increíble.

“¡Con que querías que muriera, perro cochino! “ —Oí que decía la mujer entre jadeos -¡ya verás tú quien es el que se muere! ...“

En ese instante reaccioné. De un salto me planté al lado de Carazamba y la tiré del pelo hasta levantarla. Cuando la tuve de cara a mí y le ví los ojos, supe que tenía que repeler algo monstruoso y en instinto defensivo le lancé una bofetada que la hizo rodar por el suelo. Algo horroroso hervía en mi pecho, como el retumbo del volcán cuando el cráter va a estallar en mil pedazos. La nube roja persistía frente a mí y, desenvainando el machete, me lancé sobre su caído cuerpo y comencé a golpearla brutalmente con el plano de la hoja. Mi brazo inexorable iba y venía y los planazos sonaban en su carne como coletazos de lagarto en agua mansa!

Cuando pasó la nube roja, solte el machete y me dirigí a Pedro. Estaba mirando la escena con ojos espantados y su corazón generoso esforzábalo a arrastrarse hasta mí para contenerme “¡Por Dios, patroncito! —Me dijo sollozando—... ¡que la va a matar! ... Déjela por Dios!

Entonces me incliné sobre su pierna ví que Carazamba, por milagro y por ira resistencia de Pedro, no había logrado arrancar ni el torniquete ni el cincho y que la sangre habíase contenido por completo.

Después, algo se rompió en mi garganta y me tiré boca abajo al lado de Pedro, sollozando convulsivamente.

## —XX-

Aquella noche fue la más amarga y terrible de cuantas viví en la selva!

Transporté en brazos a Pedro hasta el pie de una enorme ceiba, en donde extendí su hamaca y allí lo deposité con todo cuidado. Le dí a tomar gran cantidad de infusión caliente de las hojas de "bolayché", que era amarga como hiel, y dos aspirinas para aliviarle el horrible tormento de aquella amputación salvaje y de la atroz pero salvadora quemadura. Pedro era valiente y racialmente estoico y tan sólo se quejaba en un lamento quedo y prolongado.

Las señales del envenenamiento aparecieron en forma leve y comprendí que; por esa parte, no correría mayor peligro. Se limitaron a producirle vómitos y una baba sanguinolenta le salió por la boca... Repetí la dosis del Bolayché y cuando éste hizo su efecto desaparecieron las últimas huellas del envenenamiento.

Carazamba se había desmayado a consecuencia de la tremenda paliza que recibiera, ya que los golpes de mi machete cayeron por todo su cuerpo, incluso la cabeza. Me limité a reanimarla con un poco de agua con alcohol y la dejé donde estaba.

Al rato, apareció en el lugar donde yo había encendido el fuego nocturno y en donde preparaba café para Pedro. Entonces le lancé una mirada furtiva. El cabello caíale en desorden sobre los hombros y ví que apenas podía moverse. Su pecho se alteraba violentamente por los sollozos reprimidos y extendiendo su hamaca en el suelo sin ánimos para colgarla, tomó su cantimplora y se metió entre sus chamarras, alejada de nosotros y del fuego. No la oímos proferir ni una palabra.

No había tenido tiempo de analizar aquella horrible tormenta de sucesos, pero mi espíritu sentía un gran alivio ¡Ni por un instante tuve lástima de aquella mujer! De golpe habíanse derrumbado mis ilusiones y una gran decepción embargaba todo mi ser.

¡Carazamba sería Carazamba siempre, de alma zamba, negra, negra! ... No había manera de cambiar aquella obscura complejidad de su ser! ... ¿Qué motivos tuvo para querer asesinar a Pedro? ¿Era tan intenso su odio para aquel hombre que nos estaba sacando adelante en aquellos montes? . . . ¿O creía que él era un obstáculo que se interponía entre ella y yo? . . . ¡Quién sabe! Fuera lo que fuere, ella demostraba una vez más que estaba dispuesta a destruír todo aquello que se opusiera en su camino de fuego. Sentí lástima por Pedro y por mí mismo, que había acariciado un sueño que la realídad evaporó con la súbita rapidez del viento cuando descorre la niebla del amanecer.

Aquella noche aciaga la pasé rondando por el bosque en busca de ramas secas para la hoguera, y mis nervios hacían más penosa la tarea, pues me sobresaltaba con cualquier murmullo en la hojarasca y examinaba cuidadosamente con la linterna, el terreno que pisaba, temiendo a cada instante ver aparecer una víbora en mi camino.

Pedro tuvo fiebre a media noche y le dí dos aspirinas más y bastante agua, para que ésta fuera reponiendo la sangre perdida.

Carazamba pasó una noche mortal y la fiebre debe haberle llegado al límite. Me compadecí al oírla delirar y darse vuelta en sus cobijas atormentadamente. Tan pronto reía como lloraba a gritos y se halaba el pelo. Muchas veces oí que me llamaba y, de repente, poníase a insultarme en un lenguaje tan vulgar, que comprendí procedía del origen mismo de su existencia. . . Después, hablaba dulcemente . . . “ ¡No, no! . .. ¡Todo es mentira...., perdóname amor mío...! ¡Te adoro, te adoro’ ¡Mátame pero no me dejes! . . . ¡Me muero, me muero!

Me acerqué a su lecho y ví que estaba roja como un camarón, la frente perlada de sudor y los ojos cerrados. Movía la cabeza a uno y otro lado incesantemente y temí que pudiera sobrevenirle una meningitis... Entonces, logré abrirle la boca y hacerla tragar dos pastillas de quinina y dos aspirinas, arropándola para que sudara.

Hacía mucho que le había quitado a Pedro las ligaduras de la pierna, para evitar la gangrena. Con cuánta pena fuí soltando poco a poco el cincho y dando vuelta al palo para aflojar la presión del pañuelo, temiendo que la cauterización y la coagulación no fueran aún suficientes para evitar la hemorragia. Pero la pierna quedó libre completamente y la sangre apenas humedeció de nuevo los bordes de la amputación. Machaqué cierta cantidad de pastillas de sulfa y las apliqué con una gasa al muñón palpitante, cubriéndolo después lo más suavemente que pude, con una venda externa.

Más tarde Pedro me pidió algo que me hizo estremecer de repugnancia. . . “Le suplico, patroncito, que vaya al tronco y entierre mi... mi zapato . . . No quiero que se lo lleve el tacuacín o cualquier otro animal del monte... ¡Al fin y al cabo, es un pedazo cristiano!

Con los ojos llenos de lágrimas, me fuí con la linterna a cumplir su voluntad. Abrí un hoyo profundo con el machete y allí empujé aquel resto sanguinolento, que ya se estaba cubriendo de voraces hormigas negras, y lo enterré, apisonando la tierra y cubriéndola después con hojas y ramas frescas.

*  *  *  *  *

Dos días y dos noches nos quedamos en aquel lugar horrible, cuidando yo a mis enfermos lo mejor que pude. Pedro estaba mejor y habíase salvado momentáneamente, y ya sólo era de temer una infección, la cual trataba de evitarle a base de asepsia y sulfas.

Carazamba despertaba muy débil y dormía la mayor parte del día, teniendo yo que hacer todo el trabajo del campamento.

Echaba mano de los escasos víveres y hacía condimentos imposibles, que sólo nos comíamos para no morir de hambre. a pobre mula no tenía con qué al alimentarse, ya que los helechos y demás yerbajos los rechazaba naturaleza enferma. Entonces, Me interné en el monte con el rifle y el machete, hasta que encontre un árbol de ramón y regresé arrastrando una enorme rama, que la bestia comenzó a comer con desgano haciendo el mismo esfuerzo que nosotros para perecer de inanición.

Por fin, al tercer día, Pedro estuvo más animado pues había dormido bien por primera vez desde el accidente, y tuve la gratísima sorpresa, al abrir mis cansados ojos, de ver la figura de Carazamba, inclinada ante un naciente fuego, con la cafetera en la mano.

Me acerqué a ella en la forma más natural del mundo y le  cómo se sentía.

“Ahora bien, gracias a sus cuidados” —me contestó sin mirarme—. “No sabe lo que le agradezco, y siento las molestias que ha tenido por mí...”

Su voz era triste y cansada y comprendí que, en esos momentos, era María la que hablaba. Por su camisa arremangada pude verle los verdugones de sus brazos, causados por mis golpes y retiré los ojos de allí porque la vista de ellos me causaba un raro malestar.

“¿Se siente con animos de andar. — pregunté con suavidad—. “No va a poder montar la mula, porque allí va a ir Pedro, Creo que hoy mismo llegaremos al Santa Mónica

Hizo un gesto afirmativo y me dijo que sé sentía capaz de caminar días enteros, con tal de alejarse de aquel lugar. Me acerqué a ella y le tomé la mano para buscar su pulso. Ella me la abandonó y quizá interpretó mal mi intención, porque me miró con tal dulzura que tuve que bajar la vista. El .pulso estaba lento y parejo; no tenía fiebre.

Se acercó tímidamente a Pedro, mientras yo observaba desde lejos aquella molesta escena... "Me alegró que ya esté mejor", dijo ella con la vista en el suelo, y regresó rápidamente a ayudarme a empacar la carga. Ví la cara de Pedro ilumínarse con una sonrisa y lo oí contestar: "Gracias, señora. Yo también me alegro que usté ande ya en sus pies de güelta.. .

Aquella alma noble estaba llena de agradecimiento a Dios por haberlo sacado adelante de aquel trance y en ella no había espacio para el rencor ni el odio... Comprendí que Pedro estaba dispuesto a olvidar, para no seguir en aquella situación tan violenta.

Corté un palo grueso pero liviano con una horqueta grande en un extremo, en donde puse un rollo de trapos para improvisar una muleta y ví con gran contento que Pedro se ponía inmediatamente a ensayar a caminar.

—"Mejor que aprienda luego a usar esta mi otra pata" —me dijo— " . . . ya que será la que me sirva de hoy en adelante".

Efectivamente, pronto comenzó a caminar con bastante soltura, aunque se cansaba mucho y el hombro le dolía por la falta de costumbre.

Ayudé a montarlo sobre la mula y emprendimos la marcha lentamente. Ya la tarde estaba coagulando sombras en los rincones de la montaña cuando oímos el rumor del río y entramos a un bosque de chicales donde el suelo era limpio y terso, tan sólo cubierto de hojas secas. A través de los árboles vimos el brillo del agua que el sol poniente tenía arrebolada.

Con emoción nos acercamos a la margen, en un lugar donde una gran playa arenosa se extendía, y el río apareció en todo su esplendor. a cuenca era muy extensa, pero el caudal de agua ocupaba de ella, en aquella época del año, sólo unos veinte metros de anchura y por la lentitud de la corriente, supimos que era profundo.

Decidimos acampar en la playa y extender nuestras hamacas en la arena. La luna menguante asomé tarde aquella noche... Con qué alegría ví asomar su deformado rostro sobre la copa de una alta ceiba, difuminando en su camino la luz de las estrellas.

Me quedé despierto, fumando tranquilamente y escuchando la respiración calmada de Pedro y Carazamba que dormían en sus chamarras.

La luna bajó a bañarse al río y alumbró el cuerpo de una enorme danta que chapoteaba con el agua hasta la barriga. La tibia brisa me llevó una gran tufarada de flores salvajes y el potente maullido d un puma, que cazaba en la distancia.

## -XXI-

De madrugada estábamos en pie. Era el nacimiento de un día esplendoroso en que los árboles comenzaron a contornear sus negras siluetas contra un fondo madreperla y púrpura.

El Santa Mónica lo conocía Pedro desde lejanos días de chiclero, habiéndolo remontado en cayuco desde su confluencia con el Pasión hasta los raudales de su nacimiento, ya cercanos a la aldea de El Chal. Con la ayuda de su muleta, se puso a recorrer la playa, tratando de reconocer el la adonde habíamos ido a desembocar.

Por fin regresó, con expresión alegre en su rostro:

—"No hay duda que tuavía sirvo pa rumbero" ':

—nos dijo jactanciosamente—. "Porque no me desvié ni tantito del noroeste. ¡Por un poquito. Salimos diuna vez al Pasión! De aquí pa la desembocadura habrá, si acaso, unas tres leguas".

Mientras tomábamos el desayuno, Pedro fue reconociendo más aquel lugar.

—"En esta misma playa" —me dijo—... "matamos hace años un lagarto de más de cinco quintales de peso. Lo tiró un mi hermano desde el cayuco, con un Mauser, cuando el animal estaba soleando en la playa. Al tiro, se jué arrastrando toavía se metió entre el agua, pero de ay lo sacamos con la fisga. Estamos de suerte porque a cosa de media

legua río arriba, hay una aldeyita que se llama El Danto, al otro lado del río. Allí hay cayucos grandes porque son pescadores y cazadores de perro de agua y lagarto".

—" Crees que nos venderán uno?"

—"Es peligroso que nos veyan, patrón, ¡Quién quita que ya sepan lo de la recompensa, por alguno que se haya topado con las patrullas del Pasión y entonces sí nos friegan! . . . Sería mejor robárselo. No es difícil porque los mantienen amarrados en la oría... ¡Lástima que yo no me pueda meter al agua, ni nadar! ..."

—"No te aflijas por eso. Yo lo hago. ¿Por donde me voy?"

—"Tanteye irse abriendo camino por la mera orfa y no se meta en el monte porque se puede perder. Cosa de media legua, río arriba, va a mirar la aldeya en el lado de enfrente . . . Entonces métase al agua, pero en un lugar donde no lo vayan a ver, hasta que llegue a los cayucos".

Carazamba quiso acompañarme, pero yo no se lo permití.

Me quité la camisa y dejé todo lo que llevaba en los bolsillos del pantalón, incluso la cartera con el dinero y no lleva más armas que el machete pendiente de mi cinturón.

—Espérenme aquí" —les dije— " . . . y tengan listo todo para embarcar al no más llegar con el cayuco"

Cuando me alejaba por la orilla, Pedro me. gritó: "¡No vaya a olvidarse de los caneletes y fíjese que estén dentro del cayuco".

Al instante me interné en el monte, ya que la playa terminaba y el río comenzaba a deslizarse encajonado entre la selva.

Abríame paso conforme iba encontrando los claros entre las cerrazones de maleza y, cuando no, usaba el machete. Pasé junto a un gran tronco podrido y un ronquido prolongado y garrasposo me hizo dar un brinco de costado. Encima del tronco vi el rollo

de una enorme mazacuata que, al sentirme, se había puesto a roncar amenazadoramente. Largo rato estuve contemplándola de lejos y, mientras se iba inflando al tragar aire para expelerlo después con ese ronquido que emite cuando está enojada, le ví los ojillos perversos y la lengua bífida que proyectaba hacia mí su gran cabeza. Era un animal enorme y calculé que bien tendría sus doce pies de largo y la fuerza suficiente para quebrarme. Seguí mi camino con más prudencia para evitar un encuentro desagradable e imprevisto.

En una hora llegué a la par de la aldea. Estaba al otro lado, en un lugar donde la margen del río se elevaba en una colina. El espacio de la ranchería era despejado y limpio y pude ver los cocales, las palmeras y los platanaares que le daban sombra, Desde mi escondrijo distinguí varios patojos medio desnudos jugueteando en la puerta de los ranchos; y de vez en cuando, las coleadas de brisa me llevaban el ruido peculiar de la torteada del maíz.

En la orilla había varios cayucos que se mecían al soplo del viento y escogí mi observatorio escogí uno, el más alejado de los ranchos y el mas grande.

Arremangué mis pantalones y me eché al agua silenciosamente, nadando con las manos y los pies sumergidos. Así, apenas con la cabeza fuera de la superficie, atravesé el río sin tocar fondo un solo instante. Cuando me encontraba a cosa de veinte pies del cayuco, aspiré profundamente y me zambullí no aflorando hasta ver su casco a través del agua amarillenta. Salí por un lado y agarrándome por uno de sus bordes, me dominé poco a poco y lo fui ladeando hasta ver su interior. Había dentro un guacal dos canaletes, una pica y varios palos cortos que no tuve tiempo para examinar. Me fuí deslizando por su costado hasta que mis pies tocaron un fondo cenagoso. Arrastrándome, pude ll4egar harta el lazo por donde estaba amarrado a una gran estaca y de n tajo lo corté. Instantáneamente el cayuco comenzó a derivar con la corriente y yo me escurrí hasta la proa y de ahí lo fuí halando, procurando mantenerme pegado a lila margen.

Antes que la curva del río me ocultara la aldea, oí el furioso ladrar de un perro. Entonces me dominé en la proa y,,, con gran esfuerzo para no volcarlo, logré por fin meterme adentro, Empuñé un canalete y comencé a remar hacia el centro.

## —XXII—

Media hora más tarde estábamos listos para despegar de la playa. Habíamos acomodado en el cayuco todo nuestro equipaje y los tres contemplábamos a la mula, que nos veía con una extraña y patética expresión, como si presintiera que la íbamos a abandonar, y fue esto motivo de discusión... ¿Qué hacíamos con ella? Yo era de opinión que la dejáramos allí donde estaba, para que tuviera agua y buscara qué comer en los linderos de la montaña. Pedro y la muchacha no opinaban conmigo

—“ ¡Infeliz animal! “ —decía Pedro “... ¡Este es el pago que le damos por habernos servido con fidelidad! Dejarla pa que se muera de hambre o pa que se la coma el tigre o el lagarto... Además, ya la gusanera de las heridas la va a debilitar tanto que se la van a comer viva los quebrantahuesos y los guanses... Yo opino que lo mejor es matarla.

—“Yo también —decía Carazamba.

Yo ponía muy en duda la piedad de aquel acto. “Pero habría que hacerlo con el 22, porque el tiro grande lo oirían en la aldea” —argüía yo aún—. . . ¡Y va a sufrir mucho!

—“ ¡No! Tírele con el 300 y si lo oyen en la aldeya, mejor! Que sepan que estamos bien armados, por si deciden venir a buscar el cayuco”.

Comprendí que tenía razón y no había tiempo para más discusiones. Quise relegar en Pedro el penoso deber aquél, pero su argumento me convenció:

—“No puedo pararme bien y guá fayar y va a ser pior! •

Tomé el rifle y me fuí a colocar tras la pobre bestia que, como si presintiera algo, no dejaba de mirarme con el cuello vuelto.

—“ ¡Háblenle! “ —les dije a mis compañeros.

Entonces Pedro le gritó algo y en el momento en que la mula me quitó la vista, sonó el disparo que le entró tras la oreja.

Cuando remábamos rápidamente a favor de la corriente, ví sobre la playa la obscura figura de su cuerpo, que pronto estaría rodeada d aves de rapiña. Estaba escrito que aquellos pobres restos fueran pasto de algún hijo de esos solitarios y salvajes páramos.

Nuestro viaje fue de lo más animoso, ya que el río íbase ensanchando por momentos y la corriente nos llevaba con rapidez. Pedro estaba contento de no tener que caminar más y nuestros presentimientos eran optimistas. . . . El silencio era absoluto en aquellas soledades y nada se distinguía en toda la extensión del río que abarcaba nuestra vista.

—"Por víveres, ya no nos preocupemos" —decía Pedro—'---. " . Por las noches vamos a lucear en las orías y ya van a ver el tepescuintero! Además, aquí hay dos fisgas y un "pegue" pa agarrar tortugas. Cuando estemos en el Pasión, yo me puedo acercar a cualquier pueblo, Tierra Mojada, por ejemplo , donde tengo amigos y allí. conseguimos cualquier cosa. ... Ya no hay luna casi y viajaremos sólo de noche... De día metemos el cayuco en el monte y descansamos pa que no nos vean..

Avanzába llenos de ilusión y Carazamba iba recobrando sus colores sanos con aquel aire fresquísimo del río o y con el sol que caía plenamente sobre nuestras cabezas descubiertas.

Pronto, el agua comenzó a tomar diferentes tonos. Veíase de pronto azul y cristalina y luego amplias fajas mas obscuras.

—"Ya esta entrando el agua del Pasión" —gritó Pedro alegremente. Un rumor sordo se comenzo a oír a proa. " ¡Es el pasión, es el Pasión! " —gritó de nuevo Pedro « - oigan cómo suena el raudal de la desembocadura".

El ruido hizo  más intenso y el oleaje más violento.

Y fue aquel ruido y la brisa a favor lo que impidió que oyéramos  el de nuestra perdición!

En la última curva, cuando iba apareciendo frente a nosotros especie de bahía y Pedro se disponía a gritar su al ansiado río, sin aviso previo asomó a cien varas de nosotros, trasponiendo también la curva, una lancha a motor con un toldo de lona. Casi al mismo tiempo nos vimos los tripulantes de ambas embarcaciones y nosotros distinguimos claramente los cañones de los rifles de sus ocupantes.

Pedro reaccionó al instante y metió su canalete, sujetándolo firme, haciendo virar el cayuco hacia la margen derecha, la más cercana… Entonces comenzamos a remar desesperadamente hacia la orilla.

Oímos voces en la lancha y supusimos que nos mandaban hacer alto. Remamos con desesperado vigor y el cayuco cabeceaba peligrosamente, haciendo agua por los lados, no sólo por la velocidad con que se deslizaba sino por las correntadas encontradas de los ríos.

Algo pasó silbando sobre nuestras cabezas y un chorro de agua saltó varios metros adelante de la proa. ¡Entonces nos llegó el estampido de un Mauser! . Pronto, una lluvia de balas comenzó a caer a nuestra alrededor en el instante en que el cayuco enterraba su proa en un banco de camalotes.

De un salto salí de la canoa, ayudé a Pedro a que se arrastrara fuera y se colocara la muleta. Carazamba traía los cinturones con los machetes y las pistolas y yo cogí en manojo los rifles y la escopeta. Con febril excitación, urgué entre la carga hasta encontrar la bolsa con las cajas de tiros, y en un segundo nos metimos entre el monte.

Pedro saltaba penosamente y nosotros no quisimos alejarnos de él.

—“ ¡Corran, patroncito! “ —me decía desesperado “jVáyanse ustedes dos, corriendo! Piérdanse entre el monte... ¡A mí no me harán nada!

Pero ni yo ni la muchacha nos alejábamos de él y tratábamos de ayudarlo en los pasos difíciles.

Era imposible continuar así. Pedro estaba cubierto de sudor y una palidez mortal habíale invadido con el esfuerzo sobrehumano que hacía corriendo en un pie, ya que el palo sólo servía para medio guardar el equilibrio. Pronto oímos los gritos de la gente que había desembarcado, y una voz dando rápidas ordenes.

Media hora después, nos detuvimos. Pedro había caído al suelo y no podía levantarse más. La muleta yacía a su lado, quebrada en dos.

—“ ¡Déjenme y váyanse” —nos decía—”. . . tal vez todavía sea tiempo! Pero desgraciadamente ya era tarde.

Arrastramos a Pedro tras un grupo de troncos caídos. Nos colocamos en una barricada natural, teniendo todos los flancos cubiertos por un sinnumero de árboles que habían sido arrastrados al suelo por un enorme cedro que un rayo derribara anteriormente. Nos agazapamos en el fondo. Yo empuñé el 300 Savage y me ceñí el cinturón con el

revólver . . . Carazamba había llenado la recámara del 22, y Pedro, sentado con la espalda contra un tronco, ponía dos cartuchos con posta para venado en su escopeta. El silencio era angustioso y nosotros nos hicimos la ilusión de que podríamos escondernos allí hasta la noche.

De pronto, una voz sonó rotunda e imperativa a una veintena de metros de donde nos encontrábamos:

—“ ¡Ríndanse a las fuerzas del gobierno! Es inútil que se resistan porque están rodeados. ¡Si no salen con las manos en alto, los vamos a quemar a plomazos! “ ¡Nunca me pareció más horrible la voz humana y eché de menos aquel angustioso silencio de la selva!

Como no respondiéramos, una lluvia de balas fue a incrustarse en los troncos adyacentes. .. Una bandada de monos salió gritando por las altas ramas, espantados por las tremendas detonaciones de los Mausers, que la concavidad del monte hacían más impresionantes.

Me arrastré hasta el extremo del gran tronco d cedro y asomé el cañón del rifle, disparando dos tiros hacia el lugar donde sonaban las descargas... Con orgullo comprobé que la voz de mi 300 Savage era tan poderosa como la de los rifles de los soldados.

Oí ruido de pasos cautelosos en la hojarasca y comprendí que tomaban posiciones más seguras en vista de la potencia del rifle...

¡Después, comenzó el infierno! ... Por todos lados tronó el monte en una balacera tupida, y los proyectiles arrancaban grandes trozos a los árboles que nos servían de parapeto. Nuestra situación no podía durar mucho tiempo así porque aquellos hombres eran peligrosos. Acostumbrados a la lucha en la selva contra los bandoleros Y contrabandistas de chicle, eran rápidos en el avance y en tomar por asalto las posiciones enemigas. Pude oír claramente que se iban aproximando a nosotros y era un suicidio intentar asomarse . Había que alejarlos de cualquier modo y procurar aguantar hasta la noche... Tal vez podríamos escurrirnos al amparo de la obscuridad!

¡Qué ilusiones las mías! ¡No era aún ni mediodía!

Una furia inmensa se iba apoderando de mí. Lancé una mirada a mis compañeros y ví a Pedro tranquilo y pálido con la escopeta sobre sus muslos. Carazamba estaba cerca de mí agazapada con el k riflito en las manos. Lo que había que hacer era ocupar una posición lateral desde la cual sorprender con mis tiros a los soldados. Entonces me

decidí. Saldría repentinamente corriendo hacia un árbol que estaba a veinte pies de distancia y al pasar por el claro iría disparando rápidamente mi automático. Sin decir nada a mis compañeros, me puse de pie y comencé a correr antes que pudieran impedírmelo...

Sali con el rifle a la altura del pecho y, sin llevármelo al hombro, comencé a disparar a la maraña en donde estaban los soldados. . - Uno, dos, tres, cuatro, cinco tiros salieron de mi rifle en rápida sucesión y como un eco respondieron los otros . . . Sentí un golpe terrible contra el pecho y caí de espaldas cuando aún no me había alejado de mis compañeros ni diez metros... Quise incorporarme inmediatamente, pero no pude. Algo tenía atravesado en el pecho que me quemaba y no me dejaba respirar. . . Entonces oí el grito de la muchacha, y sentí que me tiraba por los brazos y sólo así pude arrastrarme sin soltar el arma.

Un instante después, me hallaba de nuevo tras el refugio del cedro. Carazamba estaba sobre mí, con la cara tan lívida como no la había visto nunca... ¡Ni en las horas de enfermedad, cuando la fiebre hacía crisis, estuvo tan pálida como la vieron mis ojos aquella tarde! . .. Pedro se había arrastrado a mi lado y disparaba sobre el tronco con la escopeta, para mantenerlos alejados.. . Luego, sentí su mano urgándome el pecho y abriéndome la camisa... La vista se me nublaba, y no podía respirar, sintiendo como si una enorme piedra me oprimiera el tórax. Bajé los ojos y ví el pecho lleno de sangre y con un agujerito obscuro que la expelía a cada latido del corazón...

Comencé a oír todo vagamente y quise levantar la cabeza pero ya no pude. Con horror, comprobé que mis brazos también se negaban a obedecerme. Pero todo lo veía con claridad aún, una claridad extraña!

La muchacha se arrojó sobre mí y me cubrió la cara y el pecho ensangrentado con su cabello y sus besos... “¡Amor mío, amor mío! “ —escuche débilmente que me decía—. “ . . . ¡No me dejes, no me dejes! . . . ¡Ah, bandidos! “

De pronto sentí que se alejaba y ví la mano de Pedro que quería sujetarla. . . “Suéltame” —oí que decía con una voz que me pareció el gruñido de una fiera.

Oí que cargaba el rifle y, de pronto la voz del 300 Savage comenzó a rugirle a la montaña. “Vengan a pelear, ¡malditos! “ —gritaba la voz de la muchacha. “ ... ¡Vengan cobardes! . ..“ Y el 300 Savage seguía disparando.

—“ ¡ Bájese del tronco, señora! “— gritaba Pedro desesperado—. “¡Bájese de allí, que la van a matar!

Una carcajada le respondió y nuevamente sonaron los disparos de mi rifle.

Un grito de agonía se oyó entre la maleza y luego otro y otro.

¡Carazamba estaba magnífica! Alcancé a verla completamente al descubierto sobre el tronco, de pie, con el cabello flotando suelto y el rifle en las manos, disparando a cuanto se movía. Pedro se había alejado de mi lado y supuse que estaría tratando de arrastrarla al seguro del tronco

De pronto, Pedro gritó algo y un bulto cayó al fondo de nuestro escondrijo. Al instante sentí de nuevo el rostro de la muchacha junto al mío. Ví sus enormes ojos y sentí que su alma penetraba hasta la mía en aquella mirada ... Jadeaba penosamente y pude verle un hilo de sangre bajarle por la comisura del labio

Entonces escuché vagamente su voz: “ ¡Así es mejor, así es mejor! ¡Amor. .. querido! Los dos juntos... los dos...”

Ya no oí más y sentí que sus labios abrían los míos y traté de corresponder aquel beso. Su boca ardía formando algo mismo con la mía y un fuerte sabor a sangre se fue esparciendo por mi paladar.

Sus ojos verdes comenzaron a girar en torno, a dar vueltas y más vueltas hasta que se transformaron en la copa de un árbol gigantesco y verde, que daba vueltas también como en un torbellino y se iba elevando, elevando vertiginosamente en un cielo obscuro, como de noche tétrica, sin estrellas y sin luna, hasta desaparecer...

¡Un sonido de campanas y timbres resonó en mis oídos y todo quedó después en silencio, todo se ennegreci6 en mi cerebro, en mis ojos, en mi alma!

## —XXIII—

El hombre es un animal de sufrimiento y de tortura!

¡Sufre como animal y se tortura como hombre! De ahí su desventaja en medio de los que cohabitan con él en el planeta. De rey de la creación, se convirtió en rey del sufrimiento psíquico, sin haber logrado extirpar de su ser el sufrimiento animal.

La conquista evolutiva del intelecto, que iba a asegurarle la supremacía animal, lo hundiría más tarde en la tortura del pensamiento y la conciencia, quedando como único poseedor analítico del pasado, del presente y de la incertidumbre del futuro. El animal sufre como animal y resiste y reacciona como tal, o se extingue como tal... El hombre sufre como animal pero resiste y reacciona como hombre, y la tortura de su psiquis y la luz del pensamiento no se exting mientras su vida animal subsista, y aún después, quizá.

El animal encarcelado en un zoológico sufre por una añoranza relativa de su libertad, pero mientras le satisfagan sus necesidades animales esta, cuando menos, resignado; y a veces hasta feliz…

¡Yo fui un animal encarcelado y me torturé como hombre!

Los hombres se preocuparon de encarcelar mi sufrimiento animal pero no pudieron, por desgracia cautivar mi tortura de hombre.

¡Tres años estuve en la cárcel! Tres años aislado de mis congéneres sociales en un zoológico humano . . . Hace solamente dos meses que salí en libertad, que me abrieron la jaula para que volviera a juntarme a mi manada, la grey que deambula al amparo de leyes hechas también por otros hombres, como los que hicieron las que rigen dentro de las cárceles . . . He vuelto a ver amigos y he recibido la amistad de pocos, la comprensión de algunos, la desconfianza y el temor de muchos. . . Temor que siente la grey hacia todo matador de hombres!

Me han dado de nuevo la libertad y, según los que me encarcelaron, he salido “limpio” de toda culpa para rehacer mi vida . . Pero ¿se les ha ocurrido siquiera pensar en si estoy realmente libre? ¿Creen que, con la manoseada frase de “cumplió su condena”, la he cumplido ya de verdad? ... ¡No! Mi condena no la cumpliré jamás y, lo que es peor, inciertamente peor, quien sabe si aún después de muerto seguiré con ella arrastrándola en mi eterna evolución espiritual

Mi tortura de hombre estuvo siempre fuera de la cárcel, muy lejos y gozando de entera Y despiadada libertad, mientras mi sufrimiento animal vegetaba tras las rejas del calabozo o el recinto de la Penitenciaría. Lo que no supieron nunca, ni mis carceleros ni mis jueces, fue que mi sufrimiento era manso y resignado y mi tortura cruel, indómita y despiadada... Durante tres años, mi tortura vagó libre entre las selvas del Petén y

recorrió un millón de leguas desde Lívingston hasta la confluencia del Pasión y el Santa Mónica, ida y vuelta, ida y vuelta, como el reloj del universo, mientras mi sufrimiento caminaba mansamente, ida y vuelta, ida y vuelta en la penumbra angustiosa de la cárcel.

Mi sufrimiento caminaba ida y vuelta en pos de las horas, los días, los meses, los años . . . Mi tortura iba ida y vuelta tras la huella de un amor que se perdió en la sublimidad trágica de la selva... Mi sufrimiento llegó a su meta tras paciente caminar de tres años. Mi tortura seguirá eternamente, buscando algo que se fue para siempre y cuya huella quizá no vuelva a hallar, ni aún en el complejo laberinto de mis futuras evoluciones espirituales...

Hace dos meses que el ego animal no sufre ya y mi tortura sigue adelante, adelante, hacia la incierta luz de las estrellas.

¡Y si mis jueces supieran que, por lo que me condenaron no me importó jamás! ... Si supieran que lo que en el léxico legal ellos llamaron "homicidio doble" a mí no me restó ni una hora de sueño tranquilo...

¡Cuánta distancia recorrí dentro de mí mismo en esos tres años de soledad y aislamiento; cuán avaramente fuí contando y saboreando uno tras uno, los minutos de mí vida desde que conocí a María! . . . Si los jueces supieran que, si las mismas lejanas circunstancias en que en Lívingston me manché de sangre volvieran a presentárseme hoy cuando hace apenas dos meses que gozo de libertad absoluta, volvería a matar irremisible y tranquilamente, de seguro me creerían un caso perdido y reincidente de criminalidad y andarían buscando un pretexto para "guardarme" de nuevo, en salvaguarda de la grey que ellos dicen proteger.... ¡No! Mi condena no la cumplí en la cárcel porque no me consideré merecedor a ella. ¡Había matado, sí, pero en defensa propia y tras abierta provocación! ... ¡No fuí yo quien disparó primero sino ellos, los que me abrieron las puertas del Camino Negro hacia el sufrimiento y la tortura! ¡No, jueces! ¡A ellos volvería a matarlos una y mil veces! ¡No me arrepiento! Os he dejado tranquilos y habéis sellado el papelón de vuestro proceso con un: "Fue capturado, juzgado y condenado" y estáis orgullosos de haber cumplido vuestro deber. Ahora me véis libre ,y me decís con patriarcal benevolencia:

Hijo nuestro... ¡Estáis libre porque la ley se cumplió en tí! ... ¡Anda y goza de la vida del hombre que se ha purificado en la penitencia y el castigo!

¡Pamplinas!

Estoy libre de la cárcel porque quisieron condenarme por algo que yo consideré legítimo, como es el derecho a conservar y defender la vida de que uno es depositario... Estoy libre porque mi santa madre movió cielo y tierra y porque mi dinero fue maravilloso suero contra la abulia, pereza e ineptitud de los abogados... Estoy libre porque todos, absolutamente todos los testigos presenciales declararon en mi favor. . .

Estoy libre porque, a pesar del encono de las autoridades donde el hecho ocurrió, vosotros, jueces, no tuvisteis más remedio que rendiros a la evidencia. Y, aún así, todo el mundo consideró injusta la condena de tres años, más el tiempo que conmuté con mi dinero! Por ello estoy libre y, si vosotros os empeñáis, para daros gusto, estamos en paz... ¡Ya cumplí mis tres años y haced de caso que no maté a nadie!

Pero, lo que no sabe nadie, es la condena de mi tortura! ¡Sí, la tortura de haber encontrado un amor inmenso cuando el objeto de éste ya había muerto! La tortura de haber desperdiciado horas sublimes en que cada minuto podía haber sido un retazo de dicha; la tortura de haber poseído el cuerpo- y el alma de un ser atormentado a quien sólo el amor habría podido salvar de las profundidades luciferinas de su propio ser.

En la ancha soledad de tres años me fuí enamorando más y más de una muerta y hasta entonces le dí el perdón y la comprensión que en vida le negaron mis prejuicios, mi educación y todo aquel lastre de absurdos e inmundicias que evita nuestra ascensión a las inmensidades de la espiritualidad serena!

¿Qué sabía yo de Carazamba? ¿Qué sabía yo de lo que estaba dentro de su alma y de lo que corría por sus verlas o de lo que su espíritu estaba conquistando a través de su tormento? . . ¿Sabía yo, acaso, qué designios divinos cumplíase en ella? . . ¡Pero lo que sí supe fue su inmenso amor, eso que era mío porque ella me lo entregó, a mí, al único! ¡Y yo, estúpido ciego Y ofuscado prejuicista, le negué la limosna del mío, que Para ella habría sido, quizá, la gloria de su recóndito infierno!

En la soledad de la cárcel, me enamoré de una muerta y mi espíritu atormentado voló a llorar años enteros sobre una solitaria tumba en la confluencia del Santa Mónica y el Pasión.

Pedro, el eterno y fiel Pedro, fue el que salvó mi vida física. En premio a su lealtad, los jueces lo condenaron a un año de presidio! El enorme papeleo de su sentencia se resumió a buscar en el léxico jurídico la traducción a estas tres palabras: lealtad, abnegación y sacrificio. No pudieron encontrarla exactamente, pero la leyeron así: complicidad, encubrimiento y resistencia armada a la autoridad.

Cuando le leyeron su sentencia y supo que sólo le tocaba un año y a mí tres, protestó enérgicamente. Quería insultar al abogado a quien se le entregó su defensa y que hiciera cuanto estuviera de su parte, que “apelara” para que le pusieran a él el mismo tiempo mío…

Pedro me acompañó en el encierro un año y durante ese tiempo conversamos tanto y me dió tanto detalle, que yo le iba pidiendo con el ansia de agua de un sediento.

El me salvó en el trágico final de nuestra huida. Me relató punto por punto, todo lo que sucedió después de que me hirieron.

¡Cuando examinó la herida, creyó que no me salvaba! La bala entró en medio pecho, pasó a un centímetro del corazón y buscó su salida a través del pulmón izquierdo... Carazamba se volvió loca cuando vio que yo ya no le respondía y que ya no podía moverme... Luego cuando Pedro descubrió mi herida y ella la vió, perdió toda esperanza. ¡Ella podía haberse salvado, si se hubiera rendido! Es más, ni siquiera sabía que a ella también la buscaban, pero no pudo soportar la idea de sobrevivirme y busco la muerte, una muerte que se acomodaba muy bien a su extraña naturaleza! ¡Quiso en el último instante, vengarme e irse conmigo! De un salto, subió al tronco que nos servía de parapeto, empuñando mi rifle, y comenzó a disparar... Los soldados, en un principio, no hicieron fuego sobre ella y uno de ellos salio al descubierto para pedirle que se rindiera... Cuando ella lo vió, le gritó un insulto y disparó. El soldado cayó, con la cabeza destrozada. . . Entonces, siguió disparando y la escolta contestó a matar. Consiguió herir a dos más y ella no cayó sino hasta que el tercer proyectil le había atravesado el pecho... Hasta el último instante tuvo la vitalidad y la resistencia del tigre real, a quien ella tanto admiró!

¡Cuando se arrastró a mi lado, ya estaba moribunda!

Pedro entonces, gritó que se rendía y los soldados entraron a nuestro refugio. Tuvieron que separar a Carazamba, que se había quedado muerta sobre mí y nuestras bocas permanecían juntas.

Pedro creyó que yo había muerto también, pero al darse cuenta de que vivía, me taponó la herida lo mejor que pudo y lloró y suplicó para que me atendieran y me trataran bien .. Sacó el dinero de mi cartera y con el que él llevaba, comenzó a sobornar a los soldados para que me cuidaran y trataran de salvarme, sacándome de allí cuanto antes.

Al principio, el teniente que mandaba la escolta quiso llevarse el cuerpo de la muchacha para entregarlo en la primer guarnición, más luego pensó que el trayecto era muy largo, con demasiádo calor y decidió enterrarlo al borde mismo de la selva, cerca de la playa, en el mismo punto donde las corrientes de los dos ríos se unían . . . Pedro se preocupó de que la sepultura fuera bien honda y él mismo colocó unas piedras en forma de montículo sobre ella, y clavó una tosca cruz.

Inmediatamente partieron en la lancha a favor de la corriente, y ya todos iban interesados en que yo me salvara, por las recompensas que Pedro ofrecía. Esa misma noche llegaron a Sayaxché, de donde telegrafiaron a Flores dando cuenta de todo. A la mañana siguiente, llegó un avión transporte del ejército que me llevó a la capital junto con Pedro y con una guardia. Yo no recobré el conocimiento sino tres días después, ya en el Hospital Militar

Estuve gravísimo y hubo necesidad de operarme dos veces . . . ¿Para qué? . . ¡La ley me reclamaba y tenía sobre mí n derecho que la muerte! Luego, me enviaron a Barrios, en donde se inició mi juicio y después, "por razones de seguridad", me devolvieron a la Penitenciaría de la capital…

Pedro abandonó la cárcel al año justo y, desde entonces no vivió sino para ver qué hacía por mí y por sacarme, visitándome todos los días que se lo permitieron llevándome siempre el consuelo de su recia y noble amistad.

¡Heme aquí, pues, libre de nuevo! Hace dos meses que salí y estoy en casa de mi madre, en mi frío y víejo caserón de Xelajú... Hay un inusitado movimiento de la servidumbre y de gente amiga. Mi madre va a despedirme esta noche con una comida, pues me voy mañana. ¡Sí! Por fin me voy al extranjero, a ver si es posible aún encontrar sosiego y tranquilidad, cuando menos, ya que no olvido, lejos del teatro de mi desgracia. ¡Pedro se va conmigo ¿A dónde iría yo a rumbear sin Pedro? ... Quiero que en una clínica de Estados Unidos le pongan un pie ortopédico y que deje la muleta.

¡Hoy no viajo ya en busca de placeres Voy en busca de horizontes nuevos, en donde mi espíritu pueda ensancharse más, a donde pueda gozar de mi pasado tranquilamente, pues es el pasado lo único real que nos pertenece. El presente es susceptible de cambios, voluntarios o no. El futuro es incierto e invisible. ¡Sólo el pasado es nuestro, y yo quiero contemplar el mío desde un lejano horizonte!

Cuando vuelva a mi tierra, rumbearemos de nuevo con Pedro. Llegaré al Sarstún y le diré: "¡Siempre pa delante! ¡Al noroeste!

En la confluencia del Pasión y el Santa Mónica, hay una tumba anónima y solitaria, con una tosca cruz. Llevaré un nombre con letras de bronce para incrustarlo en ella y que dure eternamente. ¡Será breve y sencillo! Dirá solamente: ¡María!